

LIBRARY

189

189

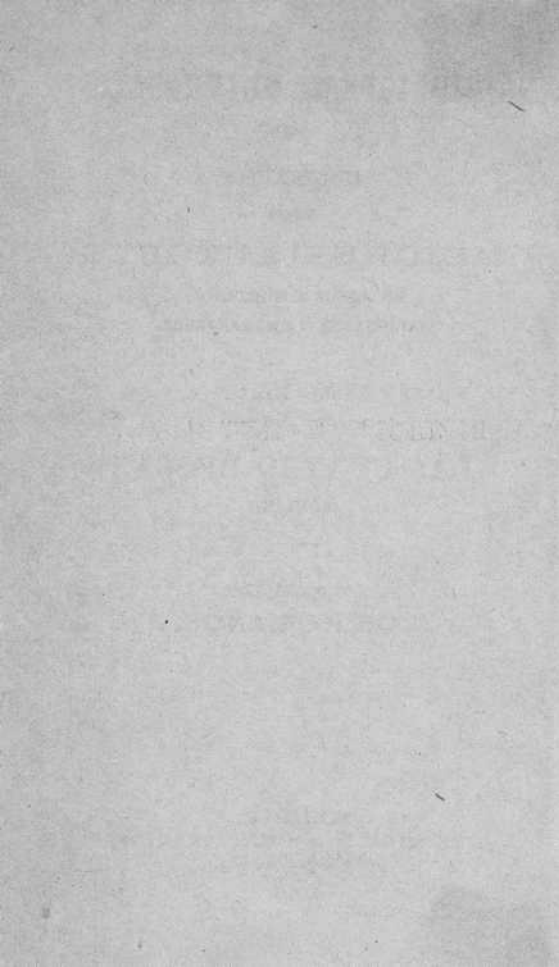
189

37

9.25-92

4887

BIBLIOTECA UNIVERSAL.



BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XLIII.

LAS CUATRO ÉPOCAS
(SOULIÉ).

TOMO TERCERO.

LOS ROMANOS.

MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
calle de Leganitos, 18, 2.º

1878.



MADRID, 1878.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.^ª,
SUCESORES DE RIVADENEYRA,
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3,

TERCERA ÉPOCA.

LOS ROMANOS.

I.

Entre el oleaje de una inmensa muchedumbre que invadía las calles de Nemausus (1) marchaban, abriéndose paso con gran trabajo, un gallardo mancebo y una

(1) Nimes, antigua, bella y muy floreciente ciudad del Languedoc, con 40.000 habitantes, y capital hoy del departamento del Gard. Aun se ven en ella muchos y muy notables monumentos, siendo, despues de Roma, la ciudad que más recuerdos conserva de la grandeza romana. Entre todos ellos merece especial mencion un antiguo circo, cuya magnificencia no tenía rival. En 1682 se organizó y constituyó allí la Academia Francesa. Desde el siglo xvi fué teatro de sangrientas guerras de religion, por haber abrazado sus moradores la secta de Calvino, hasta que en 1685, Luis XIV mandó arrasar su templo, edificando sobre sus cimientos una fortaleza para dominarlos y contenerlos. Se han celebrado en ella muchos Concilios, y ha sido patria de Domicio Afer, de Juan Bautista Cotelier, de Jacobo Saurin y de Juan Nicot, que llevó de Portugal á Francia el tabaco en 1559.—(N. del T.)

bella jóven, sin que nadie se fijase en ellos, por más que ambos fuesen dignos de llamar la atención en aquella ciudad, residencia del lujo, de la intemperancia, de los vicios y del libertinaje. El jóven era de continente esbelto, de negros cabellos, de tez morena y de ardiente y fiera mirada: la doncella era uno de esos bellísimos tipos cuya virginidad y delicadeza se transparentan en la ternura de su rostro, y en la expresion de sus facciones, que se destacaban sobre el fondo de su negra cabellera.

El notable parecido y la semejanza de estos dos jóvenes atestiguaban muy claramente que eran hermanos. La belleza de ambos era extraordinaria, y sin duda alguna hubiera sido admirada por los transeuntes, si no hubieran sido las primeras horas de la mañana, y si hubieran estado transitando por las calles gentes de una clase más distinguida.

Aquella multitud, compuesta del pueblo bajo, no caminaba, sin embargo, en direccion á los talleres, ni en actitud de acudir al trabajo; porque ningun individuo llevaba instrumento ni herramienta alguna de labranza, ni de ninguna otra profesion. Los únicos á quienes se veia con los útiles de su oficio, eran los peluqueros, que llevando en las manos sus estufillas y sus

hierros de rizar los cabellos, andaban de un lado para otro entrando y saliendo de las casas con diligente actividad, como de estar grandemente ocupados en el desempeño de sus funciones. Las demas gentes caminaban en una misma direccion, y parecia que afluián á un determinado punto de reunion.

Muy fácil hubiera sido comprender que aquellos dos jóvenes eran extranjeros: lo demostraba la timidez de sus pasos y lo comprobaban sus miradas, interrogando la situacion y las circunstancias de todos los edificios, como si quisieran reconocer las de alguno cuyas señas se les hubieren indicado, sin que á pesar de esto acertasen á descubrirlo. Al principio habían intentado preguntar á las personas que se encontraron; pero unas ni siquiera les habían respondido, y otras lo habían hecho de un modo tan soez y tan brutal, que más de una vez había estado Cneyó á punto de corregir severamente á aquéllos á quienes había interrogado, conteniéndole solamente el temor que se retrataba en la mirada de Chrysis.

Caminando á la ventura llegaron hasta el Foro (1), donde vieron un numeroso grupo

(1) Nombre que daban los romanos á una extensa plaza construida en casi todas sus ciudades, con igual for-

de gentes que se apiñaban bajo uno de los arcos del pórtico, en cuyo centro declamaba un individuo con frase tan violenta y enérgica, ó con alusiones tan intencionadas, que, ora excitaba los murmullos y los rumores del auditorio, ora provocaba sus carcajadas y las más ruidosas manifestaciones de entusiasmo. El orador era un poeta á quien unos estudiantes de retórica que salian de las aulas habian hallado dormido; encontrando con esto la juventud un pretexto de distraccion, despertándolo primero con violentas sacudidas, y excitándole despues á recitar versos. El poeta, por el contrario, en vez de acceder á las pretensiones de los estudiantes, habia empezado á declamar contra éstos; luego la emprendió en su discurso contra sus profesores, y finalmente, se lamentaba de la corrupcion de los hombres, de la decadencia de las artes y del olvido de las virtudes. Precisamente tocaba estos extremos en su oratoria cuando Cneyo y Chrysis llegaron al Foro y se confundieron entre la muchedumbre, á la cual exhortaba el poeta en estos ó parecidos términos:

—Sí; —decia— estamos presenciando la

ma, de figura oblonga y rodeada de pórticos y columnas. En ellas se reunia el pueblo para todos los actos públicos, como elecciones, proclamaciones, etc.—(N. del T.)

agonía del arte en este siglo, llamado falsamente siglo de hierro, siendo en verdad el siglo del oro. ¿Por qué florecían en la antigüedad todas las artes? Porque nuestros padres no tenían más pasiones que la pasión de la virtud: Demócrito (1) consumió toda su vida haciendo experimentos con el jugo de las plantas para estudiar y sorprender los secretos de la naturaleza: Eudoxio (2) vivió y envejeció en la cima de una roca elevada, desde donde estudiaba el movimiento y la marcha de los astros: Crisipo (3) se hizo administrar eleboro (4) por tres veces para excitar en su cerebro los pensamientos ingeniosos: Lisipo (5) sucumbió por el dolor que le pro-

(1) Demócrito, sabio de Grecia, defensor y propagador de la teoría de los átomos, vivió por los años 450 antes de J. C., y fué discípulo de Leusipo.—*Tratado del Universo*.—(N. del T.)

(2) Eudoxio de Guido, astrónomo griego que floreció por el año 370 antes de J. C.—*Tratado de los fenómenos*.—(N. del T.)

(3) Crisipo, filósofo estoico, discípulo de Cleanto, vivió 280 años antes de J. C., y combatió á los epicúreos y á los académicos.

(4) Elebor ó Eléboro, nombre dado á varios agentes terapéuticos. En la antigüedad se consideraban de suma importancia para el mejoramiento de las funciones mentales.

(5) Lisipo, escultor griego que vivió por los años 250 antes de J. C. Una de sus obras más celebrada es la magnífica estatua de Hércules que se admira en el palacio Pitto en Florencia.

dujo la imperfeccion de un solo rasgo en una de sus estatuas: Miron (1), de quien puede decirse que animaba los broncees, dándoles alma y vida en las figuras de los animales que retrataba, no ha tenido un heredero digno de su nombre y de su buril. Por otra parte, ¿qué ha sido de la filosofía, de la astronomía y de la dialéctica? ¿Dónde están hoy aquellos hombres que acudían á los templos para implorar á los dioses que los iluminasen con la sabiduría y la prudencia? ¡Ah! Ni aún siquiera se va á los templos para pedir la salud: se acude á ellos, sí, para solicitar el descubrimiento de un tesoro, para rogar y hacer votos por la muerte de aquel á quien se espera heredar, así sea el mismo padre. Y como es oro lo que se pide á los dioses, con oro es preciso tambien formular las oraciones. Los hombres han convertido á Júpiter en un mercader de beneficios, y el mismo Senado le ofreció no hace mucho tiempo 4.000 talentos de oro si hacía cesar la carestía y el hambre que entónces nos afligia. ¡Cuánto mejor hubiera sido emplear ese dinero en la compra de trigos! Pero los sacerdotes tenían necesidad de

(1) Miron, escultor griego del siglo v antes de J. C., émulo de Policletes, y que sobresalió en pintar animales.

aquel oro para renovar sus vestiduras y sus ornamentos. Y si volvemos la vista á nuestros tribunales, ¿qué es lo que nos exigen nuestros magistrados y nuestros jueces? ¿Cómo les acreditais vuestros derechos? ¿Es por ventura con razones y con fundamentos legales? No: es tambien con oro. Ya pasaron aquellos tiempos en que los pretores venian á sentarse en su tribunal, ahitos de manjares y bajo la influencia del vino con que les habían obsequiado los litigantes: ya no corren tampoco aquellos otros en que el embrutecimiento de tales magistrados pueda igualarse al de Grayo Lena, que hizo poner un ánfora de vino bajo su sitial, teniendo horadado el asiento para poder hacer frecuentes libaciones con el auxilio de un bombillo de cristal.

No; ya no es con el vino ni con las comilonas con lo que se conquista el fallo de los jueces, sino con el oro. Ved, sin embargo, á vuestros magistrados flacos y descoloridos, porque no se alimentan más que con reses muertas y con garbanzos, añadiendo la avaricia á la concupiscencia y á las más desordenadas pasiones. Ahí tenéis lo que sois, ciudadanos, y lo que son nuestra sociedad y nuestras costumbres: aplaudid cuanto querais.

El populacho había acogido con mués-

tras de aprobacion y regocijo los ataques del poeta, porque éstos no iban dirigidos más que contra los sacerdotes y contra los magistrados. Así es que las aclamaciones de todos pedian que continuase el discurso. En aquel momento el retórico Flavio, que habia salido de su escuela, se abrió paso entre la muchedumbre, hasta colocarse frente á frente al orador, y exclamó impetuosamente con la más enérgica expresion :

— ¡Y quién eres tú, miserable, que tienes la osadía de dirigir tales ataques á las clases y á las instituciones más respetables que existen en esta ilustre metrópoli? ¡Ah! Yo voy á decirte quién eres tú; sí: tú eres un griego. Y vosotros que le escuchais, ¿sabeis lo qué es un griego? Pues tambien voy á decíroslo. Un griego es un bipedo semejante al hombre. Todos los años vemos llegar aquí bandadas de estos seres. Un griego es un hombre venido de Sicione ó de Andros, de Samos ó de Frales, de Amidon ó de Aténas: nadie podria averiguarlo, nadie sabrá su origen ni su procedencia. Tan pronto como llega á la ciudad le veis que se sitúa en el perístilo del Capitolio ó en las inmediaciones de la Puerta Itálica para dirigir humildes y adulatoras salutations á todos los que pasan por aquellos lugares, si sabe que poseen

riquezas; porque el griego de lo primero que ha tenido cuidado ha sido de averiguar quiénes son los ricos, despues se ha informado quiénes son los más incautos, luégo ha inquirido quiénes son los más espléndidos ó los más generosos, y finalmente, ha olfateado quiénes son los más libertinos. Cuando inútilmente ha ensayado vivir con el producto de los vicios, muda de consejo é intenta vivir á costa de la virtud. Desgraciado, pues, de aquel á quien un griego le dirija la palabra y le escuche; doblemente desgraciado si le ha respondido, y mil veces desgraciado si le ha preguntado algo: en cualquiera de estos casos el griego habrá llegado á serle ya indispensable. Un griego no es un hombre: es el conjunto de muchos hombres, el compendio de todos los hombres. Porque un griego es un gramático, es un retórico, es un geómetra, es un pintor, es un cómico, es un saludador, es un adivino, es un danzante, es un médico, es un nigromántico. ¿Qué no será un griego hambriento? ¡hasta poeta, ya lo veis! Crítico calumniador de los que se encuentran ausentes, siempre le veréis adular á los que le escuchan, y su atrevimiento en estas cosas pasa los límites de la osadía: dirá que es un Hércules al que vea más flaco y enfermizo: si aquel á quien intenta explotar es aficionado á la música,

lo apellidará Anfion (1), aunque cante como una gallina clueca: si le dais entrada en vuestra casa y teneis una abuela que no haya hecho testamento, dirá á la pobre anciana que es la mismísima Hebe (2); y si ella se pone triste, él no cesará de llorar amargamente, y si se sonrie se desternillará á carcajadas: si ella dice que hace frio, él se colocará seis túnicas una sobre otra, y si dice que tiene calor, él es susceptible de sudar á mares aunque sea sobre un lecho de hielo. No podréis formar un cálculo exacto de todo cuanto es capaz un griego, y sin embargo, ved aquí uno más miserable y más hediondo, puesto que no ha podido afeitarse esa barba asquerosa ni asearse esas uñas, almacenes de estiércol. Pueblo de Nemausus, escupe sobre ese lodazal de vicios.

Flavio hubiera empezado á dar el ejemplo con la ejecucion de aquel ultraje, á no haberlo evitado el mismo Enmolpe con un instantáneo movimiento; pero el griego no

(1) Anfion, hijo de Júpiter y de Antiope. Mercurio le enseñó la música y le regaló una lira, á cuyos acordes las piedras se conmovian y marchaban por sí solas á colocarse unas sobre otras para formar los *muros de Tebas*.

(2) Diosa de la juventud, hija de Júpiter y de Juno, que servia el néctar á los dioses en el Olimpo. Tenia muchos templos en Roma.—[N. del T.]

se libró de recibir aquella injuria sobre el rostro más que á cambio de sufrir otra con la punta del pié de Flavio, que acarició sus asentaderas. Disparado este primer tiro, vióse acribillado súbitamente el desdichado poeta con un aguacero de punta-piés y una lluvia de mojicones, no escapando de tan copioso vapuleo sino merced á los ecos de una trompeta que, tocada desde lo más alto del palacio, difundió por los ámbitos del espacio sus estrepitosos y metálicos sonidos. Era uno de los heraldos de la ciudad, encargado de anunciar las horas del día.

Tan pronto como los estudiantes y la muchedumbre hubieron escuchado aquella señal, prorumpieron por todas partes con atronadoras y animadas voces, exclamando :

— ¡ Al Circo ! ¡ Al Circo ! ¡ No vamos á alcanzar sitio !

Instantáneamente se vió despejado el Foro de toda aquella multitud, y sólo quedó allí el poeta, que se cubria la cabeza con el embozo de su mantolin. Chrysis y Cneyo, ocultos en lugar apartado tras uno de los arcos, lo observaban con lástima é iban á aproximarse á él, cuando Eumolpe, calculando estar ya solo, se descubrió, adquirió la perfecta seguridad de su situación, puso en órden sus vestidos, sacu-

diéndoles el polvo, y recobró, en fin, su aire resuelto, confiado y altivo.

Cneyo meditaba al mismo tiempo sobre los discursos del poeta y del retórico, porque Eumolpe tenía razon y Flavio tambien. La ciudad era lo que habia dicho el griego; pero éste habia sido fiel y exactamente retratado por el retórico.

Eumolpe pasó su mirada por todo el ámbito del foro y vió á los dos jóvenes extranjeros á quienes estuvo observando atentamente. Aunque el porte de los dos hermanos no revelase al exterior ningun signo de opulencia, sus rasgos, sus maneras y el aspecto de ambos revelaban un sello de dignidad y distincion, que bien á las claras podia comprenderse que su educacion y su nacimiento no eran vulgares; y la imaginacion activa del griego formó su composicion de lugar, ideando en su pensamiento la historia y situacion de aquellos dos jóvenes.

— Estos son dos hermanos;— decia— el parecido y semejanza de sus fisonomías lo atestigua: deben llorar la muerte de sus padres, segun lo demuestra el signo de sus blancos palios, y vienen á Nemausus á demandar la proteccion ó el amparo de algun rico pariente que los acoja y adopte.

Tan persuadido de la exactitud y certeza de esta suposicion, hija de su perspica-

cia, como si hubiera tenido en sus manos las pruebas de la realidad, Eumolpe se dirigió al sitio donde estaban los dos jóvenes, y cerca ya de ellos, les dijo con un énfasis que él consideró muy á propósito para inspirarles temor :

— Extranjeros, ¿cuál es el objeto de vuestra presencia en esta ciudad? ¿No sabéis que sólo está permitido residir en ella á los que han probado ante la autoridad del edil que poseen medios de existencia?

— Con sólo probar que existo — contestóle Cneyo, — dejaria probado al edil y á todo el mundo que poseo medios de existir.

El tono empleado por Cneyo en su respuesta habia sido poco seductor y comunicativo; pero el griego no se arredró por ello, y reiterando sus ataques, le replicó :

— Sin duda alguna que tanto vos como la jóven que os acompaña estais dotados de bastante belleza personal para que desde luégo encontréis en Nemausus muy sobradamente grandes recursos; pero la compostura de tus vestidos se resiente de un modesto abandono, y la de tu hermana de exagerada severidad, para que podais alcanzar la fortuna con vuestros atractivos físicos; tu palio cae sin arte, dejando ver demasiado ajustada tu cintura, y la túnica de esta jóven sube hasta tocar al cuello y baja hasta cubrir sus piés.

El rostro de Cneyo se encendió por un sentimiento de cólera y de indignacion, y el de Chrysis fué coloreado por el pudor.

—Déjanos;—exclamó el jóven—apártate de nuestra vista, vil histrion, ó de lo contrario yo condenaré tu lengua al silencio, arrancándola con mis propias manos.

Cneyo hizo un movimiento para alejarse; pero el griego le detuvo, diciéndole con humildad:

—Tú eres sin duda alguna un jóven ilustrado y debes haber tenido buenos estudios; por consiguiente, la retórica te habrá enseñado que en toda discusion está permitida una suposicion maligna para arrancar al contrincante una declaracion honrosa y satisfactoria. Tu indignacion tan justa como severamente manifestada, me demuestra que eres un jóven animoso, honrado y de buenas costumbres, lo cual me entusiasma y llena de placer; porque son tan raras estas virtudes y tan poco practicadas, que se experimenta en el alma un vivo sentimiento de admiracion cuando se las encuentra unidas á tanta belleza y tantos atractivos personales.

El instinto pudoroso de la jóven se sublevó casi tanto con las alabanzas como ántes con la suposicion; pero la vanidad de Cneyo se consideró halagada con las frases del poeta, y respondió á éste:

—Pues bien, toda vez que has descubierto ya lo que deseabas saber, infórmannos de una cosa que en vano he podido averiguar desde esta mañana: dínos cuál es la morada donde habita Silia.

Al escuchar el nombre de Silia, Eumolpe pareció concentrar sus recuerdos y sus reflexiones, buscando con ellos las diferentes informaciones que habia obtenido ó que habia podido adquirir la víspera al pisar por vez primera el suelo de Nemausus. Despues de algunos momentos encontró al fin en su memoria el nombre de aquella dama, y así como el abogado que descubre el nombre de uno de sus clientes en la cubierta ó carpeta del rollo, concierne á su pleito, y que al lado de aquel nombre encuentra todas las indicaciones necesarias para el mejor conocimiento del asunto, el poeta, al recordar el nombre de Silia, recordó todo lo que respecto á esta mujer le habian informado.

— ¡Silia!... — exclamó. — No solamente puedo conducirlos á su morada, sino que tambien puedo introducirlos en ella. Silia es una noble dama de Roma desterrada en Nemausus por decreto del emperador Nerón, que no pudo triunfar de sus virtudes y de su belleza, no precisamente por la resistencia de Silia, sino más bien por considerarse él mismo en extremo débil ante

el conjunto tan extraordinario de encantos y de atractivos que se reunían en esa hermosa mujer.

Cneyo y Chrysis parecieron confusos y conmovidos y volvieron sus rostros para ocultar las lágrimas que asomaban á sus ojos.

— Silia—continuó el griego—es la esposa del senador Cneyo Silano, el más valiente guerrero del imperio y su más elocuente orador, cónsul dos veces, honor de Roma y esperanza del pueblo.

Los dos jóvenes escucharon las primeras frases de Eumolpe con cierto placer de orgullo; pero las últimas palabras del poeta los abismó en la más amarga tristeza, y Cneyo exclamó con imprudente dolor:

— ¡Ay de mí! Ya no puede ser la esperanza del pueblo romano ni la de sus hijos; á todos nos ha sumido en el luto y en la horfandad!

Al oír esta exclamación de Cneyo el poeta griego hizo un gesto de sorpresa y de extraordinario asombro; había adivinado, ó mejor dicho, había logrado descubrir que aquellos dos jóvenes que tenía delante eran los hijos de Cneyo Silano; pero éstos, que habían ocultado sus rostros para enjugar sus lágrimas, no pudieron observar ni la sorpresa ni el júbilo de Eumolpe y no sospecharon que habían hecho trai-

cion al secreto de su condicion y nacimiento, afirmándose en esta falsa creencia al escuchar al poeta que, con un aire intencional de indiferencia, continuó diciendo :

— En efecto, la muerte de Silano es una desgracia enorme para nuestra patria; pero quizás no todos los romanos piensen de esa manera, y ¡quién sabe si hasta su misma viuda será la primera que se considere feliz por haber alcanzado una libertad que tal vez hace tiempo desea!

— No prosigas—le interrumpió Cneyo— y guíanos en silencio.

El griego no pudo descubrir lo que deseaba averiguar. Ignoraba todavía si los hijos de Silano lo eran tambien de su esposa Silia, ó si procedian de algun otro casamiento anterior, y se resignó á conocer este secreto cuando se presentase á Silia.

Despues de un prolongado silencio, durante el cual llegaron á una extensa calle donde por uno y otro lado se elevaban suntuosas y magnificas moradas con severos pórticos y elegantes peristilos, dijo el griego :

— No solamente ha desaparecido de la tierra todo principio de justicia, sino que tambien del mismo cielo, á no ser que los dioses hayan querido abandonar al pueblo

romano hasta el punto de arrebatarle por la muerte sus más nobles ciudadanos, cuando apénas han llegado á la madurez de la vida, y cuando se encuentran en la plenitud de sus fuerzas, de sus facultades y de su poder.

Cneyo al oír este nuevo elogio de su padre no pudo contener la incontinencia de su lengua y replicó :

— No son ciertamente los dioses quienes han dispuesto de la vida de Silano, sino él mismo, que se ha suicidado por librarse de la ignominia de un combate en el circo. Despues de haber presenciado uno de estos espectáculos, tuvo la indiscrecion de referir delante de Neron, que en una de sus campañas de Africa, habiéndose alejado un dia casualmente del campamento de las legiones, habíase visto sorprendido por la aproximacion de un enorme y hermoso leon, y que solo y sin más arma que su machete, habia luchado con la fiera y la habia muerto. Neron quedó tan admirado con el relato de esta accion, que dudando de la veracidad de Silano, quiso que éste justificase lo que acababa de referir, y le ordenó que descendiese en el acto á la arena para combatir contra un leon.

Silano no replicó, porque sabía que las órdenes del César son sentencias inexora-

bles, y pidiendo en el acto una espada, probó el filo de su punta traspasándose con ella la garganta y cayendo muerto y bañado en sangre generosa delante del pueblo, y á la vista del mismo Emperador que en el arrebato de su ciego furor y de su cólera, por ver defraudadas las esperanzas del espectáculo en que ya pensaba recrearse su crueldad, mandó arrojar el cuerpo de Silano á las gemonías (1), confiscó sus bienes y decretó la proscripción contra sus hijos.

— ¿Conocia el Emperador á los hijos de Silano? preguntó maliciosamente Eumolpe, fijándose en la rara belleza de aquellos dos jóvenes.

—No;— contestó sencillamente Cneyo— porque vivian en una heredad de su padre al abrigo de las intemperancias y de los apetitos de Neron.

— ¡Bien pueden dar gracias á los dioses! Y ahora—dijo en tono diferente— detengámonos, porque estamos ya frente á la morada de Silia, y como ambos habeis llegado á serme interesantes, voy á procu-

(1) Lugar infestø destinado en la antigua Roma para ajusticiar á los malhechores arrojándolos á una especie de sima que tenía escalones inclinados hácia el abismo. El populacho y las gentes supersticiosas creian que los espíritus del mal habitaban de noche en las gemonías.—
(N. del T.)

rar introduciros á su presencia. Aguardadme un solo instante en el peristilo para que no seais rechazados por los esclavos.

Cneyo quiso seguir á Eumolpe penetrando tras él en la morada de su madre; pero Chrysis le contuvo, diciéndole:

— Detente y recuerda, hermano mio, que nuestro buen padre nos tenía dicho, que si algun dia nos viésemos obligados á demandar asilo á nuestra madre, deberíamos conducirnos como extraños, sin descubrir ni revelar á nadie nuestra llegada más que á ella misma.

Cneyo, con un gesto de aprobacion, demostró asentir á las razones de su hermana, y siguió con la vista á Eumolpe, que ya habia penetrado en el pórtico y parecia discutir con el portero. Este sirviente, al ver el aspecto miserable del poeta, le rechazó con desprecio, y áun llegó á amenazarle con que le soltaria el cancerbero de la casa, cuyo perro existia allí en realidad, aunque su imágen se viese pintada en la muralla del vestíbulo, segun era la costumbre. Pero la insistencia del portero no podia vencer la del poeta, y éste al fin gritó:

— Esclavo, ve á decir á Silia que el poeta Eumolpe es portador de interesantes noticias de Roma y de Silano.

Este mandato fué expresado con tanta

energía y tanta altivez, que el sirviente creyó que debía someterse á la obediencia de un hombre que venia de Roma y que traia noticias del esposo de su dueña. En su consecuencia, le permitió pasar, y encargó á otro esclavo, que estaba en el atrio, la mision de anunciar á Silia la llegada de aquel extranjero.

Dejemos por ahora á Cneyo y Chrysis sentados sobre un banco de piedra frente á la puerta de la morada de su madre; dejemos tambien á Eumolpe que se paseaba grave y acompasadamente en toda la extension del atrio, acomodándose y poniendo en órden los pliegues de su toga y ensayando dar á sus vestidos cierta gracia y compostura, ya que carecian de lujo y aún de propiedad, y penetremos con el esclavo en el interior de la casa de Silia.

Aunque la esposa de Silano viviese sola, habia, sin embargo, conservado las costumbres de las mujeres que habitan en reunion con sus maridos, y hasta la hora en que descendia al tablinio ó salon de recibimientos permanecia en el gineceo (1), que ocupaba el piso superior del edificio.

Aquel dia Silia se habia despertado al

(1) Entre los griegos la palabra gineceo significaba toda la parte de sus casas destinada para habitacion de las mujeres.

rayar el alba; pero sola en su cámara, reclinada todavía en el lecho, y con la cabeza apoyada en una de sus manos, parecía estar entregada á profundas y sérias meditaciones. Sus pensamientos eran interrumpidos de cuando en cuando por gestos ó movimientos uniformes que indicaban su conformidad con sus propias ideas, y buscaba entre las ropas de la cama un espejito de acero pulido que soltaba y volvía á tomar, lo acercaba á su rostro examinándole con interes, separaba sus labios con la punta del dedo para poderse registrar los dientes hasta su nacimiento, se palpaba las mejillas para asegurarse de su tersura, aproximaba y alejaba alternativamente el espejo, presentando simultáneamente todas las partes de su cuerpo, porque las pequeñas dimensiones de aquel mueble no le permitian poderse contemplar en conjunto, como puede hacerlo cualquiera de nuestras modernas coquetas; y por último, resumiendo en una sola frase su satisfaccion y sus proyectos, se levantó diciendo:

— Aun quiero parecer más hermosa.

En el momento mismo de abandonar el lecho Silia dió una palmada, y una joven esclava, que esperaba esta señal en un departamento vecino, penetró en la cámara de su señora. Apenas se dignó ésta diri-

girle la palabra, y con un gesto le preguntó si estaba dispuesto el baño, contestándole respetuosamente la esclava, que ya lo tenía preparado hacía largo rato.

El palacio de Silia era uno de aquellos magníficos edificios donde se encontraban no solamente todos los objetos de primera necesidad, sino también todos aquellos otros que exigía el más refinado lujo y la más fastuosa opulencia.

Ya hacía mucho tiempo que las gentes de cierto rango no concurrían á los baños ó termas públicas, cuyos precios eran tan módicos que estaban al alcance de las más pobres fortunas, por lo cual sólo frecuentaba esos establecimientos la clase media y la plebe. Casi todas las casas tenían salas particulares de baño; pero sólo en los más ricos palacios era donde se encontraban reunidos á la vez las estufas, los baños tibios y los baños fríos. El palacio de Silia era uno de éstos y ella se entregaba cómodamente á ese placer todos los días.

La noble romana se dirigió, pues, á la sala de las estufas y penetró en ella, despojándose de todas sus vestiduras, y queriendo excitar la traspiración que el vapor no producía en la abundancia de sus deseos, tomó en cada una de sus manos una especie de maza, agitando los brazos y des-

cribiendo círculos hasta que, por efecto de un ejercicio tan violento, brotó de todos sus miembros copiosísimo sudor; entónces dos esclavas comenzaron á secar el cuerpo de la dama con el auxilio de unos raspadores de marfil, plata ó carei, miéntras que otras esclavas le restregaban la piel de las coyunturas con los dedos pulgares, á fin de conservar la suavidad y transparencia del cútis en aquellos sitios. Despues de esta operacion preliminar, Silia, rendida de cansancio y de debilidad, fué transportada y colocada dentro de un baño de agua tibia, donde no permaneci6 más que el tiempo indispensable para prepararse á una temperatura mucho más baja, y abandonando por su propia accion aquel baño, se arroj6 en una extensa pila de mármol llena de un agua fresca y perfumada con las esencias más delicadas y aromáticas, saliendo y volviendo á entrar en ella repetidamente una vez y muchas más para aumentar los efectos y las impresiones de la inmersion.

Finalmente, Silia dió por terminado su baño y penetró en un departamento contiguo, que era la sala de su tocador, con el cútis fresco, terso y suave como el de una doncella de quince años. Sus jóvenes esclavas al verla entrar completamente desnuda, se extasiaron contemplando tan-

ta belleza y le prodigaron mil alabanzas. Una de ellas, llamada Daphne, que era la encargada de presentarle la ancha capa de lana en que Silia se envolvía mientras le hacían el tocado de la cabeza, tuvo detenido un momento aquel lienzo admirando las formas de su dueña, y gritó á sus compañeras :

— Contemplad á la diosa por última vez, porque voy á ocultar tan extraordinaria hermosura.

Silia dejó escapar una ligera sonrisa al escuchar la lisonjera alabanza de Daphne, y envolviéndose en el vasto palio, tomó asiento delante de su mesa de tocador que sostenía un gran espejo de plata, cuyo pulimento estaba encomendado diariamente á un esclavo que hacía el bruñido frotando aquella plancha con sus manos.

Las primeras atenciones del tocador correspondían al peinado : no sólo estaban encargadas de esta operación las esclavas que la ejecutaban, sino que además había otras cuya misión era hacer observaciones sobre la perfección de los toques, y advertir el olvido de algún detalle. La elección ó señalamiento de la clase del peinado no ofrecía dificultades. Silia, según proclamaba toda Nemausus, era bella como Minerva, sin afectación ; así se decía, y como Minerva, su peinado consistía en un

casco, pero no un casco de acero ni de oro, sino un casco formado por sus propios cabellos y no coronado con un buho, sino con flores artificiales confeccionadas por una esclava egipcia que Silia habia adquirido á un precio enorme en competencia con Fortunata, la esposa del duunviro Bíbulo, que la queria para su servicio.

Miéntras que las esclavas se ocupaban del peinado pidió Silia, y le fueron entregadas, las cartas que le hubieran sido dirigidas aquel dia. Leyó la primera con inquietud mezclada de curiosidad, y cuando se hubo enterado y asegurado de su contenido, tomó un stilo y escribió algunos renglones sobre una tableta, encargando á una de sus esclavas, la más bonita, y al mismo tiempo la más torpe, que fuese á entregarla á ese Bíbulo á quien se acaba de nombrar.

Silia separó despues otras muchas cartas, cuyas letras le eran conocidas, reteniendo en sus manos una de ellas que no leyó hasta despues de haberla examinado largo rato. Como si esta carta fuese portadora de una funesta y desagradable noticia, Silia hizo esfuerzos para decidirse á abrirla; pero desde el momento en que lo hizo y llegaron sus ojos á fijarse en ella, devoró de una sola mirada todo su contenido: despues la leyó toda desde el prin-

cipio hasta el fin sin detenerse en ningun párrafo. Por segunda y tercera vez volvió á leerla con calma y lentitud, experimentando igual complacencia al saborear cada una de las frases allí escritas, y más de una vez el ligero, pero marcado movimiento de sus labios, parecia dar á entender que ella hubiera deseado contestar con un beso aquellas palabras que la embriagaban de felicidad.

Ya hacía mucho tiempo que las esclavas habian concluido de peinarla, y Silia áun continuaba extasiada con la lectura de aquel escrito, y todavía despues de haberla terminado, permaneció muda, inmóvil y pensativa durante largo rato sin preocuparse por la presencia de sus esclavas que eran testigos de su abstraccion y distraimiento. En seguida tomó una tableta y empezó á escribir; pero habiéndose fijado sus ojos casualmente en la primera carta que ántes habia contestado, borró las pocas palabras que habia escrito, y arrojó la tableta con marcado disgusto. Silia deseaba y temia responder, dirigiendo miradas en derredor como quien busca un objeto, una idea ó algo que le ayudase al logro de sus deseos sin ninguna clase de peligros. Primero creyó haber encontrado el medio con el auxilio de unas flores que hacía pocos momentos le habian sido ofrecidas en pri-

morosas cestas por unas jóvenes Canéforas (1); tomó algunas de estas flores, escogiendo las más emblemáticas, y formó un pequeño ramo cuidadosamente arreglado por sus propias manos; pero ya fuese que Silia no hubiera podido encontrar las que más se adaptasen á las ideas y á los sentimientos que ella queria expresar, ó sea-se que no quisiese confiar estos sentimientos á un lenguaje figurado en extremo fácil de adivinar, ello fué que la dama arrojó al suelo las flores, como ántes habia desechado las tabletas, y volvió á quedar sumida en sus vacilaciones.

Aun permanecia abismada en ellas, cuando dos esclavas jovencitas, que casi eran dos niñas, se presentaron trayendo una pequeña mesa ó velador de limonero de África. Esta preciosa madera, que ha permanecido despues desconocida para las generaciones modernas, era entónces tan estimada como el oro. Al fijar Silia sus miradas en la mesa y en las frutas que la adornaban, se escapó de sus labios una ligera sonrisa, iluminándose su semblante

(1) Dejando al autor toda la responsabilidad de la aplicación, diremos que las Canéforas eran unas doncellas de distinguido linaje que habitaban en el templo de Minerva y que estaban destinadas á conducir en canastillos sobre la cabeza las flores y demas cosas propias para los sacrificios.—(N. del T.)

con una expresion de inmensa alegría ; cesaron todas sus inquietudes , y se aproximó á la mesa , ó mejor dicho , se precipitó sobre ella. Desde luego se comprenderá que esta súbita satisfaccion de Silia no reconocia por origen el incentivo del placer que podia gozár con los manjares de su desayuno , porque apénas los gustó con sus labios.

Lo primero que hizo fué producir un suave chasquido con sus delicados dedos , como quien llama á un perro , y al oir esta señal ó esta órden , acercóse á ella una anciana esclava , que habia permanecido desde el principio apartada en uno de los rincones de la sala. Silia le hizo otra señal , y la vieja se sentó frente á la seductora coqueta , la cual empezó á morder várias frutas con la punta de sus perlinos dientes , y las fué arrojando á la esclava que las devoraba con avidez. Silia parecia en extremo complacida con esta especie de juego , y cada vez que le arrojaba una fruta decia :

— ¡Para tí!

— ¡Para tí!

— ¡Para tí!

Finalmente , Silia tomó una hermosa manzana , la mordió ligeramente y la arrojó lo mismo que las otras á Enothea sin proferir palabra ninguna ; la esclava , en

vez de comerse aquella fruta como lo habia hecho con las demas, la ocultó entre los pliegues de su túnica. Silia observó que habia sido comprendida, pero continuó todavía el juego durante algunos momentos, hasta que al cabo se levantó. Lo mismo hizo Enothea, diciendo por lo bajo á su dueña :

— Voy á entregar tu mensaje á Fausto.

Aquella manzana mordida era, en efecto, la más tierna y apasionada manifestacion que una dama romana podia ofrecer á su amante, y era un emblema tanto más expresivo y absoluto, cuanto que no tenía la frase limitada de un escrito ni el sentido ó significacion aislada de una flor, sino que decia y manifestaba un ilimitado y vehemente asentimiento á todo lo que la imaginacion ó el deseo de un amante quisiera suponer, sin que demostrase por eso audacia ni timidez. Traducido en toda la extension de su significado, queria decir: ' acepto vuestro amor con la emocion, la dicha, el abandono, el éxtasis, la turbacion y el rubor que os pueda más halagar. '

Es indudable que la más elocuente declaracion de una mujer es su silencio, y más que su silencio, su fuga, si ántes de alejarse del hombre á quien ama le arroja una flor ; pero si llegamos á identificarnos

con las costumbres de los tiempos de Roma la antigua, no es posible encontrar nada más halagüeño y seductor que el envío de una fruta donde la mujer amada hubiera depositado un beso imprimiendo en ella la señal con los dientes alabastrinos que ocultaban sus rosados labios.

Cuando Silia hubo contestado del modo que queda dicho las cartas que había recibido, y cuando hubo terminado su sobrio desayuno, continuó la obra de su tocado. Había exclamado en el momento de abandonar el lecho que quería parecer aún más hermosa, es decir, más bella que la belleza misma, y al efecto, había hecho prepararse todo cuanto en una mujer pudiera contribuir á la brillantez, admiración y relieve de sus atractivos.

Debíase empezar por el punto más interesante y grave del tocador, puesto que se trataba nada ménos que de resolver qué composiciones ó cosméticos se habían de emplear este día para suavizar y transparentar el cútis del rostro, del pecho, de la espalda y de los brazos, para blanquear el de las manos, y para bañar de un ligero rosado el de las mejillas y los labios. Entre las esclavas, las unas proponían el centeno hervido y amasado con aceite de almendras; pero era preciso dejar secar esta pasta sobre la piel, y luego hacerla des-

aparecer con fomentos y lavatorios de leche; otras indicaban el hongo puesto en infusion con leche de burra, cuya composicion tenia por objeto producir una ligera inflamacion en el rostro, por medio de la cual desaparecian las arrugas; pero este afeite fué desde luégo desechado como indigno de Silia, y sólo utilizable por mujeres cuya edad excediese de treinta y cinco años; las más ingeniosas propusieron para blanquear las manos la tierra de Samos ó bien la de Chio (1), y mejor la de Seleausco (2), disuelta en agua, que deja sobre la piel unos polvos blancos é impalpables que penetran hasta los poros y tegumentos del cútis. Simultáneamente esta celebraba la pasta de raíz de arroz que hace presentar la lozanía de la juventud; la otra preferia el purpurissimum ó esperma de púrpura preparada con vinagre, que no se extingue ni áun despues de lavado y enjugado el rostro; y todas, en fin, recomendaban y ensalzaban los afeites, cosméticos y pastas que consideraban

(1) Especie de tierra resolutive y astringente.

(2) Son dos islas del archipiélago griego, en las cuales se encuentra una sustancia mineral aplicada por los antiguos para los usos del tocador. El mismo Neron, emperador romano, de las más obscenas costumbres y afeeminados vicios, llegó á emplearla para parecer hermoso á sus amantes y favoritos.—(N. del T.)

más eficaces para hermostear á su bella dueña.

Silia escuchaba con marcado indiferentismo esta importante y trascendental disertacion, y entre tanto paladeaba y diluía dentro de su boca una pastilla de mirto para dar á su aliento un aroma agradable y embriagador ; y cuando la discusion habia llegado al más animado extremo , ella eligió , de todas las sustancias conocidas y usadas entónces , la única que no se le habia aconsejado , y mandó que macerasen unas cuantas cabezas de amapolas en agua clara , diluyendo en ella un grano de incienso. En seguida se lavó las manos con esta simple preparacion , enjugándose las luego en la cabellera de una esclava que le presentó su cabeza destinada á este exclusivo servicio. Despues utilizó otra preparacion igual para bañarse el rostro , secándose con unas almohadillas de seda machacada , permaneciendo largo rato contemplándose al espejo sin hacer uso de ninguna de las otras pastas que le presentaron las esclavas. Sólo quiso que le pintasen ligeramente las cejas , y se esparció por la cabeza unos polvos rubios mezclados con arenas de oro , que adhiriéndose acá y allá en sus cabellos centelleaban graciosamente.

Silia se hizo calzar los piés con el airoso

zapato sicionense (1), tan renombrado y aceptado por su exquisita elegancia. Este calzado reunía todas las condiciones; como el zapato de las severas matronas romanas no cubría el pié por completo ni ocultaba el nacimiento de la pierna, y como la caliga ó sandalia de los soldados, adoptadas por las cortesanas y meretrices, no dejaba enteramente desnudo el pié; el sicionense establecía el justo medio entre ambos sistemas de calzados, y las bandeletas ó cintillas color de grana que lo sujetaban, formando un cruzado sobre las piernas, hacía que resaltase más y más la blancura del pié.

En seguida, abandonando Silia su extensa envoltura, vistióse con la primera túnica, que, trasparente como un *tisú aéreo* (2), la cubrió de blanca sombra; no tenía mangas, y apénas subía poco más de la cintura. Despues colocóse la segunda túnica, que era color de púrpura, no ménos gaseosa y ajustada que la primera, y como ella igualmente sin mangas, en extremo escotada y que no bajaba más allá de

(1) Sabido es que la civilizacion, las artes y las costumbres de Grecia fueron importadas en Roma. Sicione era una famosa ciudad del Peloponeso, cerca de Corinto, que imponía las modas y el buen gusto en el vestir. Hoy sólo se distinguen sus ruinas.—(N. del T.)

(2) Frase de Petronio, escritor y poeta de tiempos de Neron.—(N. del T.)

la rodilla. Finalmente, se revistió con una tercera y última túnica de un tisú diafanísimo, pero de una anchura ó vuelo extraordinario, y justamente en el arreglo y órden simétrico de los pliegues de este traje, bajo el cinturón que rodeaba el talle, era donde las esclavas debían demostrar á sus señoras la perfección del arte y del buen gusto. Esta túnica flotante debía cubrir todo el seno de la mujer y dejarlo todo ver; debía caer bastante baja por delante para dar decencia y esbeltez, y al mismo tiempo debía permitir que se vieran los pies y no dificultar el movimiento de éstos, arrastrando, empero, por detrás lo bastante para descoger con elegancia, con finura y gracia, el ancho bordado de oro que la guarnecía. Tenía esta túnica ó toga mangas abiertas que se ceñían en el extremo de los brazos con broches ó brazaletes de oro y piedras preciosas; pero en vez de estar en ambos lados á igual altura, subía por encima del hombro izquierdo y descendía por debajo del derecho, dejando al descubierto el nacimiento del brazo y la región vellosa, que las damas romanas se hacían afeitar.

Mas de una vez Silia se cogió el falso de su túnica alzándolo con la mano izquierda de manera que la pierna quedase al descubierto. Así era como marchaban de

ordinario, y según costumbre, las mujeres, que sin exponerse á la crítica ni al calificativo de despreocupadas, no afectaban, sin embargo, un severo pudor. Silia estuvo examinándose breves momentos, y concluyó por dirigirse á Daphne, que era siempre la más favorecida entre sus esclavas, diciéndole:

— ¿Es cierto que Pannychis, la cortesana, ha adoptado el uso de túnicas á la Lacedemonia, abiertas por el costado hasta la cadera y sujetas solamente por un broche en el muslo ?

— Es cierto—respondió Daphne;—y no sólo ha sido adoptado por ella este uso en la túnica de encima, sino también en la segunda túnica, así es que fácilmente puede contemplarse cuán grande es su hermosura.

—Esas mujeres son una raza de harpías que llevan la putrefacción y el veneno á cuanto tocan—exclamó Silia.—Apénas se acaba de introducir esa airosa moda, y ya ellas se la han apropiado con feroz avidez, hasta el punto que una mujer honesta no puede vestir de ese modo. Bien pronto ellas solas tendrán el derecho y la facultad de aparecer bellas, y esto sería digno de que un monstruo tan prostituido como Neron pusiese en vigor el decreto de Tiberio, que les prescribía el uso de túnicas

cerradas. Hemos llegado al lamentable extremo de ver cómo han desechado la toga despues de haberla prostituido; y si no se otorga un permiso especial del Emperador á cada noble dama para usar la túnica laticlavía, será necesario que nos envolvamos en un saco, á fin de diferenciarnos de la mancebía.

Despues de haber pronunciado estas palabras, se encaminó Silia á otro departamento, donde la esperaban los diamantes, los collares, los brazaletes, los broches y los pendientes, que debian completar su elegante *toilette*, y así que se hubo colocado estos ricos adornos, quiso informarse de si habian llegado algunas personas para visitarla, y supo que muchos nobles patricios esperaban su permiso para saludarla. Ya iba á comunicar sus órdenes para que fuesen introducidos, cuando penetró en la sala el esclavo del atrio repitiendo la frase del griego:

—El poeta Eumolpe llega y quiere hablarte, siendo portador de interesantes noticias de Roma y de Silano.

Semejante aviso no podia llegar en más críticas circunstancias.

Silia tenía ya destinadas todas las horas de aquel dia, que era un dia importantísimo para ella. En primer lugar, era el designado para la inauguracion del gran

Circo, y Silia queria asistir al espectáculo para vencer como la más bella, en competencia con todas las mujeres de Nemausus. Indecisa é irresoluta entre acceder á las pretensiones del viejo duumviro Bíbulo, ó aceptar el ardiente amor de Fausto, el elegante tribuno de la décima legion romana, habia dado una audiencia al primero y habia enviado al segundo un expresivo y vehemente emblema de amor. Se trataba, pues, para Silia de ser inmensamente feliz ó inmensamente rica: dos perspectivas entre las cuales hay el peligro de que vacile la mujer más virtuosa. Y Silia habia escogido aquel dia para adoptar una terminante decision: queria presentarse en el Circo, triunfar por su elegancia, por su distincion y por su belleza, lograr que la admiracion y los aplausos del público la proclamasen como la mujer de más perfeccion y de más atractivos; y despues de conseguido esto y de haber excitado así la pasion de aquellos dos amantes, ver lo que cada cual le ofrecia en cambio de su amor.

Sería preciso rechazar con indignacion, como una calumnia injusta, la creencia de que en el corazon de Silia no se anidaba más que el sentimiento de un cálculo miserable. El mensaje de amor que habia enviado á Fausto demostraba que tenia un

íntimo y secreto deseo de amar y ser amada honestamente, es decir, todo lo honestamente que puede conducirse la mujer casada que se entrega á las caricias de un amante. Ella sabía perfectamente todo lo que podia esperar de Fausto: amor y adoracion, y nada más que adoracion y amor; eso era todo. De consiguiente, desde el momento en que Silia no estaba inclinada preferentemente á venderse al viejo y veleidoso Bíbulo, y desde que se considere que el amor apasionado de Fausto pesaba en la balanza de sus decisiones tanto ó más que los tesoros del duumviro, se tendrá la prueba de que en su corazon no habia sólo un sentimiento de cálculo.

La esposa de Silano no conocia al poeta Eumolpe, y el anuncio que acababa de recibir de la llegada de un extranjero que le traia noticias de Roma y de su esposo, era una gran contrariedad que se le presentaba. Lo que aquel emisario iba á decirle podia hacerla desistir de lo que ella habia resuelto intentar, y en tal momento hubiera preferido más bien que este mensaje se hubiera retardado, aunque en esencia fuera un obstáculo á sus proyectos, ántes que verse sumida de nuevo en las incertidumbres y vacilaciones, cuyo término deseaba alcanzar á cualquier precio. Sin embargo, como no habia medio hábil ni prudente de

rechazar al poeta, ordenó que éste fuera introducido, despues de enviar un recado de excusa á los amigos, que desde ántes esperaban, por no poderlos recibir.

Frecuentemente Silia tenía la costumbre, tanto en su tocador como en su cámara, de hablar delante de sus esclavas de las cosas más íntimas y reservadas, sin preocuparle ni darle recelo de que aquéllas pudiesen escucharlas; pero esta vez un secreto presentimiento le inspiraba la precaucion de alejarlas, y recibió á Eumolpe sola y con la alarma en el corazon.

El poeta se presentó con esa petulante y afectada importancia del hombre que sólo está acostumbrado por instinto y por sistema al empleo de la lisonja y de la adulacion: saludó á Silia con humildad, y en seguida se irguió inflando los carrillos y arrugando la vista.

Silia era por todo extremo perspicaz, y ademas tenía perfecto conocimiento de los hombres para no dejar de presumir con acierto qué clase de sujeto era aquél, al solo exámen de su aspecto: pero la calidad de poeta de que él hacia alarde, y que otro en su lugar hubiese ocultado como poco recomendable, dió á Silia la medida del recibimiento que debia otorgarle y del tono con que habia de hablarle.

—¿ Es verdad, — le dijo secamente — que

mi esposo te ha encargado de un mensajé para mí?

—Tu esposo no me ha encargado de nada, y sin embargo, tengo alguna cosa importante que hacerte saber.

—¡Ah! comprendo—dijo Silia con menosprecio.—Tú habrás encontrado á Silano en Roma, habrás obtenido de él alguna audiencia, á fuerza de solicitudes, y crees con eso haber alcanzado un título para venir aquí á implorar de mi favor alguna proteccion: conozco perfectamente este sistema de introducirse y de acercarse á cierta clase de personas; no soy tan incauta.

Eumolpe, en la conviccion y seguridad de que la importancia de las noticias que él podia comunicar, le servian de garantía para no ser arrojado y áun para contener el menosprecio de Silia, se sonrió primero desdeñosamente, y despues de un momento de silencio, añadió:

—Silia, me parece algo impertinente eso de rehusar lo que no te se ha pedido. Debieras haber previsto que quizás ántes de mucho pudiera yo á mi vez rehusar lo que tuvieras tú interes en ofrecirme.

Silia tenía bastante experiencia de estos entes parásitos, y sabía muy bien las artes de que se valian para llegar al logro de sus fines. Así, pues, no se dejó sorpren-

der por la actitud altanera y confiada del poeta ; pero una oculta voz decia á Silia en su alma que aquel hombre poseia algun grave secreto, y dominada por la impaciencia, exclamó:

— ¡ Habla, pues ! ¿ Qué tienes que decirme ?

— Silia, — replicó Eumolpe, sondeando el terreno para saber de la dama romana lo que no habia podido averiguar de los dos jóvenes extranjeros. — Silia, ¿ no es verdad que debe ser una dicha inmensa para una madre la de volver á ver á sus hijos ?

— ¡ Sus hijos ! — gritó Silia con un acento que no podia dejar duda á Eumolpe de que aquella mujer era madre. — ¿ Sus hijos, dices ? ¿ Se trata acaso de los míos ? ¿ Por ventura me los envia Silano para sustraerlos á los furiosos de Neron, como se ha visto obligado ántes á alejarme de Roma para ponerme al abrigo de su amor insensato ?

Eumolpe dejó escapar una sonrisa maliciosa al escuchar la explicacion de la aventura de Silia con Neron, y con esto se aumentaron las alarmas de aquélla.

— En fin — gritó impetuosamente la noble patricia, — ¿ qué sucede ? ¿ Qué desgracia me amenaza ? ¿ Qué debo prevenir para evitarla ?

— Quizás sea una desgracia y quizás

sea una dicha: eso depende de tí misma.

Silia comprendió que su impaciencia la entregaba á las garras de aquel hombre, y dominando su carácter violento, dijo con simulada calma:

—Me dispongo á escucharos para cuando gustéis empezar á hablar.

—Pues bien—dijo Eumolpe.—Silano no es quien me ha enviado á tí, porque Silano ha muerto.

—¡Muerto!—exclamó Silia, cuyo rostro se cubrió de palidez.

Ninguna mujer, sea de la clase y condicion que sea, recibe sin emocion la noticia de la muerte de su marido; ni aún aquella que en su fuero interno lo considere un obstáculo para el éxito de sus miras y del cual aspira, hasta en sueños, verse libre.

Silia se dejó caer sobre un lecho de descanso, abrumada bajo el peso de aquella noticia, con la vista inmóvil é incierta, y por muy preocupada que estuviese su mente por el estado de sus proyectos, herida ó mejor dicho, atacada así de improviso por un acontecimiento tan inesperado, hubo un momento de turbacion en su espíritu, del cual, no obstante, se repuso en breve. La muerte del esposo no pudo dominar completamente la preocupacion que sus designios y sus proyectos inspiraban á aquella mujer, y su pensa-

miento se fijó solamente en buscar la manera de modificar la ejecución de sus planes, en vista de los nuevos sucesos.

— ¡Muerto! — repitió — ¿y cómo?

Eumolpe le refirió lo que le había oído narrar á Cneyo, y al conocer Silia los detalles de la trágica muerte de su esposo, exclamó:

— ¡Ah! bien reconozco en esa heroica conducta la noble virtud de Silano: sí; era un digno patricio y un digno ciudadano; por eso ha preferido la muerte y no la infamia.

Durante un largo rato Silia hizo el elogio de su esposo, conmovida por el llanto y los sollozos; porque no es una contradicción derramar lágrimas honorables á la buena memoria del esposo perdido, á quien, sin embargo, se le deseó la muerte cuando vivió.

Causará indudablemente asombro que esta madre no hubiera pronunciado aún el nombre de sus hijos; pero es necesario considerar que la noticia de la muerte de su marido, por lo inesperada, había ocupado todo su pensamiento. Al fin Silia preguntó á Eumolpe:

— ¿Y no habeis sabido nada de mis hijos?

— Están en Nemausus,

— ¡En Nemausus!

—A la puerta de vuestro palacio.

—¡Gran Dios!—exclamó Silia incorporándose para correr al encuentro de ellos.

Pero una singular y súbita reflexion la detuvo.

—¿Por qué—preguntó á Eumolpe—no se han presentado á mí desde luégo?

Eumolpe esta vez dijo sencillamente la verdad, porque se consideraba ya suficientemente iniciado en los secretos de Silia, para no exponerse sin ventaja ninguna á una mentira bien fácil de descubrir. El poeta refirió su casual encuentro con Cneyo y Chrysis, explicando minuciosamente todos los detalles, y haciendo gala de su talento, para dar al recitado todo el interes de que pudiera adornarle el más hábil prosista. Silia, en tanto, permaneció inmóvil y pensativa, y al mismo tiempo que escuchaba la narracion de Eumolpe, bien podia comprenderse que rodaba por su imaginacion un nuevo proyecto. Ya hacía tiempo que el poeta habia dicho cuanto tenia que decir; pero áun continuaba hablando. Silia sabía ya todo lo que le interesaba saber; pero dejaba charlar á Eumolpe para poderse escuchar á sí misma sin ningun temor; porque se consideraba más al abrigo de la observacion de aquél en presencia de su charlatanería, que no frente de su silencio. Cuando ella hubo

meditado á su sabor y cuando hubo resuelto el partido que debia tomar, interrumpió al poeta diciéndole:

—Así, pues, ¿no hay en Nemausus nadie que sepa nada de lo que me habeis dicho, más que vos?

—Nadie.

—¿Solamente sois vos quien sabe que mis hijos están en Nemausus?

—Yo solamente, y hasta ellos mismos ignoran que yo los tengo por tales hijos vuestros.

—¡Perfectamente!—exclamó Silia con satisfaccion porque todo concurría en ayuda de sus planes. —Ahora bien; es de todo punto indispensable que vos no me hayais visto, es preciso que por hoy aparezca como que yo ignoro todas las noticias que acabais de comunicarme. Es un esfuerzo y un cruel sacrificio; pero tengo el deber de imponérmelo. Eumolpe saldrá de esta cámara diciendo que yo habia salido de ella, con un motivo cualquiera, en el momento de entrar él, y que se ha cansado de esperar en vano que yo volviera á presentarme, yendo á reunirse de seguida con Cneyo y Chrysis..... ¡Ah!.... ¿Cómo están? ¿Son hermosos? ¿Chrysis es bella?

—Chrysis es vuestra hija.

—¡Ay de mí!—dijo Silia suspirando.

Despues aquella madre, que luchaba

entre la realizacion de sus planes y el deseo de ver á sus hijos, añadió :

—Concluyamos : les diréis á ellos que no habeis podido llegar hasta mí, y que sólo habeis alcanzado por medio de un recado la promesa de que os recibiré mañana á la misma hora.

—Pero ellos insistirán.

—Tan poco valeis y tan escaso de ingenio andais, que os sea difícil distraerlos por un solo dia en esta hermosa ciudad? Comprendedme de una vez—continuó Silla con visible impaciencia y mal humor—mañana seré viuda; mañana seré madre; mañana les abriré mis brazos para no separarme de ellos jamas: hoy.... hoy no puedo, hoy perderia el fruto de mis más adorados proyectos.

Esta manera de remitir ó de trasladar los sentimientos al dia siguiente, no es tan inverosímil como puede parecerlo á primera vista; y por nuestra parte, estamos perfectamente de acuerdo en conceder un gran fondo de verosimilitud á la anécdota que se refiere de un hombre á quien, estando profundamente dormido, se le despertó para anunciarle la muerte de su padre, y vencido por el sueño que le dominaba, volvió á su letargo exclamando: ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Qué desgracia! ¡Qué afligido voy á estar mañana!—y en efecto, al des-

pertar de nuevo, quedó sumido en la mayor tristeza. El efecto de ese sonambulismo ó de ese estado anestésico, puede producirse tambien por una extraordinaria fuerza de voluntad, ó por una poderosísima preocupacion. Que se nos conceda esto, y entónces dirémos que no puede haber para la mujer una preocupacion que iguale á la de tener que escoger entre el amor y el interes. Y si se reflexiona que habiendo cambiado el estado civil de Silia con su viudez y su libertad, que ésta tenía que seguir una conducta totalmente distinta de la que en otro caso hubiera adoptado, y que finalmente ella podia obtener un partido más ventajoso y á la vez más honorable, se comprenderá y encontrará disculpa á que ella quisiera tomarse tiempo para reflexionar sobre sus nuevas condiciones y circunstancias, así como la manera de conllevar su *próxima* viudez.

Silia explicó repetidamente á Eumolpe lo que ella pretendia de su ingenio y de su prudencia, y dió más fuerza á sus órdenes y á sus argumentos con un bolso lleno de oro que el griego recibió con gratitud; aunque consideró este donativo como cosa insignificante, en comparacion con las utilidades que esperaba reportar de su acceso á la casa de Silia, de los servicios que iba á prestar á ésta y del domi-

nio que sabria ejercer sobre la mujer qué tan aturdidamente se le habia confiado sin conocerle.

II.

—Es imposible que veais hoy á Silia— exclamó Eumolpe al reunirse con Cneyo y con Chrysis.—Nadie ha podido alcanzar una audiencia de esa dama, y bien habréis podido ver que los más nobles patricios han sido despedidos, sin haber logrado saludarla. Yo tambien la he esperado largo rato, hasta que al cabo me ha enviado á decir con una esclava que me rogaba que volviese mañana á esta misma hora, con los extranjeros que pretendian presentarse á ella.

—Pues bien—dijo Cneyo—vcy yo mismo á hacerme anunciar y verémos si se niega tambien á recibirme.

—Guardaos bien de acometer tal empresa—dijo vivamente Eumolpe—porque no conoceis el carácter de Silia, y ademas ignorais otras circunstancias. Quien quiera que seais, Silia no os recibirá, ni vuestro aviso le sería comunicado; y si por medio de la violencia, que es difícil y arriesgado, llegaseis á penetrar hasta su retiro, la causaríais una impresion fatal, cuyas consecuencias no sabemos cuánto po-

drian influir y afectar á su salud y á su vida. Hoy es el sétimo dia de la luna de Mayo, y Silia ha sido amenazada en el horóscopo de un adivino con una gran desgracia para ella y para las personas que en este dia fatal se presentasen en su casa.

—¿Y no podríamos verla durante todo el dia en alguna otra parte? preguntó tímidamente Chrysis.

—Si es tan grande el interes que os mueve por sólo verla—contestó Eumolpe—seguidme al Circo, en donde seguramente Silia ocupará un lugar preferente y distinguido.

—¡Al Circo!—exclamó Cneyo.—Nosotros no podemos ir al Circo en dias de tanta orfandad y tristeza para nosotros.

—Por eso mismo—se apresuró á objetarle Eumolpe.—No es, por cierto, lo que os propongo el goce de un placer; como podréis ver, la fiesta de hoy no tiene tanto de espectáculo como de ceremonia pública religiosa, y el asistir á ella no puede ménos de ser agradable á los dioses. Por otra parte, no sé qué va á ser de vosotros durante todo el dia en una ciudad como ésta, que os es completamente desconocida, sin encontrar asilo en ninguna de las casas de hospedaje, que se hallan todas ocupadas por la extraordinaria afluencia de foraste-

ros que aquí han venido para presenciar la inauguracion del gran Circo romano, y sin que yo pueda tampoco ofrecéroslo en mi morada, porque no tengo tiempo de conducirlos y acompañaros á ella, á causa de ser ya la hora en que debo tambien marchar al Circo, para asistir á los juegos y para poderlos describir y celebrar en unos versos que pienso dedicar al Duunviro Bibulo, y ésta es una nueva corona poética que no me es dado renunciar.

La duda y la incertidumbre, que ya dominaban los ánimos de los dos hermanos, llegó á crecer más todavía con un nuevo incidente. En aquel momento acertaba á pasar por allí una cabalgata de jóvenes romanos que se dirigian al Circo montando briosos corceles. Uno de ellos detuvo un momento su caballo é hizo señas á un esclavo que le seguia para que penetrase en el palacio de Silia. Dicho esclavo, que era portador de una gran cesta cubierta con un velo, entró en la morada de Silia y volvió á salir en el acto.

—Ved ahí otra negativa de recibimiento y otro visitante rechazado—observó Eumolpe. Vamos, pues, seguidme.

El joven patricio que habia tenido fijos los ojos en la casa de Silia se alejó; pero al partir se encontró su mirada con la de los dos jóvenes, que estaban admirando su

noble apostura, su donaire y su elegancia.

Cneyo se decia: «Hé ahí un hombre cuya amistad se me figura que debe ser leal y estimable.»

Chrysis pensaba: «Hé ahí una fisonomía que revela un corazon noble y digno.»

Aquel hombre era Fausto, que siguiendo los preceptos de Ovidio (1) habia adquirido cuidadosamente en el mercado y en los jardines las más hermosas frutas y las más bellas flores, enviándolas á Silia como testimonio de su homenaje y de su amor; Fausto, cuya sorpresa y emocion al fijar su vista en aquellos dos jóvenes, no fué menor que la admiracion de éstos al contemplarle,

—¿Qué haceis á la puerta de este palacio?—les preguntó.—¿Desearias entrar en la morada de Silia?

—No por cierto—se apresuró á decir Eumolpe—vamos al Circo y nos hemos detenido aquí para contemplar la magnificencia de estos edificios.

—¿Y qué?—exclamó Fausto insistiendo en este diálogo, para poder examinar á Chrysis con más detenimiento—no teneis loca-

(1) Publio Ovidio, poeta latino que murió el año 17 de la era cristiana. *Amoribus*, lib. III; *Artis amatoriae*, lib. III; *Remedium amoris*, lib. I, y otras muchas obras y poesías, entre las cuales se encuentra una oda dedicada á Venus, —(N. del T.)

lidades reservadas para este noble mancebo y para esta jóven tan bella? ¿Vais á obligarles á que estén confundidos entre la plebe en las gradas altas del Circo? Yo puedo ofreceros cosa mejor; seguidme: el edil Marcio es amigo mio, y yo obtendré de él una colocacion más conveniente para vosotros al lado de las gradas de los caballeros y cerca del preferente lugar donde toman asiento las nobles familias de los patricios.

—Acepta mi sincera gratitud por mí y por mi hermana—contestóle Cneyo.—Estoy altamente satisfecho de tu cortesía, no por lo que con ella me ofreces, sino por ser tú quien me lo ofreces. La nobleza de tu fisonomía, que ha conquistado desde el primer momento mis simpatías, me anuncia como buen presagio que no me habia equivocado al suponerte un hombre bondadoso y hospitalario.

Al escuchar Fausto tan entusiasta manifestacion de Cneyo, se apeó del caballo entregando las bridas de éste al esclavo que le seguia, y fué á incorporarse con los dos jóvenes extranjeros, á quienes miraba cada vez con creciente curiosidad y atencion.

—Sin que me hubieras dicho—dijo á Cneyo—que esta jóven era tu hermana, me lo hubiera hecho comprender la ex-

traordinaria semejanza de vuestras facciones. Pero no es esto solamente lo que me admira, sino que además estoy sorprendido de ver que entre vuestras fisonomías y la de una noble dama de esta ciudad existe también un exacto parecido que yo no puedo explicármelo más que con una suposición, que es de todo punto imposible.

Cneyo y su hermana cruzaron una mirada de inteligencia, y el griego Eumolpe, queriendo evitar un inoportuno reconocimiento, exclamó:

—Señor, ¿por qué nos obligas á caminar por esta calle? Con esta aglomeración de gentes que marchan en masa, y que por lo visto han rendido culto á Baco ántes de tiempo, no podremos dar un paso sin que seamos envueltos y atropellados.

Fausto, por toda contestación, hizo una seña al esclavo que le seguía, el cual se colocó inmediatamente delante y empezó á abrir paso separando á la muchedumbre con una vara de vid, con la cual golpeaba á los que no se apartaban diligentemente.

Sorprendióse Cneyo del abuso que de aquel modo cometía Fausto, y dijo á éste:

—¿Cómo te atreves á inferir al pueblo semejante ofensa, y cómo es que costando en Roma tanto trabajo á las faces consula-

res el abrirse paso, aquí esto es tan fácil y basta sólo el palo de un esclavo?

Como á esta interpelacion de Cneyo no contestó Fausto sino con otra pregunta, será preciso explicar lo que aquél no acertaba á comprender.

Es indudable que en las colonias romanas existia un pueblo con los mismos derechos que en Roma, y en algunas, como las de Narbona y Tolosa, ese pueblo era respetable y respetado. Pero en Nemausus, en aquella ciudad cortesana y corrompida, poblada de libertos (1) infestada de gentes sospechosas que vivian bajo la vigilancia de las autoridades, y plagada con la espuma y con lo más selecto de todos los rufianes, bribones y ladronzuelos de Italia y de las Galias, aquel pueblo no era otra cosa sino un vil rebaño que los poderosos manejaban con el látigo y los espectáculos. Por esa misma razon aquel pueblo era á veces mucho más temible que otro alguno, y en las diferentes ocasiones que rompió las cadenas de su degradada humillacion, tanto más feroz y cruel, cuanto mayor era su vileza, se entregó á los más grandes desórdenes, á los más escandalosos atro-

(1) Esclavos que habian obtenido la libertad y el *sui jure*.—(N. del T.)

pellos y á las más tremendas y sangrientas represalias. Ni los tiempos ni la extincion de las razas han podido borrar la tradicion del carácter de aquel pueblo, y Nimes todavía es lo que hace muchos siglos era la antigua Nemausus.

Aunque Fausto escuchó la observacion de Cneyo, no se fijó más que en una sola cosa y preguntóle:

— ¿Por lo visto, vienes de Roma con tu hermana?

Cneyo, que no queria ser reconocido, y que ademas estaba alarmado por haberle oido decir á Fausto el parecido que existia en las facciones de los dos hermanos con las de una noble dama de la ciudad, se apresuró á contestar que no habia estado nunca en Roma y que venía de Marsella; pero su turbacion y su embarazo dejaron adivinar bien claramente á Fausto que Cneyo no habia dicho la verdad y que deseaba ocultarla. Esta sospecha quedó muy pronto convertida en evidencia, porque una nueva pregunta de Chrysis confirmó á Fausto en sus pensamientos:

— ¿Podrémos ver á Silia en el sitio donde vas á colocarnos? — preguntó la jóven.

— Perfectamente, — contestó Fausto — porque no estaréis separados de ella más que por una de las escaleras que conducen á la grada.

— ¿Quieres decirnos cómo podríamos reconocerla? — añadió la jóven.

— Probablemente — dijo Fausto — yo me colocaré á su lado ó detras de su asiento y bien podréis reconocerla por su incomparable belleza; es decir, incomparable hasta hoy, puesto que la tuya iguala ciertamente á la suya.

— ¡Oh! bien sé yo que no soy tan bella como Silia; mi padre me lo ha dicho muchas veces.

— ¿Tu padre conoce á Silia?

— Señor; — se apresuró á decir Cneyo, — bien has podido observar que aunque nosotros hayamos aceptado tus atenciones, no hemos intentado averiguar quien eres ni hemos procurado saber nada de lo que te sea respectivo; sin embargo de que tenemos un incuestionable derecho, porque en estos casos el que recibe debe ser más susceptible y prudente que el que da, toda vez que el obsequio no puede jamas rebajar al que lo dispensa, pero sí al que lo acepta. Te ruego, pues, que no insistas en tus indagaciones, ó de lo contrario permítenos que nos separemos de tí y que busquemos un huésped ménos atento quizás, pero tambien ménos curioso.

— Tienes razon, jóven distinguido — exclamó Fausto sin tomar á ofensa la obser-

vacion de Cneyo,—y si áun no teneis asilo en la ciudad, presentaos esta tarde en la casa de Fausto y reclamad en ella hospitalidad.

—Yo la acepto para mí y para mis pupilos—se apresuró á decir Eumolpe, que habia tenido muy poderosas razones para no querer ofrecer su morada á los dos jóvenes romanos. El rubor asomó á las mejillas de la jóven, y Cneyo nada respondió.

En aquel momento llegaban á la vista del Circo. Las inmediaciones y alrededores de aquel vasto edificio estaban inundados de vendedores de frutas y golosinas de todas especies: los unos convidaban con hojaldres hechos con harina y miel, otros interceptaban el paso con sus caballerías cargadas de naranjas y limones, y por doquiera se veian despachos ambulantes de toda clase de bebidas y refrescos, excepto el vino, cuya venta en aquel sitio estaba prohibida por mandato del Edil. Este magistrado estaba sentado en una especie de tribunal, cuya plataforma se levantaba frente á la puerta principal del Circo, y allí recibia y resolvia las reclamaciones que se le presentaban sobre la distribucion de las entradas y localidades. Fausto le llamó desde léjos la atencion para dirigirle algunas palabras; pero Marcio no aguardó si-

quiera á escucharlas, y dirigiéndose á uno de sus oficiales ó ayudantes que se hallaba situado á su espalda, le dijo :

—Id y obedeced lo que ordene Fausto.

Aquel subalterno, despues de recibir las instrucciones de Fausto, franqueó á éste la entrada con los que le acompañaban, por una puerta lateral; guiándolos y acomodándolos en un sitio preferente del anfiteatro, que estaba separado del que ocupaba el populacho y próximo á las localidades reservadas para los magistrados, para los nobles patricios y para los caballeros.

En aquella época la entrada en cualquier espectáculo público de una persona de elevada posicion era siempre seguida de un gran movimiento entre los espectadores. Generalmente la curiosidad de éstos se limitaba á fijar las miradas en el personaje recién llegado: algunas veces le concedian más favorable acogida prorumpiendo en aclamaciones ó promoviendo una gritería desaforada y soez, como manifestacion de impopularidad: los aplausos y las demostraciones de júbilo y simpatía sólo se tributaban al mérito superior, al valor acreditado y á la elegancia ó á la belleza extraordinarias. Augusto, el emperador romano más adulado y más lisonjeado por todas las clases y aún por los ciudadanos más honorables que la república

legó al imperio, aparecía muy rara vez en público sin que fuera acogido con equívocos punzantes, y muchas veces lo fué con terribles injurias, debido únicamente á la costumbre que tenía de entregarse á la lectura mientras que se celebraban los juegos del Circo, lo cual disgustaba soberanamente al pueblo; mientras que Tiberio, no obstante el ódio que inspiraba, obtuvo siempre más favorable recibimiento, porque dedicaba una atención constante á los incidentes del espectáculo, manifestando con estudiada maña una fingida afición por todo aquello que agradaba al populacho.

¡Tan fútiles son algunas veces los medios de conquistar el apoyo de las muchedumbres!

La entrada y la presencia de Fausto atrajo todas las miradas y fué señalada con ruidosos aplausos que se redoblaron y prolongaron cuando la multitud se fijó en la bella jóven á quien acompañaba.

La hermosura y la belleza eran entonces, más que hoy, un título á la consideración y al respeto público; y los homenajes que se les tributaban no podían ofender al pudor, sino á la modestia. En nuestros días una mujer cuya entrada en un espectáculo público fuera saludada con aplausos porque fuese personalmente hermosa, po-

dria quizás halagarla interiormente, pero es seguro que ella se creeria obligada á calificar de impertinentes á los autores de esos aplausos.

Chrysis tomó asiento entre su hermano y Eumolpe, y Fausto se despidió de ellos y salió.

El jóven tribuno estaba orgulloso de la acogida que habia obtenido, y lo único que le apenaba era que Silia no hubiese sido testigo de aquella ovacion. Fausto esperaba aquel éxito y habia procurado retardar su entrada para llegar despues de la esposa de Silano; pero á pesar de sus cálculos, aquélla no habia llegado aún. En vista de esto, se decidió á tomar asiento desde luégo en la localidad que debia ocupar.

Por otra parte, la entrada de Fausto acompañando á una jóven tan bella como Chrysis habia dado lugar á grandes comentarios, principalmente entre los espectadores de las gradas inferiores, que estaban ocupadas por un número considerable de jóvenes que hablaban en voz alta gesticulando y procurando de mil modos llamar la atencion y hacerse visibles. Todos ellos llevaban la toga pretexta, lo cual demostraba que pertenecian á las familias del patriciado, y algunos vestian la *trábea* (1),

(1) Traje talar.

que era el distintivo de haber ejercido algun cargo público.

— Es prodigioso — decia uno de ellos — cómo y dónde descubre Fausto las mujeres con quienes se le encuentra siempre; pero es lo cierto que él adquiere la amistad de las mujeres más bellas, ántes que nadie las conozca y ántes que nadie sepa siquiera cómo se llaman.

— Fausto no tiene que tomarse el trabajo de buscarlas — añadió otro — porque ellas todas vienen presurosas á su encuentro á fin de hacerle más fáciles sus triunfos.

— Eso que tú dices — replicó un tercero — no es siempre así, y sólo puede afirmarse con respecto á Fortunata, la esposa del Duunviro, á que su marido ha hecho pasar, merced á un falso juramento, por una mujer de noble cuna, por más que no sea otra cosa sino la hija del tahonero á quien yo compraba los panes de centeno en Marsella cuando estaba en la escuela del famoso retórico Stacio Ursulo (1). Y tambien quizás pueda decirse de Silia, cuya severa arrogancia apénas basta á encubrir su pasion, puesto que, no obstante sus treinta y seis años, se ruboriza ó se turba siempre que Fausto se le acerca: ésa sí

(1) Nada se sabe de este célebre retórico más que su nombre y la tradicion de su fama.

que está locamente enamorada del tribuno.

— Ama á Fausto como á todos aquellos á quienes ella ha amado: como reclamamos. Fausto es en estos momentos el dardo que ella arroja al corazon de ese buey llamado Bíbulo: ni más ni ménos. Pero tú tienes razon al decir que no siempre alcanza Fausto semejantes victorias sino de mujeres como Silia y Fortunata; porque la jóven doncella con quien ha entrado no demuestra....

— Mira, mira — interrumpió otro de los interlocutores — observa las miradas que la cortesana Panichys dirige á la jóven. Ya la habian puesto furiosa las atenciones que Fausto tributa á Silia y ahora la presencia de esta nueva rival le va á producir convulsiones.

— ¡Estás seguro que Panichys ama todavía á Fausto?

— Puedo afirmarlo. Yo he pasado esta última noche en su casa en una francache-la deliciosa, y aunque es cierto que ella no ha negado sus favores á ninguno de los cuatro convidados de la cena, ninguno de nosotros hemos podido consolarla: Panichys se prestaba á todos nuestros antojos, pero no participaba de nuestros goces.

— ¡Por vida de Baco! Panichys es una mujer de singulares complacencias — exclamó uno de los interlocutores.

— Sus complacencias serian bien escasas para contigo — replicó el que ántes habia hablado — porque es dudoso que tu bolsa pueda pagar el más insignificante de sus favores. ¿Sabes que la fiesta de anoche nos ha costado mil sextercios?

— Me parece una cantidad exorbitante empleada en la adquisicion de un cuerpo de mármol. En sus mejores tiempos, cuando Panichys era jóven y se entregaba á sus amigos, tan sólo por el placer de otorgar sus favores, entónces sí que era una mujer bella, sentimental, festiva y siempre agradable: yo la he visto ébria durante tres dias, sin procurarse un momento de reposo, dejando solamente la mesa y el festin para arrojarse al baño, y salir del baño para echarse en nuestros brazos.

La mujer que era objeto de estos comentarios observaba, en efecto, atentamente á Chrysis con insolentes miradas, y se inclinaba muy á menudo para decir algo al oido de un hombre tan miserable como ella, no sólo por la audacia de presentarse al público en compañía de una cortesana, sino por el impúdico y afeminado esmero de su porte. Iba con el pelo rizado y empolvado, llevaba las manos cargadas de sortijas de tal modo que apenas podia mover las falanges de los dedos y tenía pintadas las mejillas de carmin y las cejas de negro.

— Gnaton — le decia Panichys—¿sabrás tú averiguar quién sea esa jóven y el mancebo que la acompaña?

—¿Y cómo quieres tú que yo pueda averiguarlo?

—¿No has reparado que vienen acompañados del poeta Eumolpe? ¿Tú no habrás olvidado á Eumolpe el que en Crotona (1) se hizo pasar por un opulento viajero navegante de la Libia, cuyo bajel habia perdido en un triste naufragio, y que en fuerza de hablar constantemente de las inmensas propiedades que poseia en su país, de sus numerosos esclavos y de los tesoros que guardaba en sus graneros y en sus arcas, supo vivir en la abundancia y en el lujo durante más de un año, merced á las dádivas y anticipos que muchos se apresuraban á ofrecerle con la esperanza de figurar como herederos en el testamento de un propietario tan acaudalado?

—Efectivamente, aquél es Eumolpe — dijo Gnaton. — No le hubiera reconocido por la alteracion de su fisonomía; pero no puede dejar de adivinársele por su porte y por su enfática charla que atrae y llama la

(1) Ciudad de la antigua Grecia, célebre por los vicios y la molicie de sus habitantes, cuyas costumbres tuvo Pitágoras la gloria de reformar. Hoy es Cortona.

(N. del T.)

atencion de cuantos le rodean. Yo descubriré su guarida, y de grado ó por fuerza le obligaré á declarar.

En efecto, la parte del anfiteatro reservada por el Edil para los plebeyos ricos se habia ido llenando poco á poco y Eumolpe se habia constituido el centro de un grupo que escuchaba sus eruditas peroratas con esa atencion y buena fe que ha sido siempre patrimonio de la clase media. El poeta habia empezado sus discursos criticando sobre la construccion del Circo, que á lo sumo le parecia adecuado á la importancia de una pequeña ciudad de provincia como Nemausus: y con este motivo tomó vuelo para engolfarse en ponderaciones de las maravillas que habia tenido ocasion de ver en sus viajes.

Entre la relacion de esos portentos, lo que más habia excitado la admiracion de todos habia sido la descripcion de los teatros móviles, construidos en Roma por el cónsul Marco Publio, y que, segun explicaba Eumolpe, consistian en dos semicírculos giratorios sobre los cuales estaban construidas las gradas en que se colocaba el pueblo, teniendo al frente cada uno un escenario ó foro particular, de manera que los espectadores del uno estaban de espaldas á los espectadores del otro, y como entre ambos existia un espacio igual á la

extension de sus respectivos diámetros, cuando terminaban las funciones ó representaciones teatrales, aquellos dos hemicírculos, cargados del público, giraban sobre unos ejes gruesísimos y de gran potencia que los sostenian, viniendo á unirse y á formar un circo donde se celebraba un nuevo espectáculo de diverso género, al cual asistia el mismo público sin haber tenido que moverse.

Al citar aquella maravillosa y atrevida construccion, ciertamente que no mentia el poeta, porque en realidad habia existido y funcionado; pero Eumolpe exageraba, no obstante, sus dimensiones llevándolas á la medida de lo imposible, y ademas se jactaba de haberlo visto, cuando no hacía más sino referir lo que sabía de oidas.

Por lo demas, á Eumolpe se le ocurría á cada instante un nuevo cuento, crítica ó anécdota adecuada á los motivos de lo que hablaba cualquiera de los circunstantes, y habiendo dicho uno de éstos que en aquel dia se habia de celebrar el combate de varios osos contra un leon, aprovechó la oportunidad de referir el lance ocurrido á Demafares, que quiso celebrar una lucha de hombres contra osos, y al efecto compró á la ciudad los criminales que estaban juzgados y sentenciados á muerte para constituirlos en combatientes; pero habien-

do fallecido todos los osos pocos dias ántes del espectáculo, por maquinaciones de otros criminales amigos y compañeros de los reos, se procuraron éstos dos pieles de aquellas fieras, con las cuales se vistieron los dos más intrépidos, y los otros fueron á proponer la venta de tales osos á Demafares con la expresa recomendacion de no separarlos de la jaula donde juntos se encerraban. Demafares accedió á ello, y despues de pagar una crecida suma por las bestias, guardólas en una de las cuadras de su palacio; pero tan pronto como llegó la media noche, las dos fingidas fieras se salieron de su jaula, asesinaron á sus guardianes, dándoles de puñaladas, despues hicieron otro tanto con el portero de la casa, franqueando la entrada á los bandidos que esperaban por la parte exterior, y se entregaron todos al pillaje, apoderándose con esta estratagema de los inmensos tesoros que allí guardaba el propietario.

Una vez en el uso de la palabra, ya no era fácil que se agotase el ingenio ni la inventiva de Eumolpe para referir historias terribles de ladrones ó anécdotas de otros géneros, y una de las que más vivamente llegó á interesar al auditorio fué la de un tal llamado Timoleon, célebre ratero que, habiendo introducido el brazo por un taldro que habia practicado en la puerta de

un viejo avaro, sintió de repente que éste le clavó fuertemente la mano por la parte interior, y así aprisionado hubiera sido arrestado muy luégo por los subalternos de la justicia, que ya acudian á los desaforados gritos del avaro, si el mismo Timoleon no hubiera ordenado á sus compañeros que le amputasen inmediatamente el brazo, lo cual ejecutaron sin vacilar huyendo todos y dejando el jefe de la partida aquel testimonio sangriento de su culpable tentativa y de su animosa resolución (1).

Entre tanto habíanse ido ocupando todas las gradas y localidades del Circo, que ya se encontraba completamente lleno, y el pueblo comenzaba á dar testimonio ruidoso de su impaciencia, con atronadora y tumultuosa gritería. En aquel momento llegaron los magistrados, tomando asiento en el sitio reservado para ellos, que era frente á la puerta de las jaulas donde estaban en-

(1) Si hemos consignado algunos de esos relatos, ha sido con el objeto de probar la semejanza que existe entre las anécdotas de la antigüedad y los cuentos de nuestros días. El *Oso y el Pachá* está tomado de una historieta antiquísima, y no es una sola ciudad de Francia la que se apropia el suceso del ladrón que se hizo cortar el brazo para escapar de la justicia. Hemos querido también que esta nota sirviese de comentario á los detalles de este espectáculo en que, cuando ménos, han de verse reproducidos, ya que no los mismos juegos, las costumbres más usuales y corrientes de la vida y de la sociedad contemporánea.

chiqueradas las fieras que habian de luchar. El departamento de las jaulas consistia en una larga y extensa bóveda, con un número considerable de portalones ó puertas corredizas de hierro, que correspondian á cada una de las celdas ó chiqueiros. En aquella bóveda era donde se hacía pasar á las bestias, por via de preparacion, momentos ántes de sus salidas al Circo; y cuando ya se habian desentumecido y cobrado vigor y movimiento en aquel lugar más extenso que el de las jaulas, se les abria la puerta de la arena. Á pesar de los medios empleados para excitar la ferocidad de los animales por los mismos asistentes encargados de facilitarlos, sucedia casi siempre que en el momento de salir al Circo parecieran como espantados y aturdidos; el resplandor de la luz del sol, de lo cual habian estado privados algun tiempo, los deslumbraba; y la presencia de tantos espectadores y el ruido de tan tremendo vocerío los aturdia y asombraba. Sólo despues de irse acostumbando era cuando desplegaban su ferocidad y todas sus facultades, enfurecidos tambien por las heridas que recibian.

Pero no anticipemos la relacion de los sucesos.

Habiendo tomado asiento los magistrados, segun queda dicho, frente á la puerta

de las jaulas y cerca de la columna, á la cual habian de llegar tres veces los carros que se presentasen á disputar el premio de las carreras, fueron entrando y colocándose sucesivamente las más distinguidas y notables damas de la ciudad. Casi todas fueron saludadas al presentarse con rumores de adulacion y muestras inequívocas de agrado y simpatía; pero Silia fué la única á quien se tributó el especial homenaje del aplauso.

La noble dama se dirigió á su asiento sostenida por una barrera de manos que á su paso se le presentaban y ofrecian para servirle de apoyo, y fué á colocarse delante del sitio que ocupaba Fausto, mientras que uno de sus vecinos sostenia su quitasol encima de su cabeza y otro de ellos deslizaba un cojin de seda bajo sus piés. Fausto, no tan atento, se arreglaba los pliegues de su palio; pero tambien ménos atrevido que sus jóvenes rivales, porque era más amante, dejaba pasar el torrente de adulaciones de que Silia era objeto, sin añadir á ellas ni una sola frase. Fausto estaba realmente confuso y turbado; pero esa modestia que la mujer traduce como falta de gentileza en el hombre á quien no ama, es un homenaje inapreciable de emociones que le tributa aquel á quien ella ama, tanto más si ese hombre tiene acre-

ditado su valor, sus finos modales, su elegancia, su elocuente palabra y el chiste de sus oportunidades. Por otra parte, Silia aparentaba no haber reparado en la presencia de Fausto y confiaba y repartía entre sus adoradores los mil objetos que llevaban las damas romanas, entregando al uno su abanico, al otro su bote de esencias, á éste las pastillas refrescantes, á aquel el ramito de flores, y así á todos los demas. Parecia que nada tenía para Fausto, pero para él eran sus pensamientos; y mientras aquella turba de aduladores sólo prestaba atención á lo que imaginaba y traducía como exterioridades y preferencias, sin fijar la vista más que en las manos, en los ojos y en el bello rostro de Silia, no pudieron notar ni apereibirse de uno de sus movimientos, con el cual, inclinándose ligeramente hácia atrás, habian oprimido sus blancas espaldas las rodillas de Fausto, confirmando así á éste su enigmática declaración de aquella mañana. Así es que el jóven tribuno parecia no prestar atención ni que le afectaban en nada ninguna de las galanterías de que Silia era objeto. No sucedia lo mismo á Bibulo el duumviro, que acababa de llegar, y que, colocado con su esposa, sus hijos y unos cuantos favoritos en una especie de tribuna alfombrada de tapices y resguarda-

da de los rayos del sol por un pabellon formado con telas de seda, observaba el triunfo de Silia con visibles demostraciones de mal humor, moviéndose inquietamente en su asiento, gesticulando y llevando por último el extravío de sus necios celos hasta el punto de decir á su esposa :

— Repara en ese estúpido Fausto: ama á Silia y tolera y sufre que la adoren y galanteen de ese modo ante sus narices, sin atreverse á protestar con una sola palabra.

— Si tú estuvieras en su lugar no lo permitirias ¿no es cierto? — le contestó Fortunata con tono áspero y desagradable.

El Duumviro dirigió á su esposa una colérica mirada y respondióle :

— Fortunata, yo no te exijo cuentas de adónde pasas las horas de la mañana cuando dices que vas á los baños públicos, no obstante que los de mi palacio son más suntuosos, más cómodos y más decentes : tampoco he querido informarme ni averiguar quién fuese la persona que ocupaba el lecho de tu íntima amiga Marcia , la madre del libertino Metello , á la cual fuiste á visitar bajo pretexto de que se encontraba gravemente enferma , cuando precisamente á los pocos momentos tuve ocasion de saludarla, que regresaba de su quinta de recreo. No vigiles , pues , mis actos más de lo que yo vigilo los tuyos, y no vayamos

á comenzar una querella, que podria ser interminable si yo quisiera exponer todos mis agravios, y que estoy resuelto á terminar de un modo serio y violento si añades uno más á los que me has inferido.

Fortunata guardó silencio aparentando prudencia, y volviendo la cabeza á un lado y á otro empezó á saludar á las várias personas que buscaban su mirada, porque aunque eran públicas las desavenencias que existian en aquel matrimonio, se sabía ambien que ella ejercia una gran influencia sobre su marido por el buen manejo y ordenada administracion que habia establecido en su inmensa fortuna, lo cual la constituia en el mejor intendente que Bibulo podia apetecer.

Despues de esto entraron los sacerdotes de los diversos templos que habia en Nemausus, y detras de todos los sacerdotes se presentaron las vestales (1), á quienes es-

(1) Sacerdotisas encargadas de mantener el fuego sagrado en los templos de Vesta. Eran elegidas por sorteo, una entre veinte que proponia el sacerdocio. En el momento de su admision no podian contar más de diez años de edad ni ménos de seis, no tener defectos corporales y ser de buen nacimiento. Los padres no podian negarse á entregarlas, excepto en los casos de ser hijas únicas ó tener una hermana vestal. Cuando quebrantaban su castidad ó dejaban apagar el fuego sagrado, eran enterradas vivas ó azotadas. Sus seductores eran azotados hasta que morian. Habitaban en el templo, y sus funciones duraban treinta años, pudiendo despues de ese término abandonar

taba reservado el lugar de más preferencia y de más honor.

En seguida se abrieron las grandes puertas del Circo y comenzó al rededor de él la procesion de los dioses, cuyas imágenes eran conducidas sobre las espaldas de los sacerdotes encargados de sus respectivo culto y custodia.

Cada divinidad era acogida, lo mismo que las personas, segun los diversos sentimientos que inspiraba á los espectadores.

Cuando la estatua de Vénus pasó por delante de la parte del anfiteatro donde estaban las mujeres más renombradas por su belleza y elegancia, toda la juventud más distinguida se levantó como gigantesca ola de embravecida mar atronando el espacio con sus aplausos á la diosa. Los unos arrojaban flores al Circo, los otros sus sortijas y sus joyas de más precio, y todos hacian demostraciones del más frenético entusiasmo. Pero cuando estalló con más delirio aquella manifestacion fué cuando la diosa pasó frente al sitio de Sília, recibiendo materialmente una lluvia de

el sacerdocio y casarse. Su testimonio hacía fe en juicio: cuando se presentaban en público las precedía un lictor y tenían el privilegio de salvar al criminal que encontrasen caminando al suplicio. Fueron instituidas por Numa.

(N. del T.)

ofrendas, porque así era como los jóvenes daban pruebas de sus simpatías y de su amor. Fausto fué el único que ni aplaudió ni arrojó ningun objeto, lo cual no pudo ménos de causar extrañeza á Silia.

—¿No rindes tributo á la diosa?—le dijo.

—No—respondió Fausto—ya Vénus no reside en los cielos, y yo reservo mis votos y mis homenajes para la diosa que la ha eclipsado en la tierra.

Silia dirigió una dulce mirada de gratitud á Fausto, dibujándose en su rostro una sonrisa de satisfaccion, y extendió su torneado brazo para señalar al jóven tribuno una enorme corona que en aquel momento arrojaba Panichys á la diosa. Esto dió lugar á que el populacho prorumpiera en chíflidos y atronadora gritería, prolongándose aquella ruidosa manifestacion de desagrado hasta que apareció la estatua de Diana, la diosa de la castidad. Entónces la plebe comenzó á aplaudir frenéticamente, no porque fuera más aficionada que la nobleza al cumplimiento de los preceptos de la diosa, sino por espíritu de oposicion y contraste á los aplausos y homenajes que los jóvenes patricios habian tributado á Vénus; y así como á esta diosa le habian sido arrojadas muchas ofrendas al pasar por delante de Silia, así tambien

cayeron á los piés de la estatua de Diana lluvias de cintas y de mantos cuando esta otra divinidad pasó frente á la grada que ocupaba Chrysis.

—¡Ah!—gritó uno de los que estaban más próximos á Silia. Mira, Fausto: tu bella protegida ha arrojado la cinta de sus cabellos á la triple deidad. Esto no puede ser motivo de un buen pronóstico para tus planes ó esperanzas.

—¿Quién es aquella jóven?—preguntó Silia visiblemente conmovida.

—Una castísima doncella—respondió Fausto—á quien he encontrado con su hermano á la puerta de vuestro palacio en compañía de un poeta llamado Eumolpe.

Silia palidecía por grados y exclamó con alterada voz:

—¿Los conocéis?

—No—dijo Fausto—pero me interesé desde el primer momento en favor de ambos por la singular semejanza que existe entre sus fisonomías y la vuestra. El hermano tiene el aspecto y la gentileza de un noble jóven, y la hermana lleva retratada en el rostro la virginidad de su pureza. No he querido que esos á quienes la casualidad ha concedido el dón de parecerse tanto á Silia, estuviesen confundidos con el vil populacho, y les he procurado localidad más conveniente.

La agitacion de Silia era visible: de buena gana hubiera estrechado fuertemente la mano de Fausto entre las suyas, y á sus ojos vióse asomar una lágrima furtiva, diciendo con voz comprimida por la emocion maternal:

—Aceptad la expresion de mi gratitud en nombre de esos jóvenes.

El que habia denunciado á Fausto como galanteador de otra mujer delante de la que aquel amaba, con la dañada intencion de causarle un pesar, quedó sorprendido al observar la gratitud de Silia, y añadió:

—Efectivamente, Fausto tiene razon: jamas ha podido verse una semejanza más extraordinaria. Mirad, Silia, y juzgad por vos misma, puesto que la jóven dirige atentamente hácia acá sus miradas.

—Es inútil—dijo con viveza la noble patricia.

Fausto, que habia notado la turbacion de Silia y que no queria que fuese sorprendida por los demas, procuró variar el interes del momento gritando con oportunidad:

—¡Ah! ¡Mirad! Ya Bíbulo hace la señal con la punta de su manto: los juegos van á empezar.

En efecto: á los pocos momentos se presentaron los carros con sus tiros de caballos para disputar los premios de la carrera.

Las grandes facciones ó partidos de azules y verdes, de amarillos y encarnados en que se dividian los aficionados de Roma, y que en Constantinopla hicieron vacilar el imperio por los tumultos que exitaban, tenían igualmente sus afiliados en las colonias y en las provincias. Pero en Nemausus, así como en Roma, eran los azules y verdes los que más habian conquistado el favor y las simpatías del público; de modo que al dar los carros la vuelta por el Circo fueron respectivamente aplaudidos por cada uno de los bandos, segun los colores que ostentaban. La mayor parte de estos trenes al pasar por donde estaba Silia se detenian, porque casi todos pertenecian á los jóvenes patricios que rodeaban á la noble romana, y éstos, con el pretexto de dar algunos consejos ó algunas órdenes á los mayores, hacian admirar con detenimiento la hermosura de sus caballos y la riqueza de sus carros y de sus arreos. Algunos de aquellos jóvenes, afectando una desconfianza y un desagrado que ellos mismos habian preparado de antemano, saltaron al Circo y tomaron en sus propias manos las riendas de sus caballos, despidiendo á sus cocheros con fingido disgusto. Despues, dirigiéndose á Silia al compas de las cabriolas de los corceles, gritaban á la noble dama:

—Haz votos por mi triunfo y estaré seguro de la victoria.

—Bien sabes que pertenezco al bando de los azules—decía Silia—y en tal concepto, apuesto una copa de bronce de Corinto por aquel carro de hermosos caballos blancos oriundos de España.

—Yo apuesto en contra—exclamó prontamente Fausto. Y despues alzando la voz gritó al cochero:

—Milon, es preciso que seas el vencedor: he apostado contra tí.

—¿Es ese vuestro carro?—preguntó Silia.

—Sí—respondió Fausto—y yo apuesto contra vuestra copa de bronce de Corinto un baño de mármol blanco.

—¿Y deseais perder?

—Por el contrario: es que deseo que ganeis para ofreceros un obsequio que sin eso Silia no hubiera querido aceptar.

—¿Pero entónces yo no podré daros nada?—exclamó la bella romana.

—¡Oh! Si vuestros labios hubiesen tocado los bordes de la copa que habeis apostado, mi carro sería vencedor, aunque tuviera que ir yo mismo á conducirlo y á hacerme señalar con el dedo como esos jóvenes aturdidos.

—Pues bien—dijo Silia—enviadme el baño y yo os enviaré la copa: así habre-

mos ganado los dos. Ved ahí el resultado que yo deseo en nuestra apuesta. Despues, que suceda lo que fuere del agrado de los dioses.

Entre tanto, por todas partes se concertaban innumerables apuestas. Los más incautos y los ménos experimentados, que juzgaban del vigor y de las cualidades de los caballos por el lujo y esplendidez de sus arreos, apostaron en favor de los trenes más ricamente ataviados; pero los verdaderos inteligentes no eran tan ilusos, y la misma Silia, que ya contaba con alguna experiencia, comprometió sumas de mucha importancia apostando por los caballos de Fausto.

Siendo 16 el número de los carros que se disputaban el triunfo, se dividieron en cuatro secciones ó tandas de cuatro carros, estando representados los cuatro colores en cada una de ellas.

Debían correr separadamente cada una de las cuatro tandas, y los que resultasen vencedores en la suya respectiva, formarían la quinta seccion ó tanda para disputarse definitivamente el triunfo.

Dada la señal comenzaron las carreras, habiendo correspondido al carro de Fausto, que era de los azules, formar en la cuarta seccion. En las tres primeras pruebas ganaron los verdes, y en la cuarta al-

canzó la victoria el carro de Fausto, quedando por consiguiente él sólo encargado de defender la reputacion y el crédito de los azules. Su desventaja era conocida, pues no sólo tenía que luchar con caballos de gran vigor y de una fama extraordinaria, sino que habiendo tenido éstos tiempo suficiente de reparar sus fuerzas con el descanso, mientras se verificaba la cuarta prueba, volvian á correr los caballos de Fausto en la quinta sin disfrutar de ese reposo, lo cual acrecentaba las dificultades de la empresa.

Las condiciones y circunstancias con que se concertaban las apuestas merece la pena de que se apunten. En las primeras pruebas se apostaba por el color, y si concluidas las cuatro pruebas cada color tenía iguales ventajas, podia deshacerse la apuesta ó aumentarla á voluntad de los interesados. Si en aquella ocasion hubieran ganado las pruebas dos azules y dos verdes, Silia hubiera podido retirar su compromiso, pero no habiendo triunfado en las primeras pruebas más que un azul contra tres verdes, estaba obligada á sostener todo el importe de sus apuestas, ó de lo contrario, dar por perdida la mitad de las cantidades apostadas.

No obstante la serenidad y confianza que Silia se esforzaba en aparentar, Faus-

to pudo comprender que era presa de la mayor intranquilidad, por las preguntas que la dirigia respecto á la destreza de su cochero, á la cualidad de sus caballos y á las condiciones de su carro.

—Silia—le dijo el tribuno—¿no tienes fe y confianza en mi fortuna?

—La tendria mucho más en tí mismo—respondió Silia.

—¿Quieres verme descender al Circo?

—Otros más nobles que tú lo han hecho—replicó Silia.

—Tambien ha habido otros ménos nobles que yo, que han preferido morir ántes que consentir en tal degradacion—contestóle amargamente Fausto.

Aquella respuesta de Fausto se hallaba plenamente justificada con mil ejemplares de ciudadanos de todas clases que habian preferido la muerte á la infamia de mezclarse en los juegos ó luchas del Circo. Silano no era ciertamente el único que habia tenido el valor y la abnegacion de sacrificarse por su honra; pero el recuerdo de su esposo fué el ejemplo que acudió á la memoria de Silia, bajando humildemente la vista abochornada y confusa. Fausto creyó que la turbacion de Silia era solamente por efecto de la dureza de sus palabras, y se apresuró á decirle con el tono de la más dulce ternura:

—Sin embargo, creo que hay un medio de presentar honroso á los ojos del público el deshonor de descender al Circo. Ese medio es el de intentar y disputar la victoria, no por el interes miserable de una sórdida ganancia, sino por el de complacer á una dama que exige esta prueba de amor: ordéneme que conduzca mis caballos y bajaré al Circo.

Temerosa Silia de perder las crecidas cantidades de dinero que por vanidad habia comprometido en aquellas apuestas, ó impulsada, quizás tambien, por ese instintivo é irresistible sentimiento de tiranía amorosa de las mujeres, que se complacen exigiendo algunas veces actos de valor á hombres faltos de ánimo, debilidades á los más fuertes, é indignas complacencias á los nobles de corazon, el caso es que Silia dijo á Fausto que ella deseaba que fuera él mismo quien condujese sus caballos; y para que nadie pudiera dudar que sólo por ella era por lo que accedia á tal pretension, despojóse del rico palio que cubria sus espaldas, y desgarrándolo con sus propias manos, entregó un largo jiron á Fausto y el jóven tribuno saltó inmediatamente al Circo y corrió á montar sobre su carro, llevando en la mano y desplegando al viento aquel emblema como escudo de su accion y como símbolo de su empeño.

Fausto gozaba de grandes simpatías con el pueblo, y éste aplaudió en él con entusiasmo lo que poco ántes había chiflado y escarnecido á otros jóvenes patricios.

El Duunviro, que habia estado observando atentamente cuanto habia pasado entre Silia y Fausto, palideció de furor y excitó con punzantes alusiones y equívocos chistes á los contendientes del tribuno, que todos eran jóvenes de la nobleza, dueños de los trenes que habian obtenido el triunfo en las carreras de prueba, lo cual hacía que la victoria en la decisiva fuese disputada por hombres de igual nacimiento, aunque de condicion y rango distinto.

La gentileza y donaire que imprimia Fausto á todas sus acciones le daban cierto aspecto de superioridad, infundian una simpática confianza en el éxito de sus empresas, y le hacian aparecer como árbitro de su propia fortuna. Así fué que desde el momento en que se le vió montar sobre su carro y empuñar las riendas de sus caballos, parecia como que llevaba en sí la seguridad de la victoria, y hasta los mismos corceles parecian reconocerle, sin que él los hubiera excitado; porque al punto empezaron á encabritarse orgullosamente, piafando con demostraciones de fogosa impaciencia.

Bien pronto los clarines dieron con sus

ecos la señal de la partida, y los cuatro carros se lanzaron á la vez á la lucha con una rapidez tan igual y tan unidos, que no parecia sino que formaban un solo tren y un solo tiro envuelto en una inmensa nube de polvo; pero el ojo experimentado é inteligente podia observar que dos de aquellos conductores impulsaban y acosaban con frenético esfuerzo sus caballos, miéntras que los otros dos contenian los suyos para conservar aquella igualdad, porque, aunque más fuertes hubieran podido desde un principio aventajarles y tomarles la delantera, querian, no obstante, extenuar las fuerzas de los más débiles para ponerlos con mayor seguridad fuera de combate.

Así se sostuvo la carrera en toda la primera vuelta; pero en la segunda se destacó del grupo el único adversario digno de competir con Fausto y los aventajó á todos.

El bando de los verdes empezó á aplaudir con entusiasmo, y la alarma cundió entre los partidarios de los azules. Estos, sin embargo, reflexionaban y se tranquilizaban, juzgando que la pequeña ventaja de adelanto habia sido obtenida por haber excitado prematuramente los caballos; pero los otros respondian que el que habia tomado la delantera se habia asegurado el

medio de poder cortar siempre la carrera y la colada del carro de Fausto.

En efecto, el joven tribuno habia seguido el ejemplo de su rival y le acosaba de cerca; pero su adversario, cuidadosamente atento á cada uno de sus movimientos, le cruzaba sin cesar la pista con una destreza y con una oportunidad que desesperaba y llenaba de angustia á los que habian apostado en favor de Fausto. Estas estratagemas continuaron durante toda la segunda vuelta; pero tan violento y penoso manejo no podia ménos de fatigar extraordinariamente á los caballos del primer carro, porque se les obligaba á cambiar á cada momento de direccion. Fausto lo tenia previsto: aparentando contener sus caballos, cuando su adversario parecia no dejarle espacio entre su carro y el muro del Circo, los excitó hácia el lado opuesto, llegando á colocarlos al lado de su rival, quien aprestándose á cerrarle el paso, se arrojó con su carro por la izquierda con intencion de atropellar y herir los caballos de Fausto; pero ya el tribuno contaba con este movimiento, y deteniendo súbitamente su carro se precipitó en seguida por la derecha con una destreza y una rapidez tan feliz, que cuando su rival pudo darse cuenta de aquella maniobra

para volver sobre su ventaja, ya el tribu no le habia tomado la delantera y bien pronto le dejó bastante léjos para poder considerar como suya la victoria.

Los accidentes de esta lucha habian tenido comprimido el ánimo de Silia y suspenso toda su atencion; pero desde el momento que vió y consideró á Fausto seguro del triunfo, no pudo ménos de dirigir sus miradas á cierto sitio de donde partia el eco de una voz débil, trémula y anhelante que á cada vuelta gritaba :

—¡Animo, Fausto! ¡Valor!

Y Silia pudo ver que quien así demostraba los accesos de su entusiasmo y la sensacion del interes que en su ánimo despertaba el éxito de la carrera, era una jóven que, con el cuerpo inclinado, la mirada fija, y los brazos extendidos, estaba sentada junto al poeta Eumolpe.

Silia entónces reconoció á su hija por la rara belleza que la distinguia.

En cualquiera otra ocasion Silia hubiera experimentado un sentimiento de noble orgullo al contemplar la hermosura de su hija; pero el acento de aquella voz tan apasionada por el triunfo de Fausto hizo engendrar en su corazon el gérmen de una sospecha tan rápidamente arraigada, que cuando Fausto regresó para volverse á co-

locar á su lado , en vez de acogerle con las atenciones de gratitud que merecia su conducta , le respondió :

— Me preguntas, Fausto, si estoy satisfecha, y ciertamente no soy yo la mujer que más puede estarlo en el Circo.

Esa es la manera de ser de todas las mujeres : acusan sólo por la razon de una sospecha, casi lo mismo que por la razon de una justificada falta , y generalmente en esos casos son tanto más crueles y severas cuanto que no pudiendo explicar los fundamentos de sus acusaciones, llegan hasta á indignarse porque se les pidan aclaraciones y pretenden que sin ellas se acepten los errores de sus injusticias.

Si las mujeres celosas quisieran comprender y persuadirse de que por haber sospechado muchas veces sin motivo vienen , por último , á tenerlo para sospechar con razon , porque ellas mismas despiertan la idea de la traicion de que se quejan sin cesar , serian más razonables, más prudentes y más sábias. ¿ Pero dónde ni cuándo ha sido jamas juiciosa la pasion ?

Silia, pues , dispensó á Fausto una acogida tan injusta , despues de lo que aquél acababa de hacer sólo por complacerla , y le volvió la espalda con tan marcado gesto de desagrado , que el mismo Bibulo pudo apercibirse de ello , encontrando ocasion

para regocijarse precisamente por lo que al principio le habia inspirado tanta alarma.

—Ella indignada humilla y abate el orgullo de Fausto — se decia el duunviro.— Ese vanidoso tribuno ha descendido al Circo y no obtendrá otra cosa sino la vergüenza y el deshonor de haberse ofrecido en espectáculo : eso es justo.

Miéntras tanto habian continuado los juegos, y terminadas las carreras de carros tuvieron lugar los combates entre fieras; despues los de estas bestias contra los criminales, y, finalmente, las luchas de los gladiadores. Seguramente no se haria aquí la descripcion de estos espectáculos, tan conocidos y tantas veces magistralmente reseñados en otros autores, si no lo exigiese un importante accidente que interesa muy especialmente á esta narracion ó historia. Entre los gladiadores que debian presentarse aquel dia se distinguia un tal llamado Asclytio, de elevada estatura y de una belleza varonil no ménos reconocida que su fuerza y valor, hasta el punto de parecer más bien un noble guerrero que no un vil gladiador. En las diversas luchas que tuvo necesidad de sostener habia vencido á sus adversarios con tanta facilidad y ventaja que ninguno de ellos habia sido condenado á morir, porque no parecia justo al pueblo imponer

tan enorme suplicio á hombres que demostraban el raro valor de combatir contra aquella extraordinaria superioridad de destreza y de fuerza. Este perpétuo, inevitable y constante triunfo habia llegado á irritar al pueblo contra él, y los gritos y el vocerío de los espectadores reclamaban siempre nuevos adversarios que se presentasen á pelear con Asclytio.

Por último, despues de vencer á cuantos se habian puesto frente á él, se presentó uno cuya estatura y feroz aspecto causaron admiracion y sorpresa al mismo Asclytio, á pesar de toda su bravura. Era el nuevo gladiador un breton en el apogeo de la edad viril, de abultados y nervudos músculos, que infundia pavor con su fisonomía, la cual resultaba horrible á causa de su inculta y espesa barba y de sus largos cabellos rojos. Sus brazos y sus piernas y muslos se veian cubiertos de indelebiles dibujos hechos en la piel con un punzon de acero candente, cuya costumbre fué origen de que los romanos les designasen con el nombre de pictos (1).

(1) En efecto, los romanos llamaban pictos, por la antedicha pictomanía, á un pueblo de la Caledonia que ocupaba la parte septentrional de la isla de Bretaña, cuyos habitantes resistieron á todos los esfuerzos de los romanos, y éstos, para contener las incursiones de aquéllos y de los escotos, levantaron la célebre *Muralla de los Pictos*, que se extendia al traves de toda la isla, desde

El nuevo recién venido derramó por los espectadores de las gradas su fiera y salvaje mirada, fijándola al fin sobre su enemigo con la misma sangrienta avidez que poco ántes habia podido admirarse en el ojo desencajado de un tigre indomable de los bosques del Asia, que en las luchas de aquel dia no habia destrozado ménos de tres hombres.

Asclytio reclamó y obtuvo una nueva espada y otro escudo más ligero y manuable que los que le habian servido hasta aquel momento, cuyo cambio causó la extrañeza de todo el mundo; porque se conceptuaba que las más fuertes armas no lo serian bastante para resistir los choques de aquel nuevo Anteo (1).

Pero Asclytio lo que se proponia era fatigar y extenuar á su robusto y casi obeso adversario con la rapidez y celeridad de sus ataques y de sus retiradas, para lo cual tenia necesidad de no verse á sí mis-

el estrecho de Solway hasta la embocadura del Tyne, y tenia 100 millas de largo, 8 piés de espesor y 12 de altura, conservándose aún algunos restos de ella que pueden contemplarse en el Northumberland y Cumberland.—(N. del T.)

(1) Gigante, hijo de Neptuno y de la Tierra, á quien la mitología dá 64 codos de altura, ó sean 22 varas, y que luchó con Hércules, el cual, viendo que su rival cobraba nuevas fuerzas cada vez que tocaba el suelo, lo levantó en el aire y lo sofocó en sus brazos.—(N. del T.)

mo extenuado y rendido por el peso de sus propias armas.

Ese ardid y esa prevision le sirvieron durante mucho tiempo, y el pueblo, que le veia reír siempre que el breton, creyéndole á su alcance, le asestaba uno de sus terribles tajos, cuya violencia sólo podia comprenderse por el zumbido del acero en el espacio, juzgó la presuntuosa fanfarronería de Asclytio tan insultante y tan insolente que empezó á manifestar sus simpatías y sus votos en favor del breton. Y en efecto, la fortuna de éste no fué sorda al ruego de los espectadores, porque en el momento en que por la vigésima vez Asclytio acababa de burlar el furor de su adversario, despues de haberlo ligeramente herido, resbaló en aquella arena inundada de sangre por su espada durante los anteriores combates, y cayendo de espaldas sintió sobre su pecho la rodilla del breton ántes que éste le diese tiempo para incorporarse.

Mil gargantas, con voces horribles y descompuestas, reclamaron en el acto su muerte, y el breton consultaba con la vista la voluntad del pueblo y la expresion de aquellos millares de brazos y de manos que se agitaban en toda la circunferencia, deseando averiguar si debia ó no herir á su

adversario , cuando un hombre de aspecto digno y respetable que estaba colocado á espaldas de Chrysis , exclamó :

— ¿ No habrá aquí una mujer honrada que quiera interceder en favor de ese valiente soldado ?

Al oír estas palabras Chrysis volvió el rostro para poder observar al que las acababa de proferir , y éste , aprovechando aquella mirada , la dijo :

— Noble hija de Silano , salva la vida de ese hombre.

Impulsada Chrysis por una especie de temor religioso , al oír pronunciar el nombre de su padre , se puso súbitamente de pié , y levantando en alto el dedo pulgar de su mano derecha , indicó así , segun la costumbre , que ella intercedia por la vida de aquel hombre. Su ejemplo , imitado por muchas de las mujeres que la rodeaban , fué ganando voluntades y Asclytio quedó salvado , habiéndose podido observar que al levantarse y dirigir la vista al sitio de donde habia partido la excitacion de aquel anciano extranjero , cambió con éste una mirada de inteligencia.

Este incidente dió ocasion á nuevos chistes y alusiones dirigidas á Fausto , y Metello , aquel jóven patricio que al principio le habia intencional y maliciosamente

felicitado delante de Silia por la belleza de la jóven extranjera á quien parecia proteger , se apresuró á decirle :

— Eres verdaderamente desgraciado en tus rivalidades , Fausto , porque dicen que ese Asclytio te habia precedido en el amor de Pannychis cuando ésta habitaba en Crotona , y ahora debes ya temer que no sea él quien te suceda poseyendo el corazon de tu nueva conquista , puesto que ella , tu jóven protegida , ha sido la que ha reclamado su vida.

La indignacion hizo palidecer el rostro de Silia al escuchar aquella infame suposicion , y aunque durante la conversacion que habia tenido con Fausto habia manifestado á éste que la causa de su disgusto no reconocia más origen sino el interes demostrado por aquella jóven en el éxito de las carreras , exclamó , no obstante , con colérica expresion dirigiéndose á Metello:

— ¿ Cómo puede un hombre de noble corazon albergar en él esos infames sentimientos contra una jóven tan pura como la luz del sol ?

Despues , dirigiéndose á Fausto , continuó :

— ¿ Y cómo puede escuchar tales ultrajes , sin conmoverse , aquel que pretende haber protegido á la mujer que ha sido objeto de ellos ?

Así luchaban en el corazón de Silia los sentimientos de la madre y los de la amante: aquélla defendiendo su honor con nobleza, y ésta temiendo y odiando la belleza de su propia hija.

Fausto, por su parte, estaba tan poseído y subyugado por el amor que profesaba á Silia, que ya en su intencion habia dominado el propósito de no cumplir la promesa de la hospitalidad que habia ántes ofrecido á los dos jóvenes extranjeros, para no dar lugar al progreso de las sospechas de Silia; pero su conciencia le acusaba de una accion tan poco hidalga. Así es que en aquel momento se consideró muy afortunado por presentársele ocasion oportuna de compensarla con otra buena, con la cual tambien dejaba complacida á la misma Silia, y en su consecuencia impuso silencio al imprudente y mordaz bromista con tal autoridad y con tan insinuantes alusiones sobre sus depravadas costumbres, que le llevaban hasta el extremo de calumniar las de los demas, que Metello humillado, bajó la vista ante la mirada arrogante é irritada de Fausto, aunque prometiéndose sordamente vengarse de esta leccion, que al decir de muchos, no era la primera que recibia del joven tribuno.

Entre tanto los juegos de aquel dia tocaban á su término, ó mejor dicho, entónces

era cuando verdaderamente comenzaba el último de los placeres reservado exclusivamente al pueblo. Se había limpiado el terreno del Circo, retirando los despojos de las luchas y de los combates precedentes, y se habían cubierto las manchas de sangre bajo una capa de brillante y finísima arena amarilla, abriéndose después todas las puertas, por las cuales se precipitó la multitud. Cuando el Circo estuvo casi invadido por el más vil populacho, que antes ocupaba las gradas superiores, el Duunviro dió la orden para que por diferentes sitios del anfiteatro fuesen arrojados á la arena una porcion de pedacitos de madera en forma de fichas ó dados que todos se apresuraban y disputaban coger: esto produjo un tumulto espantoso y una confusion de luchas y de combates que sin embargo no tenían nada de peligrosos, porque estaba terminante y severamente prohibido servirse de más esfuerzo que el que pudiera hacerse con los hombros y con las espaldas para defenderse y atacarse unos á otros, y aquél á quien se le hubiera visto poner las manos sobre un ciudadano para detenerle ó rechazarle, hubiera sido inmediatamente arrojado fuera del Circo por los lictores. Los esclavos encargados de la distribucion llevaban dos canastillos diferentes, uno lleno de esas

fichas de madera, y el otro con unas de marfil que distribuian en las localidades de los nobles patricios y ricos plebeyos á fin de que todo el mundo tomase parte en estos juegos ó rifas de suerte y azar.

Muy luégo quedaron distribuidas todas las fichas de madera y todas las tabletillas de marfil, anunciándose que empezaba la adjudicacion de los premios. Un pregonero de la ciudad, á quien su potente voz le habia conquistado el sobrenombre de Stentor (hecho famoso en los cantos de Homero) (1) subió á una especie de tribuna y preguntó á quién correspondia tal ó cual número, sin que se llamase más que á los que habian tocado cualquiera de los premios. Estos fueron para los unos un motivo de felicitacion y alegría, y para muchos otros de burla y áun de tristeza: ora consistian en una medida de trigo, en una yunta de bueyes, en una suerte de tierra; ó bien en un par de vejigas, en un perro muerto y en un grano de arena, todo lo cual producía respectivamente, ó grandes aplausos ó escandalosas carcajadas. A Sicilia tocó en suerte una mesa de bronce de

(1) Stentor ó Estentor, fué uno de los griegos que concurren al sitio de Troya, y tenía una voz tan poderosa, que ahogaba la de cincuenta hombres reunidos. Rival de Mercurio y queriendo sobrepujar la voz atronadora de éste, murió reventado por sus propios esfuerzos. —Estentóreo. — (N. del T.)

Corinto: todo el mundo ponderó y alabó la fortuna que iba siempre acompañándola en todo, y habiendo manifestado uno de los que se encontraban cerca de Eumolpe que en esta ocasion no le parecia tan digna de elogio la buena suerte de Sicilia, se apresuró el poeta á increparle para dar muestra de su erudicion y de sus conocimientos diciéndole:

—¡Ignorante! eso dices porque no sabes que el bronce de Corinto es el más precioso de los metales, que está compuesto de todos y que reúne las condiciones y cualidades de todos. Sólido como el acero, compacto como el oro, suave como el cobre, sonoro como la plata, es susceptible de todas formas, y las conserva durante siglos enteros con la más perfecta pureza, habiéndose debido á la casualidad el prodigio de tan útil y precioso descubrimiento.

Todos los que rodeaban al poeta le rogaron que les explicase cuál habia sido el origen de dicho descubrimiento, y siendo esto muy de su agrado, les dijo que despues de la toma y saqueo de Sagunto por los Cartagineses, Annibal, que era tan ladronazo y bribon como todos los de su casta, habia ordenado que fuesen arrojados á un hornillo todas las estatuas y todos los vasos de oro, de plata y de bronce

que habian sido sustraídos de aquella desventurada ciudad, resultando de esta fusion ó liga aquel inestimable metal que vale más que el más rico de los tres.

Miéntras Eumolpe daba estas explicaciones que, segun su costumbre, salpicaba de comentarios y reflexiones que él llamaba filosóficas, continuó la adjudicacion de los innumerables premios que debian distribuirse. No nos detendremos á detallarlos, pero sí consignaremos que si muchos de ellos eran risibles y burlescos, los habia tambien magníficos y espléndidos, y entre estos últimos podian envidiarse una casa de campo ó quinta de recreo perfectamente amueblada, un bajel apropiado para navegar por el Ródano, y una soberbia estatua de mármol de Páros, estimada como la más bella obra de arte de la coleccion de Bíbulo. Otros premios tenian el mérito de una originalidad singular, como el que correspondió á Cneyo. Habiendo preguntado el pregonero quién tuviera el número mil veinte, Cneyo se encontró favorecido con una invitacion para comer aquella misma tarde á la mesa de Bíbulo, que debia reunir en suntuoso festin á los personajes principales de la ciudad, cuya circunstancia colocaba al jóven romano en presencia de su madre, sin que ésta hubiera podido enterarse de ello por hacer

ya bastante tiempo que habia abandonado el Circo seguida á poco de Fausto.

Todavía gritó la voz del pregonero llamando al tenedor del número mil ciento uno: Eumolpe era el agraciado, y el poeta se levantó con cierto aire de orgullo asomando en los labios una sonrisa que bien claramente demostraba su confianza y seguridad de haber sido favorecido por la fortuna.

—¡Y bien!—le dijo aquel funcionario retardando malignamente sus palabras—preséntate esta tarde en el Palacio de Bíbulo y recibirás..... veinte y cinco latigazos sobre las espaldas.

Una explosion de risas estalló al rededor del poeta, y el pregonero añadió socarronamente:

—Y no te descuides en ser puntual á la cita, ó de lo contrario, en vez de veinte y cinco caricias, el duunviro Bíbulo te regalará ese cuerpo con cincuenta por mano del verdugo.

El encolerizamiento de Eumolpe no consiguió otra cosa sino excitar más y más la mofa y la risa del pueblo, y la distribucion continuó con variados accidentes y resultados diversos, que no son del caso reseñar, hasta que al fin, siendo ya una hora avanzada, terminaron las rifas y con ellas los espectáculos y fiestas de aquel dia, retirándose cada cual á su respectiva morada.

Una turba de cortesanas ó meretrices de la más baja ralea y de la más abyecta desvergüenza pululaba al rededor del Circo, aprovechando el momento de la salida de los espectadores, para atraerlos con provocativas miradas, con actos impúdicos ó con palabras y promesas de goces, pronunciadas al paso en voz baja. Unas ponderaban el esplendor de sus habitaciones, otras celebraban la hermosura de sus cuerpos ofreciendo satisfacer todas las exigencias de los placeres más absurdos, y otras, en fin, incitaban todos los apetitos invitando á banquetes y festines con vinos deliciosos y manjares exquisitos que no podian esperar. Tambien se veian algunas mujeres viejas, maestras de prostitucion y madrinas de vicios, que prometian doncellas sin estrenar, apénas acabadas de salir de la infancia. Los jóvenes calaveras y los viejos libertinos y licenciosos hacian sus arreglos en medio de aquella confusion, y los más recatados, despues de cambiar una mirada de inteligencia con la ramera ó con la zurcidora de voluntades, fingian decir al viento palabras que eran recogidas por quien podia comprenderlas, dirigiéndose luégo por calles solitarias y extraviadas á los garitos que les habian sido indicados.

Cneyo arrastró aceleradamente á su her-

mana léjos de aquellos sitios, evitándole tan hediondo y asqueroso espectáculo. Resuelto á aceptar la hospitalidad con que Fausto le habia brindado, se informó de la calle en que se hallaba situada la morada del tribuno, y acompañado de Eumolpe dieron pronto con ella. No encontraron allí á Fausto; pero éste habia estado ántes para prevenir á sus criados que acogiesen con distinguida cortesía y respeto á los huéspedes que habian de presentarse.

En efecto, ya tenian preparados sus respectivos baños, y la anciana nodriza de Fausto se habia encargado de satisfacer y prevenir á todas las necesidades y cuidados de Chrysis.

Cuando Cneyo salió de la sala del baño, donde habia refrescado y vigorizado su cuerpo despojándose del polvo que le cubria, se vistió con un rico traje que le fué presentado en vez del suyo, y que si no le dió más belleza, le hacia al ménos aparecer más esbelto y elegante.

Por lo demas, ni Eumolpe, que estaba sumido en la más profunda tristeza á causa del premio que le esperaba á la puerta del Duunviro, ni ninguno de los dos hermanos hijos de Silano que caminaban absortos y ensimismados en sérias reflexiones, no pudieron apercibirse que habian sido seguidos hasta la casa de Fausto por

Gnaton, que obedecía las órdenes de Panichys, y por el anciano que colocado en el anfiteatro cerca de Chrysis, habia impulsado á ésta para interceder por la vida de Asclytio, cuyo personaje parecia tener gran interes por conocer la morada de aquellos jóvenes. Pero ninguno de estos dos misteriosos perseguidores pudo averiguar un punto más de lo que habian visto; porque habiendo querido Gnaton hacer várias preguntas al portero de la casa de Fausto, intentando seducirle y hacerle aceptar unas cuantas monedas de oro, aquel siervo leal no sólo se negó á contestarle y rechazó la oferta, sino que enarboló su látigo para obligarle á que se alejara. El otro curioso que habia sido testigo de aquella escena, no consideró prudente intentar la conquista de aquel criado fiel, y haciendo de la necesidad virtud, se contentó con decirle:

—La nobleza y bondad del señor se descubre por la virtud de sus servidores, y lo que tú acabas de hacer me demuestra, esclavo, que Fausto es merecedor de las alabanzas que la fama le prodiga.

Y así diciendo se alejó encaminándose al albergue donde se hospedaba el asentista ó empresario de los juegos del Circo, esto es, el que habia contratado las fieras y los gladiadores.

III.

Silia, al entrar en su palacio de regreso del Circo, abrigaba la confianza de que Fausto la seguiría y no tardaría en presentarse. La cita que ella había dado al Duunviro no podía tener lugar hasta después que hubieran terminado completamente los juegos, y Silia tenía por lo tanto más tiempo del que ella necesitaba para recibir á Fausto y descubrir lo que podría esperar del amor de éste. Así, pues, tan luégó como llegó á su morada, sin detenerse en nada, se instaló en la habitación más retirada de su gineceo, cuidando de prepararla discretamente á la media luz ó casi oscuridad tan recomendada por Ovidio á las mujeres. En seguida se despojó de las ropas suntuosas con que se había presentado en el Circo, y se vistió con una ligerísima túnica, quedando sola con su esclava para anunciarla sus órdenes y su reservada consigna.

—Te situarás— la dijo— en medio del atrio conversando con cualquiera esclava como por casualidad, y cuando veas llegar á Fausto, fingirás no haber reparado su presencia. El portero se excusará de no dejarle pasar, y es seguro que él insistirá: entónces ya podrás mezclarte en el asunto

y sin despertar las sospechas del mismo Fausto, dirás que echas sobre tí la responsabilidad de introducirlo á riesgo de mi desagrado. Ya saben todos que eres mi favorita y que te lo perdono todo, para que no pongan obstáculos á lo que digas.

—Te obedeceré fielmente—la respondió la maliciosa esclava, añadiendo: —y yo cuidaré de introducir á Fausto, sin previo anuncio, porque acabas de vestirte un traje que no es propio para recibir visitas y con el cual es necesario ser sorprendida.

Silia le dirigió una severa mirada, y Daphne se apresuró á decirla con la mayor humildad:

—Dale un verdadero amor: lo merece porque es jóven, es bello, es noble y porque te ama.

—¿Qué precio ha puesto Fausto á tus alabanzas y cuánto te ha dado para que así lo recomiendes?

—Me ha dado, á mí que le sirvo, bastante ménos que á tí de quien se ha constituido en esclavo: una bondadosa mirada y una palabra cariñosa. Ahí tienes lo que me ha dado.

—Y algunos óbolos de oro?

—Eso sería bueno si se tratase del Duunviro—replicó Daphne sonriendo—ese no economiza las dádivas; ¡es tan rico!

—Y tú le sirves con fidelidad, según se ve;— añadió Silia con intencionada burla.

—Ciertamente que sí,— respondió la sarcástica y chispeante esclava— yo me apresuro á cantar sus méritos siempre que se me presenta ocasion de hacerlo: en prueba de ello, ¿no te acabo de decir que es muy rico?

Silia no pudo ménos de reir por la agudeza de su favorita y la indicó que saliese, quedando sola en su gabinete. Recostada sobre un lecho que ocupaba el frente de la habitacion, se entregó á sus reflexiones: veamos cuáles eran esas reflexiones.

—No se trata ya— se decia— de elegir un amante, sino de elegir un marido. Al presente soy libre y dueña de mí misma; por consiguiente, mis favores ó mi amor tienen tanto más valor y precio cuanto que no tengo por qué conceder ni lo uno ni lo otro bajo el secreto de una intriga, ni como un ilícito y clandestino comercio. Verdad es que Bibulo es un hombre casado; pero esto no es un serio inconveniente, y no tendria que hacer un penoso esfuerzo para repudiar á su esposa. Fausto es libre y sería mio cuando yo quisiera; pero Fausto no posee más que una mediana fortuna, con la cual apénas si le basta para sostener el rango y la posicion que ocupa. Mis bienes, por otra parte, están gravados á la

responsabilidad de importantes empréstitos, y los de mi esposo debo considerarlos perdidos para mí y para mis hijos..... Sería, pues, un solemne disparate acoger las proposiciones de Fausto..... al ménos como marido.

Es necesario acusar aquí á Silia y con ella quizás á casi todas las de su sexo: la dama romana preferia mejor la opulencia y sus vanos planes, no ya á la dicha y á la verdadera felicidad, que esto es poco, sí que tambien al amor; porque Silia amaba á Fausto. Es cierto que ella revolvía en su imaginacion sin cesar el mismo pensamiento para ver si le ocurrían buenas razones que aconsejasen elegir á Fausto, pero la ambicion sobreponia siempre su irresistible lógica en favor del Duunviro; él solamente podia adoptar con ventajosas condiciones á Cneyo y á Chrysis, dar á ésta una buena dote y obtener para aquél un destino importante. Jamas habia estado Fausto tan léjos de un éxito lisonjero como lo estaba en aquellos momentos por las ideas de Silia. Bibulo, que como amante hubiera sido un amante ridículo, habia llegado á parecerle un excelente marido. Darse á Bibulo por el oro, hubiera sido infame: hacerlo su esposo por la misma razon, no tenía para una madre de familia nada que no fuera previsor y honorable.

Bíbulo triunfaba, y no obstante, Silia esperaba impaciente la llegada de Fausto, cuya tardanza comenzaba á causarla alarmá.

No hay dédalo tan confuso é inextricable como el corazon de las mujeres, puesto que ellas mismas renuncian á seguir el hilo que pudiera conducir las á un fin luminoso, y se abandonan al destino y á los sucesos para salir de sus propias vacilaciones. No la razon, pero sí todos los argumentos y raiocinios ambiciosos de Silia le aconsejaban ser la esposa de Bíbulo: su corazon y todos los principios de sana moral que se albergaban en su alma la gritaban que debia ser esposa de Fausto. Eran dos pasiones y dos lógicas que luchaban en el interior de su conciencia.

A la edad en que comienza la vida del corazon, no se vacila: á la edad en que esa vida va á extinguirse, tampoco se vacila; pero cuando una mujer es todavía bastante jóven para amar con vehemencia y verse amada con pasion, siendo al mismo tiempo bastante experimentada por la edad para prever que toca su vida las puertas de un período en que lo único razonable es el positivismo de la fortuna, entónces esa mujer duda, y Silia dudaba.

Para decirlo de una vez, Silia se abandonaba y dejaba la decision que debiera tomar á la de los que la esperaban de ella.

Cada cual de los dos pretendientes podia sin duda alguna decidir de su propia fortuna. Fausto necesitaba dar mucho amor para luchar contra los tesoros de Bíbulo, y éste necesitaba muchos tesoros para triunfar contra el amor de Fausto.

Al cabo se presentó el jóven tribuno conducido por Daphne, que lo hizo entrar súbitamente sin prévio anuncio, sin llamar y sin arañar en la puerta; puésto que entóncees tambien se arañaba á las puertas de las damas romanas como se acostumbraba lacerlo á la de las cámaras de las reinas de España (1), y se aconsejaba á los amantes que hiciesen uso de sus uñas ántes que retirarse.

Silia, que de antemano habia pensado aparentar sorpresa, vióse real y efectivamente sorprendida, porque en aquel momento estaba totalmente preocupada y dominada por sus meditaciones. Así es que al ver á Fausto en su presencia, marcóse un encedido rubor en sus mejillas, y con un movimiento casi natural, procuró precipitadamente echarse un palio que á mano tenia, y que debia cubrirla y no cubrirla

(4) Mr. Frederico Soulié padece un notable error atribuyendo esa costumbre á las reynas de España, cuando lo era exclusiva en los palacios de la Côte de Francia.—
(N. del T.)

lo bastante para que apareciese púdica y quedase provocativa.

Daphne se disculpó escapando, y Silia quedó á solas con Fausto, que fué aproximándose á ella bajo la impresion de las más dulces esperanzas.

Los *Grands Romains* de Corneille y las humorísticas-críticas de Boileau contra los *Brutos galanteadores* y los *Catones currutacos*, casi nos han habituado á imaginarnos que los hombres de aquella nacion y de aquella remota época estaban todos dotados de una serenidad en el alma que no les permitia ocuparse sino de graves asuntos, de grandes intereses y de elevadas discusiones. Aun admitiendo que ese fuera el carácter propio y dominante de la Roma republicana, no podemos reconocerlo así respecto á la Roma del Imperio. Las ocupaciones del amor, que eran el asunto más importante de la córte del licenciado Luis XV, preocupaban por completo igualmente á la del glacial Augusto, y los tiempos antiguos nos han legado códigos amorosos que bien pudieran servir de texto á nuestros modernos *Don Juanes*.

Fausto no era un libertino, pero amaba y sabía hacer el amor. Se aproximó, pues, á Silia y la dijo dulcemente:

—¿Por qué ese terror y ese sobresalto?

—No iguales la sorpresa al terror, Faus-

to : no te esperaba..... me creia sola..... estaba fatigada y descansaba.

—¿Y porqué procuras ocultar á mi vista esos encantos de tu belleza, que son para mí preferibles á las de la misma Vénus, diosa de la hermosura?—dijo Fausto apoderándose de las manos con que Silia sujetaba el manto que la cubria.

Esta atrevida galanteria no disipó la tristeza que se dibujaba en la fisonomía de Silia, y sólo hizo á ésta exclamar :

— Sí, Fausto, tú me amas y yo te amo á tí ; pero este amor nuestro es una insensatez.

— ¡ Que tú me amas, Silia ! exclamó á su vez Fausto en el arrebató de su entusiasmo.

— ¿ Por qué he de ocultártelo y qué importa que te lo diga , si tanto para tí como para mí no puede ser eso causa de nuestra alegría ?

— ¿ Qué quieres decir ?

— Que no quiero sufrir yo sola la desesperacion de amarte y de no ser tuya , y que es necesario que tú tambien puedas decir : « Me ama y me rechaza. »

— Silia , es muy extraño é incomprendible lo que me dices ; yo te amo , sí , pero yo no he cometido la indiscrecion de manifestar que mi corazon abrigue ciertas esperanzas.

Una ligera sonrisa se asomó á los labios de Silia , diciendo :

— Fausto, tenemos ya más de treinta años y no podemos ser de esos jóvenes incautos que marchan á ciegas por la escala del amor hasta el momento en que una ocasion abre la puerta al deshonor. Tú sabes muy bien lo que ambicionas de mí, y yo no pretendo fingir que tus deseos sean para mí una injuria, ni que me causen horror.

— Pues bien, Silia...— dijo Fausto aproximándose más á la dama romana.

— Pues bien, Fausto,—dijo Silia rechazándolo con dulzura;—seriamos dos insensatos si nos dejásemos llevar de nuestra pasion.

— ¡Insensatos por querer la felicidad!

— Insensatos, porque tú perderias tu brillante porvenir, y yo la consideracion y la estimacion que me es tan necesaria. Tú no eres rico, Fausto, pero eres uno de esos hombres cuyo talento constituye un inestimable tesoro; yo soy ménos acaudalada de lo que tú puedes suponer; tengo una hija á quien no podré dar más que una buena reputacion, y la honra de una hija depende en primer lugar de la honra de su madre.

Fausto permaneció mudo ante la lógica de los argumentos de Silia. Las mujeres

que se defienden con el escudo de su propia virtud y haciendo alarde de ella, no consiguen persuadir jamas; pero las que nos oponen un sentimiento elevado y un interes honroso y razonable, nos vencen y triunfan de sí mismas y de nosotros.

— Ya lo ves—continuó Silia—yo no hago alarde contigo de un mentido pudor, ni de falsas preocupaciones, y sólo te expongo lo que es verdad y lo que es justo. Y porque yo sé que la justicia y la verdad tienen un noble albergue en tu corazon te he recibido en esta forma y en este apartado gabinete, donde estoy casi entregada á tu discrecion.

En aquel momento, casual ó intencionalmente, Silia se abandonaba dejando contemplar toda la belleza de sus formas y toda la debilidad de su resistencia, derramando una mirada sobre sí misma, como diciendo: «Ya ves cuán hermosa soy y cuán solos estamos.»

Fausto no comprendió el verdadero sentido ni la intencion de las palabras de Silia; pero la mirada que ésta derramó sobre su propio cuerpo le hizo ver todo lo que ella queria mostrarle, y aproximándose otra vez al lecho, exclamó en el transporte del más ardiente deseo:

— ¡Ay Silia!... ¿A qué pensar ni en el mañana, ni en las desdichas cuando tan

cerca tenemos la felicidad?... ¡Silia!... ¡Silia!...

Ella lo rechazó con resolución, diciéndole en tono cariñoso :

— Fausto, no tienes generosidad.

— ¡Oh!... perdóname si me amas.

— Precisamente porque te amo no puedo perdonarte, y también porque desconoces la lealtad con que me he confiado á tí... Tú no me has comprendido, Fausto, y quizás hayas llegado á suponer que yo empleo aquí la farsa del pudor y de la resistencia. No : te engañas. Yo te amo, Fausto, y ser tuya sería toda mi dicha, toda la dicha que yo ambiciono ; pero, Fausto, si yo me diese á tí sería mi vida entera lo que te diera, y sería la tuya lo que yo te exigiria en recompensa de la mía. Si yo fuese libre yo no podia pretender de tí más que tu nombre y tu mano, pero no siéndolo, es mucho más que eso lo que necesito para que me pagues la consagracion de todo mi amor y de toda mi existencia, puesto que yo pretenderia de tí tu consideracion, tus esperanzas, tus proyectos, tu porvenir perdido quizás á causa de ser mio : pretenderia que me tratáras como esposa tuya, no siéndolo ; pretenderia que despreciáras las leyes y las costumbres, obteniendo para mí un respeto y una estimacion que yo no mereceria ya... y todo esto es imposible.

— ¡Silia! — gritó Fausto — esa es una palabra que no existe para mí: todo cuanto me exijas, lo tendrás; todo cuanto temas, yo lo venceré.

— ¿Serás capaz de todo eso por mí? — exclamó Silia realmente conmovida.

— ¡Yo te lo juro por los dioses inmortales!...

— ¿Y me amarás lo bastante para darme tu mano y tu nombre si yo fuera libre?

Fausto, á pesar de la embriaguez de su pasión, permaneció mudo un instante, y dijo en seguida con presteza:

— ¿A qué hablar de cosas que no pueden ser?

Esta vez Silia, pálida, temblorosa y vivamente agitada, rechazó á Fausto con violencia y quedó sumida en el más profundo abatimiento. Acababa de sufrir un terrible desengaño descubriendo lo que hasta entonces no habia podido ni pensarlo siquiera; esto es, que habia una cosa que Fausto no la sacrificaba, su nombre. Y era verdad.

En la antigua Roma no faltan ejemplos de hombres que, arrastrados por la pasión de un amor frenético y aún ilícito, sacrificaban en holocausto de una mujer su propia consideración y la consideración de sus nombres, sus fortunas, el cariño de sus más fieles y adictos amigos, la estima-

cion de las gentes honradas, la proteccion de los más poderosos, apartándose, en fin, de todo trato y de toda sociedad, y aceptando las murmuraciones, y y más aún, hasta el ridículo; pero que no hubieran dado á esa mujer su nombre por nada del mundo. Y era que entónces, más que hoy dia, en aquel pueblo, donde la sociedad tenía por base la familia, el nombre de ella era un patrimonio confiado á todos sus individuos y del cual eran todos á la vez tan responsables como de su honor. César, el prostituido César, repudiando á su mujer á pretexto de que la esposa de César no debía ni aún sospecharse de ella, nos demuestra lo que significaba entre los romanos la religion del nombre, patrimonio de la familia. Aquel libertino, que fué el amante de todas las mujeres y la mujer de todos los amantes, sin que le afectase gozar tan depravada reputacion, no queria, sin embargo, que su esposa fuera objeto tan sólo de una sospecha.

Silia habia leido todos esos pensamientos en la fisonomía de Fausto y en su respuesta evasiva; porque Silia, ademas, sabia que Fausto era bastante delicado para no decirle ninguna frase que pudiera lastimarla, y que al mismo tiempo era bastante honrado y leal para no engañarla con falsas promesas.

Aquella fué, pues, para ella una humillacion y un desengaño. Su eleccion y su partido quedaban desde aquel momento resueltos: Silia sería esposa del Dunnviro, en el caso de que éste la aceptase; porque la derrota que acababa de sufrir con el golpe de la respuesta de Fausto le hacía dudar de su victoria sobre Bibulo.

Todo esto que hemos reseñado habia sido cosa de un instante, como accion del pensamiento; pero la situacion habia cambiado por completo. Silia, anegada en llanto, dejó caer su cabeza en los almohadones del lecho y no ocultó su dolor, dejando ver sus lágrimas, porque su desesperacion no la permitia hacerse cargo de su humillacion. Amaba tanto á Fausto que lo preferia á su propia vanidad de mujer; mas al fin este sentimiento, que á partir de aquel instante habia de ser el último baluarte de su defensa, triunfó de sus lágrimas.

Fausto no se daba cuenta de aquel cambio y de aquella situacion: creia que de ello no podia ser causa su negativa, porque en realidad no la habia claramente expresado, y tenía la seguridad de no haber dicho nada, puesto que no habia pronunciado ni una sola palabra. Rogaba á Silia que le diese una explicacion de sus lágrimas, cuando súbitamente, dominando la

dama su amargura, dijo á Fausto con una franqueza y una sinceridad que desconcertaron al jóven tribuno :

— Si me hubieras amado lo bastante para decirme : « Tú serás mi esposa », quizás entónces yo hubiera consentido en no ser más que tu querida, porque te amo lo suficiente para preferirte á mí misma; pero yo hubiera querido que me dejáras la satisfaccion de esa generosidad. Tú me has arrebatado la fe, que era lo único que podía inclinarme á un sacrificio: eres prudente y tu prudencia me ha aleccionado. Yo te felicito por ello y te deseo la más completa dicha.

— Silia, tú olvidas que aunque yo quisiera ser tu esposo, esto sería imposible.

— Lo que no olvido es haberte oido decir que para tí no existe esa palabra.

— Silia, puedes estar persuadida de que por tu amor...

— Basta, Fausto; yo te ruego que no se hable más de este asunto. Ni tengo rencor contra tí por lo que acaba de suceder, ni por eso te estimo ménos; y en prueba de ello pienso pedirte mañana un importante servicio, Fausto, un señalado servicio honroso para tí y para mí.

— ¡ Oh, Silia! yo te juro...

— No son necesarios tus juramentos; es

una noble accion, y tengo la seguridad de que la ejecutarás. Adios.

Silia señaló con el dedo la puerta del gabinete, y Fausto salió confuso y agobiado bajo el peso de sus pensamientos, explicándose falsamente los secretos desig-nios de Silia y procurando adivinar la oculta causa que habia dictado la conduc-ta de la dama romana.

No seguiremos al jóven tribuno en la solitaria excursion que hizo por las afueras de la ciudad, dirigiéndose despues cortos instantes hácia el campamento ocupado por su legion para buscar en sus deberes una distraccion á sus pesares. Tambien evitó volver luégo á su morada, porque no se encontraba con el ánimo dispuesto para dispensar á sus huéspedes las atenciones debidas á los extranjeros.

Desde el momento en que Silia se vió sola, levantóse impulsada por la cólera, llamó á sus esclavas, se hizo vestir una nueva túnica la más tupida y la más lar-ga de su guarda ropa, y dejando las ha-bitaciones del departamento superior, se trasladó al tablinio, porque se aproximaba la hora en que debia presentarse el duun-viro Bíbulo.

Silia al recibir á Fausto en un traje ligero y en un departamento retirado, se

había abandonado á él; pero tanto como ella hubiera querido pertenecerle, aunque estaba segura del respeto de Fausto por que éste la amaba, tanto deseaba distanciarse del duunviro, porque temía exponerse á un brutal atrevimiento, que éste cometería ciertamente si no adoptaba todas las precauciones para evitarlo. Del amor de Fausto podía haberse defendido por el influjo de ese mismo amor; pero necesitaba protegerse de un modo material contra los deseos ménos ardientes y sí más audaces y desenfrenados de Bibulo.

Éste se presentó al cabo sin que hubiera habido necesidad de situar previsoramente en el atrio ninguna esclava con especial consigna para introducirlo: penetró sin detenerse ante el portero, lanzando á éste su nombre como un salvo-conducto que no podía encontrar ningun obstáculo, y que no lo encontró en efecto. Cuando entró en el tablinio, Silia, que estaba sentada, se puso de pié y lo acogió con la cortesía que debía recibirse al duunviro, es decir, al primer magistrado de la colonia.

—Cuidado que no es el duunviro el que viene á tí, bella entre las bellas; sino tu esclavo—gritó Bibulo.

—Me has pedido una entrevista—dijo Silia—y yo te la he otorgado. Qué es lo que quieres de mí, Bibulo?

—Eh!... lo que no ignoras, lo que he querido siempre; tu amor.

—¿Y cuando yo te lo haya concedido, á dónde llegarás tú con él? —exclamó Silia con altivez.

—A dónde puede llevar el amor de una mujer —replicó Bibulo, dando un contoneo en que la obesidad de su abdomen le presentaba grotescamente ridículo.

—Generalmente conduce al matrimonio cuando ella es libre.

—Pero como tú no lo eres...

—Ve ahí, pues, que mi amor no te llevará á nada.

—Vamos, noble Silia —dijo Bibulo— no hay para qué exagerar las cosas. ¿Qué significa ni qué vale el nombre de un hombre? Esto es lo de ménos.

—Sin duda alguna, cuando ese hombre es un cualquiera; pero no así cuando es el primero de la ciudad y tal vez del mundo.

A Bibulo le halagó en extremo la adulatora cortesía de Silia y exclamó con aire de satisfaccion y fingida modestia:

—Efectivamente el nombre del duunviro Bibulo es alguna cosa en el mundo; pero está ya dado.

—Tambien puede retirarse; sobre todo si ha sido confiado á una mujer que le lleve tan mal empleado como las alhajas

con que agobias á Fortunata. En verdad te aconsejo que conseguirias mejor tu objeto llevando contigo una bella estatua cargada de joyas y colocándola á tu lado en los festines: así mostrarías á todos tu opulencia, sin provocar, como Fortunata, las burlas de tus convidados.

—En efecto— dijo Bíbulo— yo puedo repudiarla, y aún hace algun tiempo que me ha ocurrido esa idea. Fortunata no me es ya necesaria: mi caudal está ya puesto en orden y esa necia no me ha sido útil más que para eso, exclusivamente para nada más, yo te lo juro. Pero por más que yo esté dispuesto á hacerlo, el repudiarla no me servirá de nada.

—Eso es tambien lo que yo pienso— dijo Silia— pero si te he hablado de esto ha sido por que yo quisiera verte al cabo dueño y libre de hacer lo que te conviniera. Tú debes comprender que ha de ser muy peroso el saber que no puede recibirse la visita de un amigo sin que los pasos de éste sean vigilados y acechados por una nueva Megera (1), amén de las

(1) Una de las tres furias infernales. Orfeo dijo que eran hijas de Pluton y de Proserpina y añade que sus nombres fueron Tesifone, Megera y Alecto (*Orph.*, cart. lib. de *imag.*, pág. 195). Otros, como Licofon y Mureto, dicen que eran hijas de Aqueronte y de la Noche y que las parió la Oscuridad de una ventregada (*Mureto*, l. 7,

calumnias y demas tormentos con que intente castigar un monstruo de ese género las más inocentes entrevistas.

— Sí — se dejó decir Bibulo — Fortunata es en extremo celosa.

Silia le arrojó una mirada de compasion que casi equivalia al desprecio, y añadió:

— ¿Celosa, dices? de tu libertad, sí lo creo; que lo que es de tu persona y de tu amor, eso me parece bastante difícil, despues de hacer ya mucho tiempo que suele con frecuencia consolarse de tus abandonos.

Bíbulo se mordió los labios y se apresuró á decir:

— Dejemos á Fortunata y hablemos de nosotros.

— Tienes razon, habla pues. ¿Qué quieres decirme?

— Pues... lo que te he dicho tantas veces.

e. 24). Se las consideraba unas divinidades terribles y como maldiciones y execraciones personificadas; y segun Homero habitaban en el Erebo, rio del infierno. Los griegos las llamaban Erinias y Euménides. Algunos han explicado que su única mision era castigar á los hijos que faltasen al respeto á sus padres, sin duda por lo que persiguieron á Orestes. Hesiodo dice que fueron hijas de Saturno y de la Tierra; las llama Erynias, y asegura que cuando Júpiter cortó á Saturno las partes de la generacion, cayeron algunas gotas de sangre sobre la tierra y de allí vinieron á engendrarse estas furias (*Hesiodo, l. de imag.*). Pero Ciceron afirma que la mayor parte de lo que se dice de ellas es fabuloso. (*Cic., l. 2 de leg.*)— (*N. del T.*)

— Y siempre obtendrás de mí la misma respuesta.

— Pero ¿tú crees, Silia, que mis ofertas sean tan estériles?

— ¿Tú pretendes comprarme? yo te lo agradezco Bibulo; pero no soy una mercancía.

— Nunca te he visto tan irónica, Silia, y mis presentes parecían agradarte.

— Todos tus regalos están conservados en un cofre para devolvértelos el día en que me formules por ello el menor reproche.

— Ah, yo te juro por los dioses que no incurriré en tan fea culpa, pero se me figura que me odias, Silia.

— Odiarte, Bibulo! — exclamó Silia en tono casi cariñoso — ¿Estás acostumbrado acaso á verte odiado por las mujeres? No ciertamente.

Esta nueva adulacion envaneció extraordinariamente á Bibulo y Silia continuó:

— Ah! Demasiado persuadido estás tú de lo contrario y quizás sea esto lo que más temor me causa. Si tú fueras pobre ¿quién sabe?... miéntras más modesta fuese la fortuna que me ofrecieras, más pruebas tendria yo de que sacrificabas algo á mi amor, como, por ejemplo, tu felicidad y tu independencia. Pero al ofrecerme diez talentos de oro, ó ciento, ó mil, ¿qué me

probarás con eso? que eres sobradamente rico para poderlo hacer. El que á un mendigo da un pedazo de su opulento manto de púrpura bordado de oro, da ciertamente más que aquel que le entrega todo entero su modesto manto de lana; y sin embargo, éste último demuestra que tiene un corazón infinitamente más sentimental y humanitario, pues que se despoja de todo cuanto posee. Por tanto, ya te lo he dicho, tus dádivas y tus ofertas no pueden probarme más sino que eres inmensamente rico.

—Y también el estar tan locamente enamorado de tí como para elevarlas á una cuantía y á una importancia que quizás excediera á todos tus cálculos.

—Oh!... — exclamó Silia con irónica sonrisa—eso te acarrearía un terrible conflicto indudablemente. No, Bíbulo; puesto que te parezco bella, podrás contemplarme gratuitamente, porque, de lo contrario, sería muy posible que Fortunata te saltase los ojos si te permitias disponer de un sextercio sin su consentimiento, y yo no quiero ser responsable de esa mutilación que te impediría admirar mi hermosura.

Silia decía la verdad, y aunque Bíbulo lo conociese así en el fuero interno de su conciencia, no obstante su dignidad no le permitía confesarlo.

— Fortunata no ha podido impedirme que diese las espléndidas fiestas que se han celebrado hoy en el Circo.

— ¿Cómo habia de impedirte cuando no sólo te lo ha permitido, sino que ha sido ella misma la que las ha pagado por su propia mano?

— Quién se ha atrevido á decir eso? — exclamó Bíbulo en un arranque de cólera.

— Quien ha podido ser testigo de que ella misma se jactaba de ello; y además, ese Gnaton, su favorito, á quien el contratista de los juegos pone de su parte gratificándole con el diezmo de lo que tú le pagas.

— Gnaton..... ese infame..... ¡ah! si yo tuviese prueba de ello.....

Bíbulo no añadió una palabra más y despues de un intervalo de silencio dijo:

— Pero ¿á qué viene el ocuparnos sin cesar de Fortunata? Dejémosla en paz, puesto que ella no se mezcla para nada en mis asuntos. Hablemos de nosotros: sé franca conmigo, Silia; dime que me amas y prométeme que me preferirás á ese insolente Fausto.

— ¡Fausto! — exclamó vivamente Silia. — ¡Ah! está tan orgulloso y envanecido con su belleza, que se considera dueño y señor de todos los corazones y con méritos para obtener los favores de todas las damas con

sólo dirigirles la palabra. Yo te juro, sin embargo, que nada tienes que temer de semejante rival.

—No obstante, él te ama.

—Me es indiferente. Pero creo que en efecto siente por mí un amor verdadero. Sí: debe ser una pasión violenta en alto grado, cuando le ha impulsado á cometer una acción por todo extremo culpable.

—¿Qué ha hecho?

—Ha solicitado que Silano me repudie.

—¡Fausto! ¿Y con qué proyectos?

—Quería, según me dijo, ponerme en condiciones de que pudiera interesarme el ofrecimiento de su mano, ya que su amor me era indiferente.

—¡Pretendía hacerte su esposa!...

—Es un loco. No ha tenido en cuenta que su preclaro nombre no puede igualarse al de Silano, y ha olvidado también que á pesar de toda la nobleza de la familia de los Faustos, está mucho más alta la alcurnia y el rango de la de los Cornelios, á la cual pertenezco.

Silia habitando sola en Nemausus, lejos de su esposo y llevando una vida que, según se murmuraba, no estaba exenta de censuras, había hecho olvidar la distinción y alteza de su raza y de su nombre; pero ella intencionalmente hacía en aquel momento alarde de su origen, para que á

Bibulo no causase extrañeza la proposicion de un hombre tan honorable como Fausto, y para que al mismo tiempo sintiese el despecho y la vergüenza que debia producirle la íntima y mental comparacion que hiciese con el oscuro nacimiento y vulgares maneras de Fortunata.

—¿Y tú no consentirias en ser la esposa de Fausto si fueras libre?

—Yo no sería esposa de un hombre á quien no amase.

—¿Y si nosotros dos fuésemos libres? añadió Bibulo.

Silia afectó impresionarse; pero en el acto, haciendo asomar á sus labios una ligera sonrisa, dijo:

—Ni tú ni yo lo somos; ¿á qué hemos, pues, de soñar con proyectos que turbarian mi sosiego más que el tuyo?

Y diciendo estas palabras se levantó.

—Silia — exclamó Bibulo — pronuncia una sola palabra y yo te juro.....

—Basta — le interrumpió Silia — no hablemos más de esto. ¿Por ventura se resuelve así en un momento de entusiasmo sobre la suerte y el futuro destino de las personas?

—Ese ha sido siempre mi sistema.

—¡Oh! pues yo soy más prudente y necesito algun tiempo para decidir de la mia.

—Silia — insistió Bibulo — si asistes hoy

al festin que yo ofrezco á los más nobles personajes de Nemausus, adorna tu cabeza con una corona de flores de aciano y yo comprenderé entónces que.....

—¡Ah! yo no iré á tu casa, Bíbulo: yo ódio en extremo á Fortunata y amo lo bastante..... ¡No sé lo que me digo! Por lo demas, conozco perfectamente tu opulencia y tu esplendidez, y me figuro todo lo brillante que debe estar esa fiesta en la cual de seguro habia yo de sufrir tormentos que deseo evitarme, ó sucumbiria á sus efectos; prefiero, pues, no asistir á ella.

—Puedes ir sin temor ninguno.

—No Bíbulo: Semele fué abrasada (1)

(1) Semele, hija de Cadmo el fundador de la antigua Tebas (*Ceueal. deonini—Orph. in Hijium de Baco*) fué mujer de rara hermosura é inspiró un vehemente amor á Acteon; pero Diana, celosa, hizo que sus perros devorasen al infortunado amante. Despues de la muerte de Acteon se enamoró de ella Júpiter, lo cual entendió Juno, quien, para vengarse, bajó del cielo y púsose en figura de vejezuela (*Fray Balt. de Vitor, lib. 1, San Fulg., lib. 11 de Mythol.*) Fuese Juno á casa de Semele, dice aquel autor, y haciéndole una grande arenga, le dijo que amores de tanta estima y autoridad, sería bien se manifestasen en honras de su linaje y que así pidiese á Júpiter que siquiera una vez bajase á entretenerse con ella, no como hombre humano segun otras veces venía, sino con toda la majestad de su grandeza. Semele lo pidió así á Júpiter, obligándolo primero con el juramento de la Laguna Estigia, y cuando éste vino á gozar de sus amores con todo el esplendor de su divinidad y de su gloria, en llegando á ella la abrasó en vivas llamas con el fuego de sus rayos y resplandores, y como estuviese preñada, la abrió y le sacó el niño, que ocultó en una herida que se hizo en el

por haber querido ver á Júpiter en la plenitud de su divinidad y de su gloria, y el contemplarle así no está permitido más que á Juno, su esposa.

—Pues bien, la plaza de Juno está vacante en mi Olimpo. ¿Vendrás?

—Si llego á entrar una vez en él, no consentiré en salir jamas.

—Pues bien: vé á tomar posesion de tu imperio.

—Si me faltase, lo lloraria amargamente.

—Yo te juro por Júpiter que lo has conquistado.

—Iré, pues; pero nada más que para no dar lugar á comentarios con motivo de mi ausencia y para humillar á Fausto. Porque escucha, Bíbulo, yo bien sé, y te lo digo con franqueza, que todo lo que acabamos de hablar no son más que vanas palabras y proyectos ilusorios; pero yo te lo ruego: véame yo lisonjeada por tu amor, y vea ese vanidoso Fausto que soy amada por quien es superior á él en todas las cualidades que pueden distinguir á un hombre: la fortuna, el poder, el valor y el talento. Esto será quizás una pequeña venganza de

muslo porque no era el tiempo que se requiere para poder vivir la criatura. (*Ovid.*, lib. III y *Natal Comite*, lib. V de *Mithol*, cap. 14.) Ese niño fué el dios Baco, que sacó á su madre de los infiernos y logró que fuese admitida en el olimpo con el nombre de Tione.—(*N. del T.*)

mujer, pero tú que tanto conoces á las de mi sexo, podrás comprenderme.

Y sin esperar la respuesta de Bíbulo, se alejó dirigiéndole una coqueta sonrisa y una intencionada mirada, despues de haberle abandonado su mano, que él cubria de besos, y que ella retiró al fin, dejando escapar un suspiro que demostraba eloquentemente su emocion.

Bíbulo salió fascinado.

Ciertamente que las artes y las maneras de Silia hubieran sido más que suficientes para arrebatár al Duunviro hasta el extremo de hacerle tomar una resolucion tan importante como la de repudiar á Fortunata, si ya de mucho tiempo atras no lo hubiera ido familiarizando á esta idea, y si por otra parte la misma Fortunata no hubiese dado lugar aquel mismo dia á que con motivo justo Bíbulo hubiera ya decidido separarse de su esposa en ocasion oportuna.

Veamos lo que habia ocurrido.

Nuestros lectores no habrán olvidado al tal Asclytio, al arrogante gladiador que habia salvado la vida, merced á la intercesion de Chrysis. Su varonil belleza habia seducido y excitado los deseos de algunas nobles damas, y Fortunata era entre todas ellas la que más apetito sentia por la hermosura del gladiador. Este fué avisado por

medio de un mensaje comunicado por la esclava confidente que era en aquella época parte integrante é indispensable de la servidumbre de una dama romana. Pero entonces, como hoy, la discrecion que se paga no necesita sino un comprador más espléndido para convertirse en traicion, y Psychea, la esclava de Fortunata, no daba curso jamas á sus secretas misivas sino despues de haberlas confiado al Duunviro, quien por lo comun dejaba que sucedieran las cosas sin afectarle gran pena la poca virtud de su esposa, lo cual le dejaba en cierta libertad é independendencia.

Séase que la invitacion dirigida por Fortunata al gladiador diese al traste con la paciencia de Bíbulo; séase que Psychea, proyectando altas miras con el repudio de Fortunata, hubiera excitado la cólera del Duunviro con la destreza necesaria para que éste se aprestase á una venganza, ó séase lo que se quiera, lo cierto es que el esposo habia ordenado á la esclava que cumpliese su embajada, prometiéndose á sí mismo con los más terribles y solemnes juramentos darse reparacion de este último ultraje.

Psychea, pues, habia salido del palacio de Bíbulo envuelta en un espeso manto, llegando á la hosteria donde se hospedaba Asclytio con su amo. La esclava hizo

que le llamasen, y llevándole á sitio reservado le preguntó si queria conceder un rato de solaz á una dama que se habia prendado de su persona.

Las formas con que fué comunicado y acogido ese mensaje merecen reseñarse, porque no es sin alguna sorpresa como encontramos las mismas costumbres de nuestro siglo XVIII, y con sus más vivos colores, en aquellos tiempos de licencia, lo cual es una prueba de que toda disolucion conduce á idénticos resultados en lo moral y material.

—¿Quién es esa dama—preguntó Asclytio—que no tiene reparo en hacer semejante proposicion á un gladiador?

—Precisamente—respondió Psychea—ese ejercicio es lo que constituye tu principal mérito. Hay mujeres de inclinaciones extravagantes, para quienes el amor no tiene atractivos mientras no se ofrece á ellas bajo la figura de un esclavo, de un gladiador, de un atleta, de un cómico ó de un cochero. Mi dueña es una de esas mujeres; el donaire y la gentileza de los nobles que se colocan en los espectáculos alrededor de la orquesta, no incitan sus miradas, y sólo en las extremidades del anfiteatro ó en el centro de la arena es donde encuentra lo que la seduce y halaga.

—¿De quién me hablas, pues; de la mu-

jer de un artesano ó de tí misma?—dijo Asclytio.

—¿De mí?—exclamó Psychea con menosprecio—te equivocas si tal has llegado á sospechar: yo necesito amantes más ilustres, porque no quiero que mis favores sean recordados ningun dia sobre una cruz (1). Este es un gusto que pertenece sólo á las nobles patricias. Quizás la causa de eso sea que por el mucho uso que hacen del amor necesiten extravagantes sensaciones; pero no me explico qué ilusion pueda causarles, ni qué placer pueda producir el dar sus caricias y entregar su belleza á un miserable gladiador cuyos músculos presentan todavía, tal vez, las señales de haber sido afrentados con el látigo. Para que á mí me agrade un hombre, es necesario que lleve al ménos el noble anillo de los caballeros.

—Ya lo creo—exclamó Asclytio—como que es de oro.

—¡Ah!—añadió Psychea sin hacer méritos de aquel epigrama—habia olvidado decirte que á mi proposicion acompaña esta bolsa.

—¿A dónde debo ir, y á qué hora?

—A la tercera hora de la noche debe-

(1) En aquella época la cruz era el instrumento para el suplicio público de los criminales sentenciados á muerte.—(N. del T.)

rás encontrarte en las cercanías del templo de Diana: yo estaré allí y te serviré de guía.

A los pocos momentos de haberse separado Psychea de Asclytio, fueron á decir á éste que le buscaba un anciano, el cual le condujo á la habitacion más apartada de la casa, y cuando estuvieron á solas, se descubrió la cabeza, que habia tenido cuidadosamente cubierta hasta aquel instante con una punta de su manto, á fin de ocultar á todas las miradas los rasgos de su fisonomía.

Al verse en presencia de aquel hombre, Asclytio quedó inmóvil é inmutado, y el anciano exclamó:

—La palidez de tu rostro me dice bien claramente que me has reconocido; pero al mismo tiempo me anuncia que no voy á encontrar quizás al hombre á quien vengo buscando, creyéndole indignado del infame ejercicio á que le ha reducido su esclavitud, y dispuesto á toda empresa que lo conduzca á su independenciam y á su libertad.

Asclytio inclinó la cabeza, y la palidez de su semblante se trocó en un rojo encendido.

—Vintex—le dijo—cuando nos hemos encontrado en Tolosa en ocasion que acababa yo de haber sido hecho prisionero en

los montes del Pirineo, yo ardía aún en los deseos de esa libertad salvaje que allí gozábamos. La idea de tener que obedecer á un dueño me sublevaba, porque yo ignoraba qué cosa era la esclavitud. Tú mismo hiciste de ella una pintura odiosa, y yo entónces te prometí cuanto quisiste, porque te había creído. Pero las desdichas con que tú me amenazabas no han venido sobre mí: el dueño mio me alimenta con abundantes manjares, me hospeda en las mejores hosterías de las ciudades que recorreremos, y algunas veces en los mismos palacios de los señores que costean y ofrecen al pueblo los espectáculos del Circo; estoy vestido con magnificencia, me acompañan toda clase de comodidades y placeres, y finalmente, soy objeto del deseo de las más nobles patricias que me tributan sus aplausos durante el día y se me entregan en sus lechos durante la noche. A este precio y por tales recompensas combatí en el Circo, no tan frecuentemente ni con tantos riesgos como lo hacía todos los días en las montañas para conquistar un miserable pedazo de pan y un hediondo asilo en una húmeda caverna.

Vintex permaneció mudo contemplando tristemente á Aselytio, y reconoció que aquel jóven gallardo, noble y arrogante que había conocido en Tolosa, se había

dejado corromper por su condicion de esclavitud, como una jóven doncella cubierta de pudor marcha luégo resueltamente por el camino de la prostitucion. Porque la prostitucion daba entónces, lo mismo que desgraciadamente da hoy en el órden material, lo que no da la virtud. El anciano comprendió que ya no conseguiria nada de aquel hombre excitando en su alma, como otras veces, la idea de sentimientos nobles y generosos, sino excitando sus nuevas pasiones. Así, demostrando conformarse con sus gustos y deseos, prorumpió:

—Tienes razon, Asclytio: todas esas ventajas son dignas de ser consideradas y estimadas; pero tú no las posees y disfrutas sino de una manera muy precaria é insegura, puesto que están á merced del dedo pulgar de una mujer, y si hoy mismo yo no hubiera impulsado á una jóven para interceder por tu vida, no estarias celebrándolas en este momento cual lo acabas de hacer.

—Ya lo sé—dijo Asclytio—y bien te he reconocido cuando gritabas. Aunque tu voz no haya sido escuchada por muchas personas, llegó hasta mis oidos en medio del Circo, porque el que espera por instantes la muerte de la espada que ve levantada sobre su cabeza, se apodera con

avidez del más tenue murmullo que pueda llevarle una esperanza. En fin, despues de todo, siempre me tendrás dispuesto á obedecerte, si no con la misma fe, al ménos con igual decision y valor.

Vintex consideró que no debia fiar solamente en este arranque de generosidad ó gratitud que la menor circunstancia podria contrariar, y se apresuró á responder:

—Yo tengo la seguridad de encontrarte siempre digno de la estimacion que mereces, y no creas que vengo á pedirte que sirvas nuestros proyectos para que vuelvas á tu anterior estado de pobreza y escasez, sino para que asegures y afirmes, en el goce de tu libertad, esos bienes y esas comodidades que tan dulces y preciadas te son, áun en la misma esclavitud. ¿Crees por ventura, Asclytio, que podrán ser olvidados por nosotros los servicios de los que nos ayuden á levantar el yugo de la tiranía? Una gran parte de las riquezas de Neron y de sus favoritos será la recompensa de tales servicios. ¿No encuentras mucho mejor poseer por tí mismo los ricos trajes que hoy vistes, mandar como dueño y señor á la faz del dia en la misma casa donde entras por la noche furtivamente como un ladron, y enviar tus mensajes amorosos á la persona que te

inspire tu deseo, en vez de esperarlos de mujeres desconocidas?

Asclytio se sonrió al escuchar estas palabras y respondióle en voz baja:

—¿Y cuándo ha de ser la ejecución de tus proyectos?

—Esta noche á la hora sexta. Una espléndida fiesta ha de tener ántes lugar en el palacio del Duunviro, donde es preciso que te introduzcas acompañado de todos tus camaradas. La embriaguez de los licores habrá tenido tiempo de pasar de los señores á los esclavos: encadenad á éstos y apoderaos de los otros, y una vez que estén Bíbulo y Marcio en vuestro poder, yo me encargo de los demas.

—Pero ten presente que hay una legion entera acampada á las puertas de Nemausus, y que apénas puedo yo reunir y responder de unos doscientos hombres.

—Yo sabré paralizar los esfuerzos de esa legion.

—¿Debo ahogar á Fausto en el festin?

—Guárdate bien de tocar ni á uno sólo de sus cabellos si allí le encuentras, y déjale en completa libertad.

—¿Está ganado por tí?

—Lo estará, yo te lo juro, cuando sea la hora convenida.

—En ese caso, nada puede impedir nuestro triunfo.

—Sólo tu negligencia, Asclytio. Lo que te recomiendo sobre todo es la exactitud y la puntualidad. No retardes, pues, la ejecución de tu consigna: bien sabes que por haber dormido demasiado los conspirados que debían sorprender á Augusto en el Capitolio, no lo encontraron allí cuando fueron á buscarlo.

—Yo tengo en qué entretener mi sueño hasta la hora fijada—respondió Asclytio.

—¿Qué piensas hacer pues?

—Elegir, quizás, la casa de la cual haya de ser propietario.

Después de esta conversacion se separaron, y Vintex tomó el camino de la posada donde se alojaba.

IV.

Próxima ya la hora del festin que debía celebrarse en la residencia de Bibulo, Eumolpe recomendaba á Cneyo que debía marchar, y áun se ofrecia con la mayor solicitud para acompañarle, siendo de ver y llamando la atención del jóven la diligencia que mostraba el poeta por presentarse á recibir los azotes que le habían tocado en suerte, debidos á la munificencia del Duunviro.

Cneyo no pudo ménos de manifestar al griego su extrañeza; pero Eumolpe, cuya

melancolía habia desaparecido como por encanto , en vez de turbarse contestó con su habitual énfasis á las observaciones del jóven , haciendo una exposicion de preceptos de la más severa filosofía , diciéndole:

—El hombre justo no puede ni debe entregarse á la desesperacion ni á la tristeza por los contratiempos ó adversidades de la vida : las más amargas tribulaciones no son sino terribles pruebas á que se somete la grandeza de las almas ; y siendo esto así , debian con mayor motivo ser considerados los dolores físicos como un mal muy secundario , admitiendo como cierta la existencia del mal , cosa que me sería fácil demostrar que no existe.

Al fin se pusieron en marcha , dirigiéndose al palacio de Bibulo , admirando Cneyo la resignacion de Eumolpe hasta el punto de modificar el concepto en que le tenía desde el poco tiempo que databa su conocimiento , y haciéndole formar una idea más favorable respecto á las cualidades morales del poeta.

Al llegar á la vista del palacio de Bibulo , observaron que todo el espacio de su frente estaba dividido por extensas barreras , presentando un suelo terraplenado y allanado con esmero , donde un considerable número de personas se ejercitaban y entretenian jugando á la pelota. Allí , como

en todo cuanto intervenia la mano del Duunviro, el lujo tocaba los límites del exceso, y veíanse por todas partes sus esclavos recogiendo las pelotas que por haber tocado en tierra ó por otra causa cualquiera no se consideraban ya dignas de continuar sirviendo á los jugadores, siendo reemplazadas por otras que ofrecian diferentes esclavos, llevándolas en canastitos de mimbres.

Eumolpe llamaba la atencion de Cneyo sobre los jugadores y le hacía observar la destreza de algunos de ellos, extremando tanto sus aplausos é incitando al jóven con tan exagerada porfía para que tomase parte en aquellos juegos, que éste juzgó al cabo ridículas sus instancias. Luégo ocurrió á Cneyo la sospecha de que quizás quisiera Eumolpe entretener su atencion por este medio para que no fuese testigo presencial de la afrenta que le esperaba á la puerta del palacio, y en esta suposicion, deseando evitarle aquel sonrojo, empezó á aparentar un gran interes y una gran preocupacion por los incidentes del juego. Apénas volvió la cabeza notó que Eumolpe se alejaba, pero lo hacía con tal rapidez que Cneyo no pudo ménos de seguirle con la vista, no dejando de infundirle recelos aquel apresuramiento. Una súbita sospecha asaltó al jóven, que fué á buscar en

el bolsillo de su túnica la tableta que contenía la invitación para asistir al banquete de Bibulo, y pudo ver que Eumolpe se había apoderado de ella sustituyéndola con la de los azotes. Cneyo se lanzó velozmente en persecución de Eumolpe, y alcanzándole en el preciso momento que mostraba su billete al portero, se lo arrebató de las manos. Eumolpe quiso disputárselo, y como Cneyo le dirigiera severas reconvenciones por su inícuca traición, el poeta comenzó á declamar poniendo por testigos á todos los dioses de que aquel jóven era un impostor sin nombre y sin familia á quien él mismo había ofrecido un asilo, cuyo beneficio y caridad le recompensaba queriendo arrebatarse el honor de estar á la mesa con el divino Bibulo. Este altercado atrajo la atención de jugadores y espectadores que se fueron aproximando, riendo todos de los esfuerzos y razones de ambos contrincantes, que pretendían para sí la honra del banquete y para su adversario la afrenta de los azotes.

La ancianidad es una cosa muy digna de veneración y de respeto, pero la juventud y la belleza son un gran poder. Por otra parte, la ancianidad ridículamente presentada llega con facilidad á ser objeto de mofa, mientras que la juventud altanera interesa y se impone á la vez.

El fallo de la opinion estaba dictado y todos gritaban que era necesario azotar al poeta y dejar pasar al jóven. En aquel momento Bíbulo, atraído por el rumor y algazara de aquellas voces, se presentó en la puerta de su palacio, queriendo informarse personalmente de lo que ocurría. Al efecto, para constituir su tribunal y escuchar las razones de los dos pretendientes, hizo que un esclavo se hincase de rodillas con las manos en el suelo y le presentase las espaldas, donde tomó asiento, ordenando á aquellos con la mayor gravedad que expusiesen sus derechos. Aquel extraño juicio y singular debate habia hecho agruparse en torno del Duunviro una considerable masa de gentes, y ya unos se ponian de parte de Eumolpe, ya otros se interesaban en favor de Cneyo, cuando anunció Bíbulo que se disponia á pronunciar su sentencia, que dicho sea de paso, tenía que responder á las pasiones y sentimientos de un hombre como el Duunviro. Un miserable bufon le debia parecer preferible á un jóven y noble patricio: Bíbulo esperaba obtener más distraccion y divertimento con la ridiculez del poeta que con la sinceridad del jóven, y declaró que no podia reconocer como propietario de la invitacion sino á aquel que la tuviera en sus manos, y que, por consiguiente, que el ho-

nor de asistir al banquete correspondia al que se presentase con dicha invitacion. Eumolpe triunfaba, pero Cneyo no se dejó abatir por aquel fallo, y adelantándose al portero, gritóle con arrogancia :

— Esclavo, ya has escuchado la sentencia de tu amo : aquel que tenga en sus manos la invitacion es el propietario legítimo. Yo acabo de arrancarla por lá fuerza á este hombre que me la habia usurpado por el engaño : déjame pasar.

La muchedumbre aplaudió este rasgo de noble osadía que demostraba al par un oportuno ingenio : Bíbulo sólo pareció contrariado, y exclamó impulsado por su despecho :

— Mi fallo es justo y yo lo sostengo. Cada lote ó premio será pagado al portador del respectivo billete, y como este jóven posee á la vez la invitacion al festin y la promesa de veinticinco azotes, deberá gozar de ambas cosas : primero los azotes y despues el banquete. Vamos, pues; despachad con diligencia este asunto—gritó á sus esclavos—porque ya veo que empiezan á llegar mis convidados.

Y Bíbulo se alejó sin prestar oidos á las reclamaciones de Cneyo.

Varios esclavos se apoderaron del jóven, y como opusiese una tenaz resistencia le derribaron al suelo y le sujetaron por las

manos con una cuerda á uno de los postes ó estacas que limitaban el juego de la pelota, empezando á azotarle despues de haberle despojado de sus vestidos para dejarlo desnudo hasta la cintura.

Entre tanto habian ido llegando los convidados de Bíbulo, sin que apénas ninguno de ellos procurase averiguar la causa del tumulto que tenía lugar en aquel sitio.

Habíase podido observar que despues de haber empleado Cneyo todo el esfuerzo de sus brazos y de sus pulmones para evitar este suplicio, habia repentinamente cambiado de conducta y sufrido aquél hasta su término con una resignacion notable y extraña. El furor y la cólera del jóven habia excitado el furor y la cólera de los esclavos, y su aparente y súbita sumision no disminuyó el ensañamiento de estos miserables que, acostumbrados á semejantes castigos, se imaginaban que Cneyo soportaba los azotes con la misma indiferencia que los sufrían ellos; pero algunos ciudadanos de los que se habian aproximado para presenciar aquel espectáculo, atentos y prudentes observadores de la expresion que se retrataba en el semblante de Cneyo no pudieron ménos de comprender que aquel sombrío silencio no auguraba sino venganzas, y uno de ellos exclamó:

—No sería yo ciertamente el huésped que diera de comer esta tarde á ese jóven.

Ya estaba casi á punto de terminar el suplicio de Cneyo cuando se operó un gran movimiento en aquella masa de gentes, precipitándose todos hácia la vía que conducia á la puertá principal del palacio.

— ¡Qué lujo!

— ¡Qué ostentacion!

— ¡Qué pompa!

— ¡Qué magnificencia!

Así exclamabam por todas partes, y en efecto era un suntuoso cortejo el que avanzaba.

—Ved esa opulenta litera—gritaba uno— no está cerrada de cristales, pero sí con unas planchas de piedra tan trasparente que dejan penetrar la luz y la claridad. Ved los ocho esclavos que la preceden y los ocho que la escoltan, todos en magníficos caballos, y aunque la noche no ha extendido su negro manto de tinieblas, todos ellos llevan hachas encendidas, como si el sol que alumbrá al pueblo fuese indigno de alumbrar á Silia!

— ¡Silia! ¡Silia! — gritó Cneyo con voz atronadora.— Ciudadanos, haceos á un lado, yo os lo ruego, para contemplar la comitiva de Silia y su esplendor al encaminarse al festin de Bibulo.

Despues volvió á gritar:

—¡Silia! ¡Silia! ¿Por qué has tenido cerrada hoy tu puerta?

Silia, entretenida con la conversacion de un jóven patricio que marchaba al costado de su litera, apénas levantó la vista cuando oyó pronunciar su nombre y pasó sin preguntar quién era aquel jóven tan cruelmente flagelado, y sin parar mientes siquiera en el sentido de las frases que confusamente habia escuchado.

Enseguida soltaron á Cneyo, y los mismos esclavos que habian sido sus verdugos le atestiguaban el sarcasmo de sus respetos, invitándole á penetrar en la morada de su señor.

—No temais que deje de ir—respondió Cneyo con la calma de un reconcentrado furor.—Servidme de guías, que ya os sigo.

Y penetró resueltamente en el palacio, sobre cuya puerta leyó la siguiente inscripcion:

«TODO ESGLAVO QUE SALGA SIN PERMISO EXPRESO, RECIBIRÁ
CIENTOS AZOTES.»

Un esclavo con túnico verde y cinturón escarlata era el guardian de esta puerta, y se ocupaba en mondar guisantes, que iba depositando en un jarro de plata.

Una picaza ó urraca, encerrada en una jaula dorada, estaba al lado de aquel criado y saludaba en nombre de su amo á todos los que entraban; pero en el mo-

mento de pasar Cneyo por delante de ella enmudeció, llamando á todos la atención que habia cesado su sempiterna cháchara.

Los curiosos se retiraron en silencio, diciéndose alguno de ellos para sus adentros:

— Algo malo va á suceder esta noche en casa del duunviro.

Dejarémos por ahora á Cneyo, que entró rápidamente en el interior del palacio, donde desapareció á las miradas de todo el mundo, y sigamos á los convidados que vagaban por todos los salones aguardando la presentacion de Bibulo, miéntras que varios esclavos les hacian observar el esplendor de los muebles y la riqueza de las mil maravillas y joyas de arte acumuladas en aquella morada. En el atrio estaban los muros cubiertos de pinturas y bajo-relieves que representaban episodios de la vida y hazañas del propietario: aquí, el combate en que se habia distinguido su valor; allí, la primera causa que habia abogado en el foro; más léjos, su eleccion á la magistratura, y por todas partes relevantes y pomposas inscripciones con la explicacion de esos y otros sucesos. Sobre el pórtico veíanse otras pinturas aún más magníficas, con motivos tomados de la *Odisea* y de la *Iliada* (1), ó bien con imágenes de

(1) Titulos de dos celebrados poemas del inmortal

sacrificios y otros espectáculos. Dos extensos cuadros se hallaban colocados á derecha é izquierda de la puerta de entrada del triclinio: el uno representaba el curso de la luna y la marcha de todos los planetas, y el otro las alegorías de todos los días del año, señalados con puntos blancos ó negros segun eran tenidos por dias aciagos ó dias de buena estrella. El lujo de Bíbulo resplandecía por todas partes: todos los muros de los pórticos estaban adornados con brillantes panoplias y trofeos de armas pulidísimas, y en lugar preferente veíase un monumental armario de ébano donde estaban expuestos los penates de plata y lares protectores de su familia, una pequeña estatua de cristal y un cofre con incrustaciones de oro y plata que encerraba la primera barba del duunviro. Várias lámparas de bronce y plata pendientes de las bóvedas alumbraban el pórtico, bajo el cual se reunieron al fin todos

Homero, rey de la poesía griega. En la *Iliada* relata el poeta los principales acontecimientos de la guerra de Troya y huida de Eneas con su anciano padre Anquises: consta de veinticuatro cantos, y el último se refiere á la desastrosa muerte de Héctor, el hijo de Príamo. En la *Odisea* hizo la historia de las aventuras de Ulises cuando despues de la guerra de Troya volvía este héroe á Itaca, su patria. Se cree que Homero vivió mil años ántes que J. C.; pero algunos críticos han dudado de la realidad de su existencia, atribuyendo sus obras á los poetas cíclicos, cuyos fragmentos fueron reunidos por Pisistrato.
—(N. del T.)

los convidados. Allí les fué entregado á cada uno de ellos un riquísimo manto de púrpura y dos monedas de oro: despues de esto se colocó un esclavo á la cabeza del grupo y dió la señal de la entrada, gritando:

—¡Con el pié derecho!

Así penetraron todos en la sala del festin, y el tricliniarca ó maestro de ceremonias señaló á cada cual el lecho que debia ocupar.

Cuando todos se hallaban colocados en su respectivo sitio, penetraron varios esclavos egipcios con ánforas y jofainas de plata para lavar con agua de nieve las manos de los convidados, y terminada esta operacion, se aproximaron otros esclavos pedícuros que les lavaron los piés, recortándoles las uñas y las callosidades con una destreza admirable.

Cada cual estaba en su puesto y no faltaba nadie más que Bíbulo, Silia y Fortunata. Uno de los convidados, inclinándose al oido de Fausto, le dijo en voz baja:

—Bíbulo usurpa tambien el privilegio de las mujeres hermosas haciéndose esperar.

—Sí, pero á pesar de todo su poder no conseguirá nunca arrebatárles el de hacerse desear—respondióle Fausto.

Casi en aquel momento se presentó Bí-

bulo excusándose de haber faltado á la debida cortesía con su tardanza, cuya causa habia sido la duracion de una partida de ajedrez, en la cual habia sido vencido por Silia. Y como para Bíbulo era una necesidad la ostentacion de todo lo que poseia y de todo lo que hacia, consideró del caso explicar á la reunion la jugada que le habia hecho perder, á cuyo efecto mandó que le trajesen el tablero de madera de Terebintho con las casillas de marfil y cristal y las piezas de plata y oro, lo más artísticamente esculpidas.

Despues de esto, á una señal de Bíbulo fué presentado el primer servicio del banquete, que pareció espléndido: era una enorme bandeja en cuyo centro estaba colocado un elefante de bronce dorado, que llevaba á sus costados unos cestos de plata con aceitunas verdes y aceitunas moradas, y sobre el lomo una elevada torre de muchos pisos y en cada uno de ellos un plato diferente con exquisitos manjares. Todos los platos eran de metales preciosos y llevaban grabados en sus bordes el contraste de sus pesos respectivos y el nombre de Bíbulo, su propietario. Alrededor de aquel gran monumento veíanse diseminadas multitud de vasijas de diversas formas, elevadas sobre altares, sobre puentes, sobre pirámides ó sobre escalinatas, y contenien-

do mil variadas clases de golosinas y frutas, sin que faltase la exquisita ciruela de Siria. Al mismo tiempo un esclavo colocaba sobre la mesa otro enorme plato, en el cual veíase posada una hermosa gallina cubriendo sus huevos con una imitación tan artística y perfecta, que ciertamente ilusionaba y engañaba á ojos que no estuviesen experimentados en estas preparadas sorpresas. No eran, sin embargo, huevos de gallina los que ocultaba debajo de sus alas, sino huevos de pavo real, que los esclavos distribuyeron al punto entre los convidados.

— Os recomiendo que examineis con mucho cuidado estos huevos—exclamó Bíbulo—porque yo no os garantizo que sean de una excelente calidad. Me he visto en la imperiosa necesidad de que os sirvan las viandas que mi cocinero ha podido procurarse, y abrigo el temor de que sean tan añejos que quizás encontreis dentro de ellos algun pequeño pavo en vísporas de picar la cáscara.

En efecto, al romper los huevos, cada convidado encontró dentro del suyo una oropéndola (1) envuelta en hilado de huevos y sabrosas setas.

(1) Papahigo ó papafigo, ave parecida al mirlo, cuya carne es delicada y exquisita.—(N. de T.)

Después de esto, á una señal de Bíbulo dejóse oír la armonía de una orquesta invisible, y mientras tanto los esclavos acudieron á retirar los platos servidos, presentándose otros esclavos etíopes con jofainas y ánforas de plata para bañar de nuevo las manos de los convidados, haciéndose uso esta vez de un agua perfumada con incienso y esencia de rosas, de cuyos aromas quedó impregnado el ambiente de la estancia, y en seguida aparecieron los esclavos dispenseros para escanciar el vino que llevaban en botellas de cristal esmeradamente taponadas, en cuyos cuellos veíanse unos pequeños tarjetones de marfil con la inscripción: *Falerno del consulado de Lucio Opimio* (1).

Mientras que servían aquel licor con suma profusion verdaderamente espléndida, fueron sorprendidos los convidados con la presentación de un esqueleto de plata que un esclavo colocó sobre la mesa, y que moviéndose automáticamente por secretos resortes, dió una vuelta alrededor de ella, excitando la general admiración.

Desde el principio del festin, Fausto, que se hallaba colocado en una de las extre-

(1) El consulado de L. Opimio fué 121 años ántes de J. C., lo cual da al vino servido en la mesa de Bíbulo en tiempos de Neron una añejez de cerca de doscientos años.
—(N. de T.)

midades del salón, buscaba con insistente interés las miradas de Silia, de cuya fisonomía no podía desaparecer un marcado sello de tristeza, á pesar de las distinciones y halagos que la prodigaba el duunviro.

Queriendo Bibulo proporcionar á Silia un motivo más de distraccion, preguntó que por qué se notaba en la sala la ausencia de uno de los convidados, y á propósito del ausente refirió, todo lo mejor y más chistosamente que pudo, la aventura de los dos pretendientes al premio del banquete, los incidentes del juicio celebrado por él y el fallo de dicho juicio, cumplido en todas sus partes. Esta narracion trajo á la memoria de Silia las palabras que confusamente escuchó pronunciar, dirigidas á ella, cuando penetraba en el palacio de Bibulo, y preguntó con interés la edad que sobre poco más ó menos podria tener el jóven, informándose muy especialmente del talento y demas señas personales del sujeto que le habia querido disputar su puesto en el festin. Pero las ricas vestiduras con que Eumolpe se habia engalanado en casa de Fausto impidieron á Silia sospechar que aquél fuera el miserable poeta que se le habia presentado por la mañana en su palacio. Fausto, por el contrario, reconoció en el acto á sus huéspedes y de-

mostró un vivo interes por saber dónde se encontraba el más jóven, contestándole un esclavo que se le habia visto penetrar en el palacio de Bíbulo despues de los azotes, pero que sin duda volveria á salir, porque no se le veia por ninguna parte.

— Pues bien, gritó Bíbulo; que le busquen por toda la ciudad y que sea conducido inmediatamente ante nuestra presencia diciéndole que esa es la voluntad de Silia.

— No, exclamó ésta prontamente, es inútil; si he preguntado por él ha sido por simple curiosidad.

— Que nos sirvan, pues, con más esmero y prontitud, gritó Bíbulo dando por terminado aquel incidente. — Se nos hace esperar como en una mala hostería del país.

Al punto, y como pronta consecuencia de aquella órden, vióse aparecer un nuevo servicio que causó la admiracion general, no tan sólo por su magnificencia, sino tambien por su originalidd. Consistia este servicio en un globo inmenso, en cuyo círculo ecuatorial estaban representados los doce signos del zodiaco, sosteniendo cada uno de ellos un plato con manjares ó frutos propios de la estacion que aquéllos presidian. Sobre el de Aries veíanse magníficos guisantes; sobre el de Tauro, un

jarrete de vaca; sobre el de Géminis, un par de riñones; sobre el de Cáncer, una corona; sobre el de Leo, los exquisitos higos de África; sobre el de Virgo, los hígados de una ternera; sobre las balanzas de Libra, dos copiosos panales de miel de abejas, y, en fin, sobre el de Escorpio, sobre el de Sagitario, sobre el de Acuario, sobre el de Piscis, veíanse colocados un ro-daballo, una liebre, una langosta, unos barbos y un ánsar.

Al mismo tiempo que colocaban aquel monumental servicio sobre la mesa, un esclavo distribuía el pan contenido en una cesta de plata. Todos admiraban la ingeniosa y discreta colocación de los platos, así como la exquisita calidad de éstos, hasta que Bíbulo exclamó en voz alta:

— Las minas de plata y oro están en el centro de la tierra, y por consiguiente, en el centro de este globo debemos buscar los manjares de más estima.

A una señal de Bíbulo fué descubierta la parte superior del globo, y pudo verse que en su interior encerraba los condimentos más apetitosos con las aves y los pescados más exquisitos.

Cada cual se dedicó á comer lo que más fuera de su agrado, mientras que Bíbulo decía:

— Este aparato que yo he mandado

construir presenta efectivamente en su exterior platos y manjares que no son de gran mérito y valor, pero contiene en su seno los de más aceptación. Así he querido demostrar que no debemos dejarnos convencer por las cosas que á primera vista se ofrecen á nuestros ojos, para que esto sirva de lección á los que juzgan y sentencian con arreglo á las exterioridades. Tambien encontraréis dentro de este pequeño mundo el horóscopo de vuestras condiciones personales; porque bien sabéis que cada signo ejerce una determinada protección sobre el carácter de la persona que ha nacido bajo su influencia. Así, pues, que cada uno de vosotros escoja uno de esos horóscopos, segun sea el signo á que corresponda la fecha de su nacimiento y que represente su verdadero papel. Este es un juego muy original y agradable por la violencia de los contrastes, y en la córte de Neron, donde yo le vi practicar, estuvo Séneca obligado á embriagarse, y Flavia, la bella romana, nos pareció encantadora hablando el lenguaje de los bandidos.

Aunque todos considerasen aventurada la tal proposición, se dispusieron de buen grado á aceptarla, y cada cual pronunció un discurso en analogía con el carácter que debía representar.

En seguida se incorporó Bíbulo, haciendo lo mismo todos sus convidados, y en el acto fueron cubiertos los lechos con ricos paños ó tapices de lana, bordados en seda, cuyos dibujos figuraban episodios y asuntos de montería. Unos á otros se preguntaban cuál sería el objeto de aquel nuevo detalle, cuando súbitamente vieron abrirse con estrépito una de las puertas, por donde conducian un enorme jabalí de Laconia colocado sobre una extensa bandeja de plata sobredorada, oyéndose al mismo tiempo los ecos de una trompa de caza.

Aquella res figurada traia la cabeza cubierta con un gorro de liberto, y sostenia en sus colmillos dos canastillos de palma, lleno el uno de dátiles de Judea, y el otro de dátiles de la Tebaida. Alrededor de la bandeja estaban colocados unos jabatos de pasta cocida, en número igual al de los convidados, y cada uno de ellos encerraba un obsequio ó presente que la esplendidez de Bíbulo ofrecia á sus comensales. Uno solo quedó sin dueño, porque era el que correspondia al convidado que no se habia presentado.

— Por la fe de mi palabra os aseguro, dijo Bíbulo, que he confiado á mi cocinero la eleccion de estos regalos, y deseo ver si ha estado oportuno en este caso.

Rota la pasta de aquel jabato, descubrióse que ocultaba un magnífico puñal, lo cual no pareció de buen presagio á alguno de los presentes, é hizo palidecer á Silia.

— Ved aquí perfectamente descifrado lo que parece horrorizaros, gritó Bibulo; sin duda habrá muchos que deseen la muerte mia; pero no hay nadie que se atreva á empuñar el arma homicida.

Y arrojó el puñal con desprecio léjos de sí.

— ¡Vamos, vamos! gritó de nuevo palmoteando con las manos; que se nos sirva el vino en abundancia y veamos qué es lo que nos ofrece ese enorme animal.

A la voz de aquel mandato, un esclavo en traje de cazador y armado con un ancho cuchillo, dividió de un solo golpe el vientre del jabalí, de donde escaparon innumerables zorzales vivos, que en el acto fueron cogidos por los otros esclavos y preparados y servidos en ménos de un minuto.

En medio del entusiasmo y de la animación que excitaban todas aquellas sorpresas, uno de los convidados preguntó cuál era el significado de aquel gorro de liberto colocado en la cabeza del jabalí.

— Ayer, dijo Bibulo, ha sido presentado en mi mesa este animal sin que nadie

gustase de él. Entónces yo le mandé retirar, lo cual significaba devolver su libertad á los prisioneros que encerraba, y por eso le adorné con ese gorro.

— ¿Pero hoy?... objetó el que habia hecho la pregunta.

— Teneis razon, exclamó Bíbulo, hoy no le cuadra bien: ¿qué hacemos con este gorro?

En aquel momento vió Bíbulo un jóven esclavo que acertaba á pasar por su lado con unos cestos de uvas, y deteniéndolo, le dijo:

— A propósito: colócate este gorro y quedas liberto.

El esclavo cayó de rodillas.

— ¿Cuál es tu nombre? preguntóle Bíbulo.

— Baco.

— Veo que tengo más poder del que yo creia, puesto que acabo de libertar á un dios.

Aquella ocurrencia de Bíbulo le conquistó un aplauso general, aunque muchos sospecharon que la escena habia sido preparada entre el esclavo y el señor.

La algazara y el entusiasmo aumentaba por momentos, haciendo que áun los caracteres más severos tomasen parte en la broma y en la general alegría. La misma Silia, no obstante su melancólica tristeza,

se dejaba dominar por la situación, y escuchaba sonriente las galanterías de que era objeto por parte de Bíbulo. Fausto les observaba, y queriendo el duunviro entretener la atención de su rival y la de todos con los variados accidentes del festín, excitó el uso de los diferentes vinos, haciendo beber á unos el de Terracina, á otros el de Tarento, á otros el de Grecia, y á otros, en fin, el de Chipre. También procuró dar cierta especie de animación á los diálogos, atacando indistintamente á alguno de sus convidados con equívocos punzantes ó desembozadas declaraciones:

— Vamos, Publio, exclamó dirigiéndose al de este nombre; tienes aspecto de querer morirte de frío como de costumbre; toma vino y bebe, eso te calentará. ¿O es que todavía estás impresionado por la muerte de tu esposa? ¡Pobre marido, que lloras sobre su tumba, mientras que ella hubiera dado cita á un amante sobre la tuya! ¿No conoces, por ventura, la historia de la matrona de Efeso?

— ¿Y tú qué tienes, Marcio? ¿Temes acaso que el hambre penetre en nuestras ciudades? Ya que estos cuidados no te preocupan en las funciones de tu cargo, vienen á perseguirte cuando estás entre nosotros, ¿ó es que quizás tienes envidia á la gloria de Safinio? ¡Ah, Safinio!... ¡Ese sí que era

un buen edil! En los campos, es verdad, todos morian de hambre; pero las paneras de la ciudad estaban atestadas de granos. Dos hombres no podian comerse el pan que se adquiria con una pequeña moneda de cobre, mientras hoy dia cuesta doble el desayuno de un niño. ¿Qué te importa que el pueblo se muera de hambre mientras nos veas á nosotros nadar en la abundancia? Si mi saliva fuese necesaria para fertilizar los campos, yo no me tomaria ni aun el trabajo de escupirla.

— Todo eso me preocupa bien poca cosa — contestó Marcio. — Lo que sí recuerdo con pena es aquel tiempo en que yo era magistrado en Marsella: allí habia otro lujo y se hacia mejor vida que la que hoy hacemos en Nemausus. En vez de los combates de gladiadores que tú nos ofreces, yo daba combates de hombres libres.

— Sí — replicó Bíbulo — ya sé que hiciste esas y otras locuras. Ya sé que tu esposa se presentó en las carreras vestida como Palas, guiando un carro de combate tirado por caballos númeradas. Y tambien sé que en pago de tus complacencias la sorprendiste en los brazos de tu tesorero.

— Entonces sabrás asimismo que yo ahogué al esclavo entre mis manos! — gritó Marcio.

— Sí — contestó Bíbulo. — Supe que ha-

bias dado muerte al esclavo , y que tuviste miedo de tocar siquiera con un dedo á tu esposa , porque es una mujer terrible, que te hubiera hecho pagar bien cara la menor injuria. El esclavo , que no habia hecho más que obedecer , fué castigado , y aquí viene como de molde aquello de que , « quien no se atreve con el burro , da palos á la albarda. »

A todos causó risa el ver la triste figura de Marcio , que no supo replicar ; pero Sicilia no quiso dejar escapar aquella ocasion , y exclamó :

— En efecto , esa es la historia del asno ; pero del asno aquel que echaba en cara al mulo la deformidad de sus orejas.

Todas las miradas se dirigieron al sitio que ocupára Fortunata ; pero ésta habia desaparecido , porque ya era la hora de su cita con Asclytio. Aquella fuga no habia pasado desapercibida para Bibulo , quien tenía sin duda muy excelentes razones para no haberse dado por entendido de ella.

En aquel momento penetraron en la sala del festin los homeristas , quienes , habiéndose colocado de pié alrededor de la mesa , entonaron alternativamente los cantos de la Iliada , llevando el compas con los golpes de sus lanzas en sus escudos.

Pero estos artistas casi no eran escucha-

dos, porque las voces, la algazara, el bullicio y la gritería de los convidados dominaban las notas de los cantantes.

De repente, dominando todos los ruidos, retumbó la techumbre, como si fuera á desplomarse y á sepultar á cuantos se encontraban en la sala, haciéndoles estremecer de terror. Bíbulo entónces calmó el espanto general, y vieron que la plancha del techo se entreabria para dejar paso á un círculo inmenso que se desprendia desde lo alto, que bajaba lentamente y que se detenía encima de la mesa. Aquel círculo estaba cubierto de magníficas coronas, que causaron la admiracion de los convidados, sobre cuyas cabezas fueron colocadas por las manos de los esclavos. Además, en el centro de aquel mismo círculo habia innumerables vasijas que contenian mil variados perfumes, cuyas esencias embalsamaban la atmósfera, y de trecho en trecho veíanse canastillas primorosas atestadas de pastas y dulces deliciosísimos.

Aquella última sorpresa, que sobrepujaba á todas las anteriores, excitó la admiracion general, y un aplauso frenético y unánime resonó en la sala, mezclándose con las felicitaciones y plácemes que se dirigen á Bíbulo por su magnificencia y buen gusto. La misma Silia no pudo dejar de tomar parte en el entusiasmo general,

y dedicó al duunviro las frases más lisonjeras.

Cuando todos estaban entregados al delirio de la orgía, consideró Bíbulo que había llegado el momento oportuno, y exclamó :

— Hace pocos instantes, ¡oh•Marcio! yo censuraba tu conducta por haber castigado al esclavo que había sido seducido por tu esposa, contra la cual no tuviste el ánimo necesario para hacerla objeto de tus rigores y de tu venganza. En aquel mismo momento fuí yo también censurado por haberte echado en cara tan injusto proceder, y Silia tendría mucha razón para decir las palabras que pronunció, si yo dilatase un solo minuto la ejecución del acto que vais á presenciar. Pero yo he de obrar de muy diferente manera que tú, Marcio, porque como tú estabas falto de pruebas, te has visto obligado á sobornar á tus jueces. Yo acuso en este momento á Fortunata, y nada tengo que temer de sus denegaciones, porque podré hacerla condenar invocando el testimonio de ciudadanos libres, y no el de esclavos mercenarios. Seguidme, pues, todos y disponeos á ser testigos ante los tribunales de lo que vais á presenciar.

Aquel discurso, pronunciado con aspecto sombrío y con una voz amenazadora,

que dominó la algazara del festin, sorprendió á todos los convidados. Bibulo, con una antorcha en la mano izquierda y blandiendo su espada con la derecha, se lanzó fuera de la sala seguido de todo el mundo.

A pesar de la prontitud de aquella escena, pudo Fortunata tener oportuno aviso de lo que ocurría por la diligencia de un esclavo en quien ella tenía toda su confianza, y que colocado precisamente á espaldas de Bibulo, corrió á prevenir á la esposa de éste tan luégo como escuchó las primeras palabras del duunviro. Fortunata, al recibir aquel aviso, quedó como herida por un rayo; y Asclytio, al oír el nombre de la mujer que le acababa de otorgar sus favores, no se dió cuenta del sitio donde se encontraba y fué acometido de un pánico terror al mismo tiempo que de una violenta desesperacion.

Ya se percibían los pasos de Bibulo y el rumor de los que le acompañaban. Asclytio quiso huir fuera de aquel gabinete, pero no acertó á encontrar la puerta secreta por donde habia sido introducido, y se lanzó hácia otra que conducía al interior del palacio, detras de la cual estaban apostados por órden de Bibulo dos esclavos, que le atajaron el paso. Este incidente sugirió á Fortunata una súbita inspiracion, y em-

pezó á gritar desesperadamente , diciendo:

— ¡Asegurad á ese hombre; no dejéis escapar al culpable, y traedle de nuevo á mi presencia!

Despues, dirigiéndose al esclavo que le habia llevado el aviso , le dijo en voz baja:

— Huye ántes que lleguen y déjame sola.

Y tomando asiento en un lecho , con severa actitud , miéntras que por un lado aparecian los esclavos que habian aprisionado á Asclytio , y por el otro se acercaba Bíbulo y sus convidados :

— Sujetad bien á ese hombre — grita Fortunata á los esclavos — pues me respondeis con vuestras vidas si se os escapase.

— ¡ Vedlos! — exclama el duunviro al penetrar en la cámara de su esposa , seguido de los que le acompañaban. — Merced á mis precauciones , hemos llegado á tiempo : ved ahí á los culpables. Ciertamente que es para mí una cosa repugnante ofreceros el espectáculo de mi deshonra; pero á ello me obliga por una parte la ineficacia de la ley , y por otra las exigencias de los procedimientos que la misma establece. Yo os requiero á todos para que seais testigos de lo que estais presenciando.

Fortunata , que habia escuchado en un principio las palabras de Bíbulo con aparente sorpresa , fingió despues sobreponer:

se con profunda indignacion , y poniéndose de pié , respondió con una altivez y firmeza que dejó á todos asombrados :

— Tienes razon , Bibulo — exclamó — debe ser un acto repugnante para un hombre digno el ofrecer en espectáculo su deshonor , y no lo es ménos para mí en este momento , puesto que la indignidad de un marido viene á caer siempre sobre la frente de su esposa. Tú has invocado el testimonio de los que te acompañan , y yo soy á mi vez quien reclama ese testimonio. Todos habeis visto hoy á Bibulo , el duunviro , presidir con acierto los juegos del circo , y habeis podido tambien juzgar con cuánta pompa y esplendidez sabe disponer los placeres de un festin. Otorgadle toda vuestra gratitud por tan elevados talentos ; pero si os considerais en el deber de felicitarle por la tranquilidad con que os entregais á todos esos placeres ; si cada uno de vosotros y todos juntos vivís en la confianza de poder volver á vuestras casas sin que éstas se vean asaltadas y entregadas al pillaje durante una sedicion fraguada en las sombras de la noche , merced á los desvelos y á las acertadas disposiciones de vuestro gobernador y de vuestro magistrado , yo soy entónces quien reclamo para mí estos elogios y estas felicitaciones.

— ¿ Qué significa ? ... — dijo Bibulo casi

confundido por la firmeza y valentía de Fortunata.

—Significa— prosiguió la esposa del duunviro— que en tanto que tú pasas las horas entregado á los deleites del vino y embriagándote al lado de la mujer, á quien sin duda debes haber prometido el título que por lo visto querias vergonzosamente arrebatarme entregándome á la infamia, yo he velado con exquisito celo por tu salud, y quizás por la vida y por la hacienda de todos los que vienen contigo. Este hombre, á quien tú has creído sorprender en este momento como un amante mio, ha venido aquí, en efecto, solicitado por mí y en virtud de una cita amorosa; pero este pretexto no ha sido otra cosa sino una celada para obtener y arrancar de su lengua una declaracion indispensable, una confidencia, en pago de la cual le he ofrecido solemnemente que le sería perdonada la vida, si consiente en completarla y dar más detalles sobre ella, delante de vosotros, puesto que vuestra llegada ha venido á interrumpir el interrogatorio á que estaba sometido por mí. Sabed, pues, todos, que esta misma noche, y aprovechando las ventajas que les ofreciera la embriaguez de todos vosotros en ese festin, del cual os ha parecido mi ausencia tan culpable, debia ser asaltado este palacio, asesinado el

duunviro , asesinados tambien los personajes más principales de la ciudad , y toda la poblacion de Nemausus entregada al pillaje , á la rapiña , á la violencia y á la anarquía.

Todos retrocedieron espantados ante el pavor de una revelacion tan estupenda.

— ¿Es posible? — exclamó Bibulo.

— Es cierto — respondió Asclytio advertido por una mirada de Fortunata.

— Que se someta al tormento á este hombre para obligarle á declarar el número y nombres de sus cómplices.

— Eso sería por tu parte , como siempre, dar pruebas de tu ineptitud , Bibulo , — se apresuró á decir Fortunata con arrebatado de colérica influencia. — ¿Por qué has de exigir en el tormento lo que este hombre está dispuesto á declarar voluntariamente? Yo le he ofrecido el indulto de su vida por lo que ya me ha revelado , y ahora hago más porque le prometo el indulto de su libertad , en pago de lo que puede revelarme todavía. Ciudadanos magistrados aquí presentes , que me estais oyendo , venid en mi ayuda para impedir que el rigor de Bibulo pueda perdernos despues de habernos expuesto al peligro con su negligencia.

— Fortunata tiene razon — exclamó Fausto — ante un peligro tan inminente debe asegurarse nuestra defensa por los medios

más rápidos. Yo me comprometo á defender la libertad de este hombre, si nos declara los nombres de sus cómplices diciéndonos cuáles pueden ser las esperanzas de los conjurados.

Todos aprobaron la manifestacion de Fausto, y aprovechando Fortunata la oportunidad de dejar á otros el peso de aquella escena, dijo al tribuno :

—Si así lo prometeis, interrogadle vos mismo.

Fausto se aproximó á Asclytio, y le preguntó :

—¿Quiénes son tus cómplices?

—No tengo más que uno.

—¿Cuál es su nombre?

—Vindex.

—¡Vindex! ¿El lugarteniente de César en las Gálias?

—Ese mismo.

—¡Vindex! ¿Ese venerable anciano tan celebrado por sus virtudes?

—Ese mismo.

—¡Eso es imposible!... ¿Dónde le has conocido?

—Le conocí en Tolosa, donde ya quedé comprometido con él para prestarle apoyo con los doscientos gladiadores que tengo á mi disposicion.

—¿Quiénes eran los que debian pene-

trar en este palacio y asesinar al duunviro y á todos nosotros?

—Yo y mi gente.

—¿A qué hora?

—A la hora quinta de esta noche.

—¿Dónde están tus camaradas?

—Todos me esperan.

—¿Por qué, pues, has venido aquí solo?

—Porque, como ha manifestado ántes Fortunata, yo he creído venir á gozar una aventura amorosa, y hacía cuentas de poder estar de regreso al lado de los míos á la hora convenida.

—¿Y cómo ha sido descubierto ese complot por Fortunata?

—Lo ignoro.

—¿Dónde está y quién ha sido la persona por cuyo conducto has recibido las instrucciones para lo que debiais ejecutar?

—Vindex en persona ha sido quien me ha comunicado sus órdenes.

—¿Pues qué, Vindex ha estado aquí en Nemausus?

—Ha estado y está.

—Tambien sabía yo eso, — dijo Fortunata.

Todos se miraron con sorpresa; pero á pesar de tantos detalles, áun dudaba Fausto, y despues de un instante de reflexion, añadió:

— Todo esto es imposible y absurdo. Aun suponiendo que Vindex tuviera un proyecto semejante, no hubiera pensado ejecutarlo con tan miserables elementos, porque no podía olvidar que yo estaba con mi legion á las mismas puertas de Nemausus. Este hombre, por tanto, nos engaña: ó bien tiene otros cómplices, ó bien es una fábula y una mentira cuanto acaba de decirnos.

— ¿ Veamos, miserable — exclamó Bíbulo — qué tienes que responder á tan lógicas observaciones?

Asclytio parecia estar en extremo embarazado: ya comenzaba á turbarse, á balbucear, y, finalmente, juraba por todos los dioses haber dicho la verdad, cuando un nuevo incidente vino á imprimir otra faz á su violenta situacion. Era la consternacion que á todos los presentes produjo un extraño ruido que se dejaba oír hácia el lado de la escalera principal del palacio. Por un momento creyeron que ya eran los gladiadores que habian invadido el edificio, y cada cual tiró de su espada para disponerse á la defensa; pero en vez de los foragidos que se esperaban ver aparecer, se presentaron unos lictores, precediendo á un anciano, vestido con el ropaje consular, y ostentando en sus manos un rollo de pergamino.

Aquel anciano era Vindex.

Por muy grande que fuera su sorpresa y su disgusto al contemplar el espectáculo que se ofrecía á sus ojos viendo aprisionado á Asclytio, ninguna señal de turbacion asomó á su rostro. Arrojó una severa mirada en derredor de la estancia, y dirigiéndose á Bíbulo que le observaba lleno de estupor con la espada desnuda, le dijo:

— ¿A qué vienen esas armas y esos aspectos belicosos? ¿Es así como el duunviro Bíbulo recibe en su palacio al que es portador de los rescriptos del Emperador? Donde yo esperaba encontrar súbditos obedientes, ¿habré hallado quizás sediciosos turbulentos? Responde, Bíbulo.

La inesperada presencia de aquel personaje impresionó vivamente todos los ánimos, y sembró la confusion en todas las inteligencias. Porque, en efecto, la situacion era anómala y extraordinaria: aquel gladiador, á quien se habia creído sorprender como clandestino amante de una elevada patricia, y que resultaba ser el agente de una tremenda conspiracion, y aquel Vindex, delatado como jefe de esa misma conspiracion contra el Emperador, que llegaba y se presentaba en nombre y representacion del Emperador... ¿debía ser obedecido? ¿Podía atentarse contra él ordenando su prision? Esto era lo que pre-

ocupaba á Bíbulo, cuya mirada incierta interrogaba la opinion y la actitud de todos los que le rodeaban, como consultando qué era lo que debia hacer. Solamente Fausto conservó la presencia de espíritu necesaria para decir en voz alta la verdad sin ambages ni rodeos, como todo hombre que camina de frente por la senda del valor, de la rectitud y de la razon.

—Vindex— dijo — yo voy á darte la explicacion necesaria para que comprendas la causa de que nos encontres así reunidos y en esta actitud belicosa.

Vindex no le dejó continuar.

—El decreto imperial que tengo en mis manos— dijo— me ordena que antes de atender á ninguna reclamacion, y antes de escuchar ninguna súplica, proceda á ejecutar la suprema voluntad del César, lo cual en este momento es tanto más fácil, cuanto que la persona interesada se encuentra aquí presente. A tí, pues, Silia, es á quien aludo.

Lanzando Vindex así desde luégo el nombre de aquella noble dama, estaba seguro de interesar la atencion de Bíbulo y de Fausto, apartando á éstos fácilmente de sus intenciones.

—Pues bien— exclamó Silia— héme aquí ya dispuesta á escuchar las órdenes del Emperador.

Vindex desplegó entónces el pergamino que llevaba en la mano, cuyo documento aparecia legalizado con el sello y la firma de Neron.

El mandato que contenia aquel pergamino era digno, por todos conceptos, de la persona que lo habia dictado. En él se anunciaba la muerte de Silano, el esposo de Silia, y se decretaba la confiscacion de todos sus bienes y los de su esposa. Tambien se disponia que los hijos de Silano, por haber escapado de Roma sin el permiso expreso del Emperador, estaban considerados como reos de lesa majestad, y en su consecuencia se ordenaba que fuesen arrestados en Nemausus, donde sin duda alguna se habrian refugiado y que conducidos á Roma, compareciesen ante el tribunal de Neron para ser por éste juzgados. En cuanto á Silia, su madre, por haberlos acogido y dado asilo, se le declaraba incurso en el delito de complicidad, y debia ser asimismo detenida y conducida con ellos para sufrir el castigo que el César tuviese á bien imponerle.

Cuando Neron firmaba un rescripto semejante, sabíase desde luégo todo lo que significaba y todo lo que queria decir: para el hijo era la muerte; para la hija y para la madre era la más abyecta infamia en el desenfreno de las orgías imperiales.

Silia quedó muda de terror.

Bíbulo inclinó la frente.

Todos quedaron en silencio.

Fausto fué solamente quien osó levantar su voz.

—¡Y eres tú, Vindex—gritó el tribuno—tú, un soldado, el hombre respetable que hasta hoy había consagrado santo respeto á la virtud en medio de la espantable tiranía que nos gobierna, eres tú, digo, el encargado de ejecutar una orden tan odiosa!

Vindex no se turbó ni un punto y contestó con seca frialdad.

—Yo no he recibido más encargo que el de trasmitirla á los magistrados de la ciudad: á éstos, pues, es á quienes corresponde su ejecución.

—¡Y se ejecutará!—gritó Fortunata con exaltado júbilo.—Para nosotros son sagradas las órdenes del Emperador. ¡Prended á esa mujer!

—¡Fausto!—exclamó Silia, precipitándose hácia el tribuno—¿serás capaz de sufrirlo?

Por muy execrable que fuese la orden de Neron, y por más que sólo se refiriese á una débil mujer y á dos niños, la desobediencia significaba una sedicion perfecta. El tribuno vacilaba y casi volvía la espalda á Silia, cuando su mirada encontró la de

Asclytio, que le observaba con ansiedad, y que á favor del tumulto y confusion de aquella escena, pudo rápidamente decirle :

—Tengo que decirte todavía el nombre del cómplice con quien creíamos poder contar : ese cómplice debía llamarse Fausto.

Al oír aquella súbita revelacion el tribuno dirigió una profunda mirada á Vindex, quien adivinando la confidencia que acababa de hacer el gladiador y la interrogacion de aquella mirada, contestó á Fausto con un signo afirmativo, haciéndole comprender la verdad de aquel enigma.

—¡No, Silia, — gritó entónces Fausto— yo no te abandonaré á la liviandad y á las crueldades de Neron : yo juro protegerte!

En aquel momento Bibulo, repuesto algun tanto de su sorpresa é impulsado por Fortunata, se colocó en la puerta de la cámara y previno á todos que nadie intentase salir, ni Silia, ni Fausto, ni Asclytio, ni el mismo Vindex. A los gritos y desaforadas voces del duunviro acudieron sus esclavos en número más que suficiente para contener la resistencia de las pocas personas que pudieran querer intentarla. Vindex le requirió para que tuviese presente su cualidad personal como legado y representante del Emperador ; pero Bibulo le repitió la revelacion de Asclytio, y no le reconoció autoridad ninguna, escuchando to-

davía ménos las terribles amenazas de Fausto. En seguida se retiró Bíbulo para celebrar una especie de consejo ó consulta con algunos otros magistrados de la ciudad que habian asistido al banquete, quedando encerrados en la cámara de Fortunata como prisioneros Asclytio, Vindex, Silia y Fausto. Tan pronto como éstos quedaron solos, Vindex se dirigió á Asclytio, é increpándole con la mayor cólera, le dijo :

—Ya ves, miserable, cómo nos ha perdido tu traicion.

—Di más bien tu imprudencia, Vindex, —replicó Fausto. —Porque imprudentemente has expuesto el éxito de una empresa en favor de la libertad confiándolo á la discrecion y al valor de un esclavo miserable.

—¿A qué perder el tiempo en inútiles recriminaciones? —dijo Silia —pensad en nuestra salvacion, ó mejor dicho, pensad únicamente en la vuestra. Abandonadme á mí sola al rigor de Bíbulo y quizás podais obtener así vuestra libertad. De ese modo Fausto podrá colocarse al frente de su legion y sus soldados le protegerán contra el duunviro.

—¡Ah! si yo pudiese hablar á mis soldados, yo respondia de su adhesion á mi persona y de su obediencia á mis mandatos.

—¡Pues bien! —esclamó Asclytio—si eso

es así, todos nos hemos salvado. Es indudable que todas las salidas aparentes de esta cámara estarán guardadas; pero aquella por donde yo he sido introducido, que debe sólo servir para que lleguen aquí los amantes de Fortunata, no debe ser conocida por el Duunviro y no habrá podido ser custodiada.

Así diciendo el esclavo levantó unos tapices y dejó ver á sus coprisioneros una puerta secreta cuidadosamente construida en el muro de la alcoba. Para llegar á ella era necesario pasar por encima del lecho de Fortunata. Asclytio la abrió y fué á pasar el primero; pero no bien lo hubo intentado cuando se sintió herido en mitad del pecho por un golpe violento. La puerta fué impulsada de la parte exterior con irresistible fuerza sobre el mismo Asclytio, y el gladiador cayó en el lecho lanzando un profundo gemido.

Clavado en el corazon tenía un agudo puñal.

Asclytio hizo esfuerzos supremos, dando á entender que deseaba pronunciar algunas palabras ó hacer alguna nueva revelacion, pero no tuvo fuerzas para ello y espiró, miéntras los espectadores de aquella sangrienta escena permanecian mudos de terror y se miraban unos á otros con espanto. Ni áun siquiera se atrevian á con-

fiarse sus pensamientos, porque ya tenían la evidencia de encontrarse rodeados de tal vigilancia que la palabra más insignificante llegaría á conocimiento de sus enemigos.

Sin embargo, Vindex, reuniendo á Fausto y Silia, murmuró en voz baja:—Ese es un golpe que ha partido de la mano misma de Fortunata: ella sola conoce esta salida y ella sola vela sin duda tras esa puerta. Así se ha asegurado el silencio de ese hombre sobre la verdadera causa de su venida á este sitio, y así se proporciona un arma contra nosotros acusándonos quizás de haber asesinado á este hombre para que sus declaraciones no pudieran comprometernos más. ¡Todo se conjura para nuestra desgracia!

Aquella estancia, que pocos momentos ántes había sido teatro de escenas tan tumultuosas y de un drama tan sangriento, estaba sumida en un mortal y pavoroso silencio. Silia, retirada en uno de sus rincones, dejaba escapar por medio de ahogados sollozos las manifestaciones de su dolor, y no solamente la preocupaba su triste suerte, sino que se desesperaba por la de sus hijos, sintiendo en su conciencia el remordimiento de no haberlos querido recibir aquella mañana. Silia sabía que los huéspedes de Fausto eran sus hijos;

pero en la lucha de los crueles pensamientos que la dominaban y la atormentaban no se atrevia, sin embargo, á dirigir ninguna pregunta sobre ellos al tribuno, y éste, dedicado absolutamente á pensar en los medios de salvarla, no escuchaba siquiera sus gemidos ni se le ocurría dirigirle una sola palabra de consuelo.

En otra época, y bajo otro gobierno que no fuese el de un déspota como Neron, la denuncia de un esclavo y su sola palabra, sin pruebas de ninguna especie, no hubiera podido ser bastante para condenar á dos hombres de la jerarquía de Fausto y Vindex; pero ambos tenian el íntimo convencimiento de que la más insignificante apariencia ó la más leve sospecha habia de ser considerada por el tirano como prueba suficiente de culpabilidad, digna del más tremendo é inmediato castigo. No habia, pues, para ellos más salvacion que la sedicion armada y triunfante; pero advertido ya Bíbulo, era de presumir que hubiera tomado sus precauciones para contener en su disciplina la legion de Fausto, procediendo simultaneamente al desarme y prision de los gladiadores de Asclytio; de modo que no parecia quedar medio ni esperanza alguna de salvarse.

En medio de aquel profundo estupor abrióse súbitamente la puerta, presentán-

dose en ella Fortunata, acompañada de algunos hombres armados. Su palidez y el temblor convulsivo que la agitaba hubieran sido testimonios irrecusables del crimen que acababa de cometer, si no lo fueran por otra parte la prontitud con que descubrió el cadáver de Asclytio, la mal fingida sorpresa que demostró y la acusacion que en el acto lanzó contra Fausto y Vindex, corroborando las acertadas sospechas de éstos sobre las ventajas que Fortunata sabría aprovechar de aquel asesinato.

Aunque la esposa de Bíbulo habia pensado desde luégo que impunemente podia acumular sobre los acusados toda la responsabilidad de la muerte del gladiador, tenía Fortunata otra venganza que ejercitar; venganza la más sabrosa y estimable para el corazon de una mujer, cual era la desgracia y la humillacion de una rival. Así es que tan luégo como hubo hecho practicar el reconocimiento testifical de los que la acompañaban sobre el nuevo crimen que acababan de descubrir, dirigió la palabra á Silia, diciéndola:

—Yo sé ¡oh Silia! que hoy has venido á este palacio bajo la promesa de mandar mañana en él como dueña y señora; pero la negligencia de Bíbulo ha olvidado enseñarte algunos departamentos que yo quie-

ro hacerte conocer. Uno de ellos es el calabozo donde se emprisionan los esclavos indómitos, y otro será la mazmorra donde se les castiga con la infamia del látigo cuando á ello se han hecho acreedores.

Aquella amenaza hizo palidecer á Silia, y Fausto al oirla no pudo contener las manifestaciones de su indignacion.

—¡Oh! no temas nada por ella,— se apresuró á añadir Fortunata — esta hermosa dama pertenece desde hoy á los placeres de Neron, y yo no he de aumentar las nacientes arrugas de esta belleza destinada al señor del mundo con los surcos del látigo ni con sus sangrientas cicatrices.

Silia rugió de indignacion y vergüenza, y dijo á Fortunata:

—Aunque seã muy escasa mi belleza, no he tenido jamas necesidad de entregarla á las caricias de un vil gladiador, y no es ciertamente en la arena ni en el teatro donde querria encontrar nunca un amante.

—Ya sé, ya sé— replicó Fortunata— que tu aficion y buen gusto los buscas entre los rangos más nobles y elevados, donde no solamente intentas conquistar un amante sino tambien un marido. Algun oráculo divino te habia profetizado tu viudez y la pronta muerte de Silano, puesto que exigias de Bibulo que me repudiase y

que te diera su nombre como precio de un amor que tantos otros han obtenido más barato.

—¿Es cierto eso?—exclamó Fausto al escuchar aquella acusacion que le desesperaba y afligia mucho más que todos los peligros que en aquel momento le amenazaban.

Silia se encontraba en una de esas situaciones desesperadas y supremas en que la misma desventura imprime un sello augusto y solemne á una sincera confesion de culpas.

—Es cierto, Fausto; sí, yo hubiera aceptado el nombre de Bíbulo y su matrimonio; pero no debes olvidar que tú me habias rechazado.

—Eso es,—dijo Fortunata— ó tú ó él: á ella le hacía falta uno cualquiera de los dos.

—Tienes razon, Fortunata—replicó Silia.—O Fausto pobre, si él hubiera querido, y á quien yo misma me he ofrecido, porque le amo; ó Bíbulo rico, que me lo suplicaba de rodillas, y á quien nada habia yo prometido aún.

Despues, dirigiéndose á Fausto, añadió:

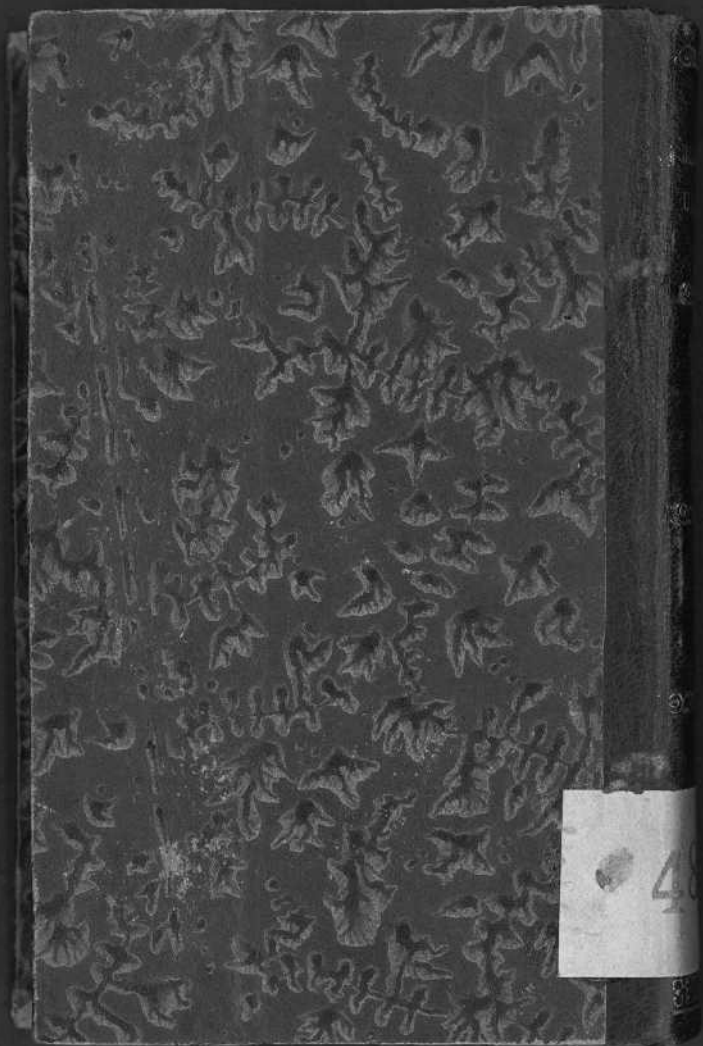
—Cuando esta tarde nos hemos separado, te dije que muy pronto tendria quizás que suplicarte me prestáras un importante servicio. El momento ha llegado

y ahora puedo decirte lo que espero de tí.

Y aproximándose á Fausto, continuó en voz baja:

—Si áun á costa de mi perdición puedes salvarte, no vaciles ni un momento: sálvate. Pero es necesario que sepas una cosa: los dos jóvenes á quienes has dado hoy hospitalidad, son mis hijos; aquella virgen, que en estos momentos está sin duda bajo tu techo, es hija mia y yo te la confío. Es muy bella, Fausto; tan bella como lo fui yo cuando podia ser digna de tí. Consagra á la hija el amor que ofrecias á la madre y sálvala de los brutales excesos de Neron; que en cuanto á mí ya sé bien cómo he de evitar la ignominia de sus mandatos, porque ha sonado la hora en que debo tener presente el virtuoso y heroico ejemplo de Silano.

En aquel momento Fortunata ordenó que Silia fuese conducida á uno de los calabozos del palacio, y que Vindex y Fausto fueran encerrados en separadas prisiones.





BIBLIOTECA

UNIVERSAL

49
43



SOULIE.

LAS
CUATRO
ÉPOCAS



III

